

Selección RNR

ANA ÁLVAREZ

Luces
Y SOMBRAS



Romance Actual

LUCES Y SOMBRAS

Ana Álvarez



1.^a edición: febrero, 2016

© 2016 by Ana Álvarez

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-228-8

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para todos los que después de una ruptura han tenido que reconstruir su vida.
Ese es el momento justo para empezar a perseguir sueños.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Nota de autora

Capítulo 1

Apenas la llave giró en la cerradura del piso que compartía con Sonia, Lucía escuchó las voces alteradas de su amiga en el interior.

—¡Lucía, por fin llegas! ¿Dónde te has metido?

Esta entró y le salió al encuentro.

—¿Cómo que dónde me he metido? Con Roberto tomando unas copas ¿Dónde sino?

—Ven aquí, siéntate. Ya te he solucionado las vacaciones.

—¡Eh, para, para...! ¿De qué estás hablando?

—De tus vacaciones. Ya no tienes que quedarte aquí sola todo el verano.

—Sonia, no me asustes que te conozco.

—Te vienes conmigo.

—¿Contigo a dónde?

—A la sierra de Gredos a hacer las prácticas.

—¿Pero tú estás loca?

—Siéntate y no me interrumpas. Déjame contártelo.

Lucía se sentó en el sofá colocando el bolso a su lado y se dispuso a escuchar cualquier disparate que su amiga fuera a decirle. Sonia se caracterizaba por hacer las cosas primero y pensarlas después.

—Venga, cuenta... ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—¿Recuerdas que hoy he ido a una entrevista para escoger la empresa donde voy a hacer las prácticas de la carrera?

—Sí, me lo contaste. Tenías varias opciones.

—Pero me decidí por una que se dedica a hacer deportes de riesgo en la Sierra de Gredos. Pensé que sería mucho más divertido que enseñar el museo del Prado a turistas japoneses o vender billetes de avión en una agencia de viajes. Concerté una entrevista, que se celebró en un hotel y allí coincidí con otra chica que iba a solicitar la plaza de enfermera, vacante durante el verano. Entré y mantuve una conversación con un señor muy agradable, que acabó aceptándome. Esperé fuera a ver cómo le iba a mi compañera, pero ella solo quería el trabajo durante un mes, y la empresa necesita

una enfermera durante los meses de julio y agosto. Y entonces entré de nuevo y le hablé de ti.

—¿De mí? ¿Pero cómo se te ocurrió?

—Porque no quiero dejarte aquí sola durante todo el verano. Tu novio se va a Londres a trabajar y practicar el inglés y yo a Gredos. Le dije a Antonio que conocía a una amiga enfermera, diplomada desde hace tres años que trabaja en un colegio durante el curso escolar y que disponía de los dos meses de vacaciones libres. Y está interesado, quiere entrevistarte mañana por la mañana.

—¿Pero quién te ha dicho a ti que yo quiero trabajar durante el verano?

—No te lo tienes que tomar como un trabajo, mujer. Total, solo tendrás que poner unas cuantas tiritas y disfrutar de la sierra durante dos meses, y además cobrando. Venga, Lucía ve mañana. ¿Qué puedes perder?

—Por favor, Sonia.... ¡Me metes en unos follones...!

—¿Pero tú sabes cómo nos lo vamos a pasar las dos juntas? ¿Tú sabes lo que se liga en un sitio de vacaciones como ese? Y además, allí no van tíos fofos ni fondones... todos cachas, deportistas, bronceados....

—¿Todavía no sabes que mientras más músculos menos cerebro?

—Ya, por eso «tu» Roberto debe ser un Einstein, porque de cuerpo está fatal. No me extraña que no te ponga.

—¿Qué te hace pensar que no me pone?

—Que lleváis seis meses saliendo juntos y todavía no te has acostado con él. No sé a qué esperas.

—A estar segura.

—¿Segura de qué? Si lleváis seis meses es porque hay algo, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues entonces... Supongo que antes de que se vaya os daréis un homenaje. Porque vais a estar mes y medio separados.

—Aún es pronto.

—Lucía, lo tuyo es increíble. Veintitrés años y tan virgen como naciste. Ni siquiera con tu novio. No pensarás en llegar en ese estado al matrimonio, ¿verdad?

—No, claro que no. Pero aún es pronto.

—¡Pronto! ¿Y Roberto qué dice?

—Nada, nunca hemos hablado de eso.

—¿No será gay?

—Por supuesto que no.

—Pues lo parece, porque si no, no me lo explico.

—Deja el tema.

—Bueno, pues hablemos entonces de lo que nos interesa. ¿Irás a la entrevista?

—Está bien, iré por no dejarte en mal lugar, pero dudo que me interese.

—Pero si es un sitio precioso. Mira, lo he localizado en Internet.

Sonia la cogió de la mano y casi a rastras la llevó hasta el ordenador y la hizo sentarse. Se conectó y localizó la página «La cañada del puente Tibetano».

—Mira, Lucía, mira qué sitio —dijo picando con el ratón en las distintas fotos. Una de ellas mostraba el emplazamiento, otra un claro con unas cabañas dispuestas en círculo y el resto las distintas modalidades de deportes que se podían practicar. Había para todos los gustos, rutas de senderismo con diversos grados de dificultad, a pie o en bicicleta, rutas a caballo. Y actividades más arriesgadas como escalada, rappel, tirolina y puente tibetano, y hasta descenso de rápidos.

Lucía no era muy amante de los deportes de riesgo, pero tuvo que reconocer que el lugar era muy bonito, aunque solo fuera para pasar unos días de descanso.

Capítulo 2

Lucía se vio literalmente arrastrada hasta el hotel donde debía celebrarse la entrevista para el trabajo de enfermera en el centro de ocio.

A cada paso que daba se preguntaba qué estaba haciendo allí, pero sabía que con Sonia no había quien pudiera cuando se le metía algo en la cabeza, y prefería mil veces acompañarla a la entrevista y decirle directamente a aquel señor que no le interesaba el trabajo, que negarse a ir. Sabía que si hacía esto último tendría a su amiga durante días insistiéndole y tratando de convencerla.

Le hicieron entrar en una sala de recepciones no muy grande y se sentó con Sonia a su lado esperando que la recibieran.

Poco después entró un hombre, que según su criterio rondaría los cincuenta y cinco años, pero conservaba un aspecto fuerte y musculoso, y derrochaba vitalidad.

—Hola, soy Antonio Navas, el dueño y director del centro de La cañada del Puente Tibetano.

Sonia, sentada junto a ella, habló por su amiga.

—Ella es Lucía Camacho, la amiga de la que le hablé.

Esta la miró por un momento, molesta por la intromisión.

—Sonia... ¿no te importa salir? Me gustaría hacer yo la entrevista, si no tienes inconveniente.

—Sí, claro —dijo levantándose y saliendo de la habitación.

Lucía se volvió hacia Antonio.

—Perdone, pero es que Sonia le ofreció ayer mis servicios sin consultármelo, y yo quisiera llevar esto personalmente.

—Sí, lo comprendo. No se preocupe. ¿Pero debo suponer que no está interesada en el puesto?

—No tenía pensado trabajar durante el verano, si le soy sincera.

—Pero ya que está aquí quizás le interese escuchar mi oferta.

—Por supuesto.

—Yo tengo un centro de ocio donde se practican deportes de riesgo.

—Sí, lo sé. Sonia y yo lo localizamos ayer la página web; un sitio precioso, le

felicito.

—Es un negocio familiar— continuó hablando—. Lo llevamos entre mis hijos y yo, cada uno de los miembros de la familia se especializa en un tipo de actividad. Álvaro, el mayor, es el encargado del senderismo y las excursiones en bicicleta; Sergio, el segundo, de los deportes de escalada, tirolina y todo lo relacionado con arneses. Enrique, que aún está estudiando y no llegará hasta dentro de quince días, de las actividades acuáticas y Carolina, la única mujer de la familia, de las excursiones a caballo. También lleva la recepción, a medias conmigo. Antes también yo participaba activamente en todas las modalidades, pero hace cinco años me caí del caballo y me partí una pierna por varios sitios. Desde entonces me ocupo de dirigirlo todo y de la recepción.

—Lo siento.

—No importa, siempre hay algunas cosas que puedo hacer. Pero los chicos son competentes, lo llevan bien.

—¿No hay ningún empleado que no sea de la familia?

—Sí, la cocinera, la limpiadora y un enfermero, pero este ha encontrado un trabajo mucho más estable en un hospital y nos ha dejado. Y como comprenderá sin enfermero no podemos hacer la temporada de verano en un sitio como este. Allí son frecuentes las pequeñas heridas, los golpes, las caídas... aunque para los casos graves acudimos al hospital cercano, no podemos estar continuamente en el camino por pequeños accidentes, quemaduras solares y cosas así.

—Sí, por supuesto.

—En eso consistiría su trabajo, nada complicado, y con un horario bastante libre y flexible. Las condiciones incluyen comida y alojamiento, y mientras no tenga a nadie a quien atender puede disponer de su tiempo como quiera, aunque deberá estar localizable mediante un teléfono móvil que le daremos. El domingo solemos hacer el intercambio entre los grupos que se marchan y los que entran y no es frecuente que se produzcan accidentes, por lo que sería su día libre. También puede participar en las actividades, si quiere. Si tiene que hacer curas o administrar medicación puede distribuir el horario como mejor le venga para disponer de ratos libres. ¿Le interesa?

—No lo sé, ya le he dicho que mi intención no era trabajar durante el verano. Tengo un empleo como enfermera en un internado, algo muy parecido a lo que me ofrece. Atiendo caídas, golpes y ese tipo de cosas de los chicos y en verano cierran

por vacaciones por lo que dispongo de casi tres meses libres. A mediados de septiembre debo incorporarme de nuevo.

—En realidad nosotros durante los inviernos disminuimos las actividades y no tenemos tantos clientes como para necesitar una enfermera a tiempo completo; si hay algún problema acudimos al centro de salud del pueblo cercano. Pero en verano con las aglomeraciones de público, no solo es necesario sino que la ley nos obliga. El problema está en que es difícil encontrar a alguien que le interese un contrato por solo dos meses y medio. Todas las personas que he entrevistado quieren un trabajo más estable, usted es la única a la que solo le interesa un empleo por ese tiempo.

—No sé, la verdad es que me atrae la idea, pero no quisiera pasar de un trabajo a otro sin descansar.

—Ya le digo que normalmente no hay mucho trabajo, los chicos son muy cuidadosos con la seguridad y los niveles de accidentes no son muy altos; pero nunca se puede evitar que se produzca alguno. Su amiga me dijo que se quedaba sola en Madrid durante el verano... ¿Por qué no se lo piensa? Podría considerarlo una especie de vacaciones. Como mínimo cambiará de ambiente, estará al aire libre.

Lucía no solía tomar decisiones precipitadas, pero algo en su interior la impulsó a decir casi sin pensárselo:

—De acuerdo, acepto.

—Bien, entonces las espero a las dos el día uno de julio. ¿Tienen medio de transporte?

—Sí, yo tengo coche, no se preocupe.

—En la página web hay instrucciones precisas de cómo llegar.

—Sí, las vi.

—Pueden elegir para dormir entre una habitación en el albergue individual o doble o compartir una de las cabañas con su amiga.

Lucía recordó la foto que mostraba las cabañas por dentro y por fuera y decidió por las dos. Si Sonia había decidido sobre su verano, ella lo haría sobre el alojamiento.

—La cabaña, por supuesto. Es más independiente.

—¿No lo consulta con su amiga?

—No hace falta.

—De acuerdo entonces, nos vemos en julio.

Antonio se levantó y se estrecharon las manos.

Los diez días que faltaban para incorporarse a su trabajo de verano se le fueron a Lucía en un abrir y cerrar de ojos. Intentó no escuchar demasiado a Sonia haciendo planes y parlotando todo el día sobre lo bien que lo iban a pasar, los tíos buenos que iban a conocer, lo morenas que se iban a poner y se dedicó a ser práctica y comprar un equipo de ropa adecuada al trabajo y al lugar donde iban a pasar el verano.

Se aprovisionó de pantalones cómodos, cortos y largos, camisetas, sudaderas y zapatillas de deporte, botas de montaña, mochilas, gorras y todo lo que se le ocurrió que podría necesitar. También hizo una lista de las medicinas y material que preveía más necesario para su trabajo, por si no lo hubiera en el botiquín del centro de ocio, encargó que se lo comprasen.

Y el resto del tiempo que le quedó libre lo dedicó a pasarlo con Roberto antes de que se marchase, dos días antes de que ellas se tuvieran que incorporar a sus respectivos trabajos.

Roberto se sintió ligeramente decepcionado cuando ella le comentó que había firmado un contrato para trabajar durante el verano. Esperaba convencerla para que fuera a verle a Londres aunque solo fueran unos días, ya que no había conseguido hacerlo de que se marchase con él todo el tiempo, pero Lucía no había querido ni oír hablar de eso.

Durante los seis meses que llevaba saliendo con él solo se habían visto durante los fines de semana cuando ella no trabajaba, y su relación íntima se había limitado a besarse y a alguna que otra caricia y achuchón en algún cine o una discoteca. Pero nunca habían pasado de ahí y a ella tampoco le apetecía demasiado hacerlo a pesar de tener a Sonia continuamente dándole la lata con que ya era hora de que se acostaran juntos. Pero Roberto nunca se lo había pedido y ella lo agradecía, porque no se encontraba preparada aún para dar ese paso.

Sonia decía que acabaría por morirse virgen y pura, pero la verdad era que a sus veintitrés años nunca había encontrado a nadie con quien le apeteciera perder la virginidad, ni siquiera Roberto, que hasta ese momento había sido la relación más larga que había mantenido con nadie. No tenía prisa, todo llegaría.

La noche antes de que él se marchara, Sonia se las arregló para pasarla fuera del piso que compartían y Lucía y él salieron a cenar y cuando regresaron a tomar una

copa, estuvieron besándose en el sofá. Se acariciaron un poco, pero cuando él intentó desabrochar la cremallera del vestido, Lucía le detuvo la mano.

—No, Roberto... no.

—¿Por qué? Vamos a estar un mes y medio separados, como mínimo.

—No quiero hacerlo solo por el hecho de que vamos a estar un tiempo sin vernos. Para mí esto es algo importante, no para hacerlo porque sí. Tal vez a la vuelta te haya echado tanto de menos que esté loca por irme a la cama contigo, pero ahora no.

—De acuerdo —aceptó él, y se limitó a continuar besándola durante un rato. Luego se marchó.

Capítulo 3

—El primer desvío a la derecha —dijo Sonia mirando por la ventanilla el gran cartelón que en medio de la carretera anunciaba el Centro de Ocio. Apenas quinientos metros más adelante una pequeña indicación señalaba el estrecho y serpenteante camino, y Lucía giró el volante con cuidado entrando en él y recorriendo despacio los dos kilómetros que la llevaron hasta el lugar buscado.

El aparcamiento estaba casi vacío, y pudo dejar el coche bajo la sombra del chamizo de cañas habilitado a uno de los lados de la explanada, ocupado en ese momento por solo tres coches.

Sonia bajó de un brinco y Lucía la siguió hasta el maletero para impedirle sacar las bolsas.

—Creo que no deberíamos sacar el equipaje todavía hasta informarnos de cómo va esto.

—Bueno —respondió su amiga dando un vistazo a su alrededor.

Se encontraban en una explanada circular bordeada de cabañas también redondas muy pintorescas, construidas en piedra y coronadas con techo de madera.

—Es bonito el sitio —admitió—. No está mal para unas vacaciones.

—¿Has visto eso? —preguntó Sonia con un grito de admiración.

—Sí, ya te he dicho que es bonito.

—No, Lucía... me refiero a «eso» —dijo de nuevo señalando con una mano extendida.

Esta miró en la dirección indicada y le pegó un manotazo al brazo de Sonia, haciéndolo bajar en cuanto vio a qué se refería. En la puerta de una de las cabañas había un chico rubio, vestido únicamente con unos pantalones vaqueros cortados a medio muslo y manipulando unas cuerdas unidas a unos mosquetones.

—¡Por Dios, Sonia, no señales!

—¿Pero lo has visto?

—No soy ciega.

—¡Qué bueno está!

—Sí que lo está. Lo que habría que averiguar es si además de bueno es creído y

estúpido, porque no se puede ser normal con ese cuerpo y ese pelo.

El pelo un poco largo le caía sobre la cara ocultando parte de sus facciones. El chico estaba absorto en su tarea y ajeno al escrutinio de que era objeto.

—¿Crees que será un cliente?

—Probablemente... y sueco o inglés.

—Si es así pediré que me asignen a su grupo.

—Te recuerdo que vienes aquí para hacer las prácticas de tus estudios, y harás lo que te digan. No vienes aquí a mandar.

—Conseguiré que me pongan con él. No voy a desperdiciar una ocasión así, y no descarto ningún tipo de prácticas.

—Eres tremenda...

—Y respecto a si es creído o estúpido, voy a averiguarlo —dijo avanzando resueltamente hacia él.

Desde el coche, Lucía la vio acercarse con pasos ondulantes hasta el chico, que no parecía percatarse de su presencia. Cuando estuvo junto a él, saludó:

—Hola.

Él levantó la cabeza y Sonia se encontró con unos preciosos ojos azules y una sonrisa encantadora.

—Hola —respondió.

—Perdona que te moleste, pero acabo de llegar y mi amiga y yo estamos un poco perdidas. ¿Podrías decirme dónde está información, o recepción, o lo que quiera que haya aquí?

—Sí, por supuesto. ¿Ves aquella casa grande y alargada que está al otro lado de las cabañas?

—Sí.

—Pues ese es el albergue. Dentro se encuentra la recepción. Pregunta por Carolina.

—Carolina...

—Sí, es ella quien lleva todo lo referente a huéspedes y actividades.

—Bien, gracias. Se ve que llevas ya un tiempo aquí...

—Siete años.

—¿Hace siete años que vienes aquí de vacaciones? Esto debe ser fantástico.

—Lo es, pero no estoy de vacaciones —dijo echándose a reír, con una risa franca y abierta—. Trabajo aquí.

—Lo siento... creí que eras un huésped. Yo también voy a trabajar aquí, soy Sonia.

—¿La chica en prácticas o la enfermera?

—No, la de las prácticas.

Él se limpió la mano sudorosa en el pantalón y se la tendió.

—Sergio.

Sonia la estrechó con entusiasmo.

—Será un placer trabajar contigo, Sergio.

—Lo mismo digo.

—Bueno, voy a buscar a Carolina y decirle que hemos llegado.

Regresó junto a Lucía.

—Ni creído ni estúpido, y tiene unos ojos azules alucinantes... divertidos, picarones, y una sonrisa provocativa y seductora a la vez que franca y amistosa.

—¡Criatura...! ¿Y te ha dado tiempo de averiguar todo eso en veinte segundos de conversación?

—Pues sí.

Lucía se echó a reír.

—No sé por qué, pero me parece que voy a tener ojos azules y sonrisa encantadora hasta en la sopa durante unos días.

—Por supuesto. Me haré inseparable suya.

—Si es cierto todo lo que has vislumbrado en un flash, estará casado o tendrá novia o amante o algo.

—No sea aguafiestas. No sería justo que un tío tan bueno se reserve para una sola mujer. ¡Qué desperdicio!

—No dirías lo mismo si fuera tuyo.

—Pero no lo es... y quiero un poco de su tiempo... y de otras cosas.

Ambas se dirigieron a la casa alargada que Sergio le había indicado a Sonia, y entraron a un vestíbulo fresco y agradable en contraste con el fuerte calor de la explanada.

Un mostrador de madera con un ordenador y un teléfono quedaba a la derecha de la entrada, y detrás del mismo solo vio a una niña de unos cinco o seis años, de pelo

castaño corto y mirada intensa, que las observaba sin decir nada.

—Esta no será Carolina... —dijo Sonia.

—Claro que no. Déjame a mí. Los chicos rubios son tu fuerte, los niños el mío —respondió Lucía acercándose hasta el mostrador.

—Hola. Estamos buscando a Carolina.

—No está. Es mi tía.

—¡Ajá! ¿Y va a venir pronto?

—No lo sé.

—Mira, nosotras venimos a trabajar aquí. ¿No hay nadie que nos pueda atender?

—Mi tía.

—Sí, pero ella no está. ¿No hay otra persona?

—Puedo tocar el timbre para avisarla.

—Te lo agradeceríamos mucho.

La niña levantó la mano y pulsó un timbre que había sobre el mostrador, y un sonido fuerte y agudo se escuchó dentro.

—Oye... —dijo Sonia—. Has dicho que Carolina es tu tía... y ese chico que está ahí fuera, Sergio, no será tu padre...

—No, es mi tío también. Mi padre es Álvaro.

—¡Uf, me quitas un peso de encima!

Lucía se echó a reír. Hubiera estado bien que el chico estuviera casado y fuera padre de una hija.

—¿Está casado tu tío Sergio?

—No.

—¿Y tiene novia?

—Sí, tiene muchas.

—¡Ah, bien! Estupendo...

Del interior de la casa salió una chica rubia con el pelo largo recogido en una cola de caballo y vistiendo unos pantalones cortos y una camiseta azul con el nombre del centro de ocio estampado en un círculo a la altura del pecho.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles? ¿Tienen reserva?

—No, somos Sonia y Lucía, venimos a trabajar.

—Ah, bien. Os estábamos esperando. Yo soy Carolina y llevo la recepción.

—Y ya vemos que tienes una buena ayudante.

—Sí, es Berta, mi sobrina. Ella se queda aquí conmigo y me ayuda mientras su padre trabaja. ¿Verdad?

—Sí. Yo coloco las llaves y doy los recados. Y vigilo la recepción mientras mi tía trabaja dentro.

—Es estupenda —dijo Carolina—. No sé qué haría sin ella.

Y dirigiéndose de nuevo a Sonia le dijo:

—Supongo que querréis instalaros cuanto antes. Creo que mi padre dijo que preferíais una cabaña.

—Sí, a ser posible.

—No hay problema. Casi siempre hay alguna libre. La mayoría de los clientes prefieren el albergue, que además de ser más barato, suele tener más ambiente. Berta, coge las llaves de la cabaña número dos y acompáñalas hasta allí.

La niña saltó de la silla que ocupaba y cogiendo una llave del casillero salió con ellas de la casa.

Capítulo 4

Lucía se levantó temprano, dispuesta a comenzar su primera jornada laboral. A pesar de que se había visto un poco forzada a aceptar ese trabajo estaba segura de que lo iba a disfrutar. Como Sonia había dicho, el entorno era magnífico y ella, ni de lejos podría nunca permitirse unas vacaciones en un sitio como aquel. La cabaña donde las habían alojado estaba un poco retirada de la parte central y más bulliciosa del complejo, lo que Lucía agradeció para poder disponer de un poco más de privacidad.

Tras darse una ducha y ponerse unos pantalones cortos y una camiseta, salió de la cabaña dejando todavía a Sonia dormida y enfiló el sendero que llevaba al núcleo del centro de ocio. El olor de las plantas aromáticas que florecían a ambos lados del sendero la acompañó hasta el comedor, que a esa hora tan temprana, estaba prácticamente vacío. Solo una de las mesas estaba ocupada por un hombre de unos veinticinco años, de pelo castaño que le caía ligeramente sobre el cuello, y expresión seria. Se dio cuenta de que llevaba una camiseta con el logotipo del centro de ocio, igual que la que tenía Carolina la tarde anterior, y comprendió que debía ser también empleado del mismo.

Haciendo un esfuerzo por vencer su timidez y deseosa de integrarse cuanto antes en el equipo de trabajo, cogió la bandeja decidida a presentarse, y se acercó hasta la mesa pensando que sería absurdo que dos compañeros de trabajo desayunaran en mesas distintas, y cada uno por su lado.

Los ojos del hombre, clavados en ella mientras se acercaba, no le parecieron muy amistosos, pero ya era tarde para dar marcha atrás, así que continuó avanzando y se detuvo junto a la mesa.

—Buenos días. ¿Puedo sentarme?

Él seguía clavando en ella una mirada hosca, y su boca se curvó en un rictus desagradable.

—Te has equivocado de hermano —fue la adusta respuesta.

—¿Cómo?

—El de las tías es Sergio, el rubio.

—No te comprendo...

—Te estoy diciendo que si intentas ligar conmigo, te has equivocado. Para eso

tienes que buscar a Sergio.

Incrédula e irritada, Lucía contestó:

—¿Pero qué dices? Yo no estoy intentando ligar contigo. Solo voy a trabajar aquí y por tu camiseta he deducido que tú también. Había pensado presentarme, pero como ya veo que no soy bien recibida, me marchó. Si hay algo que sobran son mesas libres.

—No te estoy diciendo que no te sientes, solo que si esperas que te lleve de paseo, al cine, o que me acueste contigo, busques en otro sitio.

—¿Pero de qué vas, tío? ¿Cómo se puede ser tan borde y tan grosero?

—No soy grosero, me curo en salud, eso es todo. Una vez aclaradas las cosas, puedes sentarte, si quieres.

—No, gracias. Se me indigestaría el desayuno.

Se dio la vuelta en dirección a otra mesa, lo más alejada posible de allí, y mientras comía trató de analizar la extraña situación que había vivido. ¿Quién sería? Había dicho el hermano equivocado, así que debía tratarse de otro de los hijos de Antonio. Pero desde luego no se parecía a él por su amabilidad, ni tampoco a Sergio o a Carolina. ¿Qué se había creído? ¿Que ella iba a saltarle encima y violarlo sobre la mesa del comedor? No podía dejar de mirarle mientras comía, por mucho que trató de pasar de él.

Él desayunaba como si el incidente no hubiera tenido lugar, pero a ella le había dejado un mal sabor de boca y había perdido de golpe todo el apetito con que se había levantado. Y también las buenas vibraciones que había tenido aquella mañana.

«Espero que no caigas enfermo —pensó—, porque no me apetece en absoluto ni siquiera dirigirte la palabra, mucho menos atenderte.»

Pero tenía aspecto sano y fuerte, no era de esperar que ocurriese nada de eso.

Después de desayunar, Carolina la acompañó hasta la enfermería, situada en el edificio del albergue, para que tomara posesión de sus dominios.

Tras el rótulo de plástico blanco, con una cruz roja en el centro, había dos habitaciones y un baño pequeño. La primera estaba amueblada con una camilla, dos sillas, una mesa y un armario lleno de material médico para curas y medicinas, cuya llave le entregó, recomendándole que no se separase de ella. La otra estaba amueblada con dos camas y un sillón.

—Bueno, este es tu reino —dijo Carolina—. Echa un vistazo a las existencias y si

hay algo que creas que falta, hazme una lista y mi padre lo traerá. Tiene que ir esta tarde al pueblo y se encargará de conseguir lo que necesites.

—De acuerdo, echaré un vistazo.

—Luego, a última hora tenemos una reunión en el salón del albergue para planificar las actividades de la semana antes de que llegue el primer grupo de visitantes, y creo que deberías asistir. Si sabes las actividades que se van a realizar y cuándo, podrás planificar un poco tu tiempo para disponer de algún rato libre y si lo deseas apuntarte a alguna de ellas. Que estés trabajando aquí no significa que no puedas disfrutar de todo lo que te apetezca, siempre que sea compatible con tu tarea.

—Sí, desde luego que asistiré.

—Y así conocerás también al resto del personal. Quique ha llegado esta mañana y se puede decir que estamos al completo.

—Debe ser el chico que conocí en el comedor.

—¿Cómo era?

—Castaño... no demasiado alto.

Carolina se echó a reír.

—¿Simpático o antipático?

—Yo no quería decirlo, pero más bien antipático.

—Entonces no es Quique, sino Álvaro. ¿No se presentó?

—No, solo dejó claro que no iba a acostarse conmigo ni a llevarme al cine.

Carolina se rio con más fuerza.

—Álvaro, sin duda. No se lo tengas en cuenta, está pasando un mal momento.

—¿Él es el padre de Berta?

—Sí.

—Bueno, si está casado entiendo que no quiera acostarse conmigo —bromeó.

—Está separado. Y le está costando superarlo; por eso puede llegar a resultar desagradable con las mujeres.

—Entiendo. Si le ves dile que no intentaré ligar con él; ni con nadie. Tengo novio, y aunque está fuera de España en este momento, no he venido aquí a buscar rollo, sino a trabajar.

—A poco que te descuides, el rollo te buscará a ti, y si no ya te darás cuenta. Pregúntale a Sergio.

—A mi amiga le ha caído muy bien.

—¿Solo bien? —se burló—. ¿Sabes una cosa? Llevo aquí desde que era una niña, Sergio tiene cuatro años más que yo y nunca le he visto ir detrás de una mujer; todas las mujeres van detrás de él.

—Es que es muy guapo.

—No, no es solo eso. Sergio es un chico malo, atractivo y encantador. Quique es también muy guapo, pero más serio, aunque él no se negará a acostarse contigo si se presenta la ocasión.

—Ya te he dicho que no vengo aquí a eso. Y hablando de otra cosa, ¿cuántos hermanos sois?

—Solo nosotros cuatro. Ya tengo bastante con tres varones atractivos en la familia, todo el día está la recepción llena de mujeres buscando a alguno de ellos.

—¿A Álvaro también?

—Antes sí, aunque siempre le fue fiel a su mujer; pero las clientas no dejaban de intentarlo. De entrada todas van por Sergio, luego, las no elegidas se dedican a Quique y el resto lo intentan con Álvaro. Pero él siempre las ha rechazado a todas, al menos desde que se casó.

—¿Y después de separarse?

—Después también, y de forma no muy agradable como has podido comprobar por ti misma. Ya te he dicho que no lo lleva bien. Ni él ni Berta. Pero eso es algo de lo que prefiero no hablar.

—Ya imagino que es un asunto delicado. No te preocupes, no soy ninguna cotilla ni me gusta indagar en la vida de los demás. Pero si puedo ayudar con Berta... trabajo habitualmente con críos, soy enfermera en un colegio con alumnos internos y he hecho varios cursos de psicología infantil. Además, se me dan bien los niños.

—Berta ya está en manos de una psicóloga.

—En ese caso, olvida lo que he dicho.

—Nos vemos en la reunión dentro de una hora, ¿te parece?

—De acuerdo.

Capítulo 5

A la hora indicada y acompañada de Sonia, Lucía entró en el salón. Ya estaban allí Antonio y sus tres hijos y además una mujer de mediana edad. Solo faltaba Carolina.

Antonio se dirigió hacia ellas.

—Enseguida empezamos, en cuanto llegue mi hija. Está dándole la cena a Berta, cuando la deje en la cama se reunirá con nosotros. Venid que os presente mientras tanto.

—A Sergio ya lo conocemos.

—Estos son mis otros dos hijos Quique y Álvaro.

Lucía se fijó en el hermano que aún no conocía. Era también muy guapo, pero totalmente opuesto a Sergio. Moreno, con ojos negros y pelo muy negro también.

—Y esta es Rosa, nuestra cocinera. Ellas son Lucía, se hará cargo de la enfermería este verano y Sonia, que hará las prácticas con nosotros.

Quique se adelantó hacia ellas y las besó en la cara.

—Bienvenidas. Yo soy Quique.

Álvaro permaneció sentado en el brazo del sofá que ocupaba, y solo levantó las cejas al decir:

—Álvaro.

—Él y yo ya nos conocemos —añadió Lucía.

Carolina llegó en aquel momento.

—Perdonad el retraso.

—No te preocupes.

—Podemos empezar.

Antonio tomó la palabra.

—Bien, como ya sabéis, mañana llegará el primer grupo de excursionistas de este verano. Al igual que el año pasado, los grupos serán de una semana y a lo largo de ella repartiremos las actividades. El sistema funcionó bien y lo repetiremos este año. Habrá una excursión en bicicleta, que durará todo el día. Comenzará a las diez de la mañana y como ya sabes, Rosa, deberás preparar comida para llevar porque la vuelta será a las siete u ocho de la tarde, dependiendo del estado físico de los participantes.

Esta excursión es dura y eso te afectará a ti, Lucía. La gente que no es muy experta suele venir con problemas en las piernas, sobrecarga en los músculos e incluso se producen caídas y arañazos o golpes. Si los clientes no saben montar en bicicleta o no se apunta nadie a la excursión se suele cambiar por una de senderismo, y el grado de dificultad se decide según la edad y forma física de la mayoría de los miembros que forman el grupo. De estas excursiones se encarga Álvaro. También se pueden organizar rutas cortas de un par de horas para quienes no deseen apuntarse a otras actividades más difíciles. Sergio se ocupa de los lanzamientos en tirolina, del cruce del puente tibetano, que es la atracción estrella del centro, del rappel y la escalada en el rocódromo. Estas actividades son de media jornada y se suelen realizar por las tardes, y Quique lleva el piragüismo y el tiro con arco. Carolina organiza las excursiones a caballo. Algunas de estas actividades se llevan a cabo de forma simultánea, por lo que tú, Sonia, deberás alternarlas para poder hacer prácticas de todas.

—Sí, por supuesto.

—Lucía, deberás estar especialmente atenta en las de escalada y rappel donde se suelen producir rasguños y pequeños golpes y en las de puente tibetano donde lo más habitual son las crisis de ansiedad. Desde abajo, todos lo quieren practicar, pero cuando están en medio del puente... Sergio ha tenido que rescatar a más de un cliente clavado en medio y aterrorizado.

—Casi todas mujeres, ¿no? —preguntó Lucía divertida.

Sergio se echó a reír con su sonrisa pícara de chico travieso.

—Sí, la mayoría.

—A lo que mi hermano está siempre dispuesto.

—¿Por qué no? Es mi trabajo, y a nadie le amarga un dulce.

—Ya...

Álvaro giró la cabeza y se dirigió a Lucía.

—¿Sabes montar en bicicleta?

—Sí.

—Entonces deberás acompañarle en algunas excursiones especialmente duras, porque se pueden producir accidentes que es necesario atender en el momento —dijo Antonio.

—De acuerdo.

—Debo advertirte que son rutas de muchos kilómetros y por terrenos difíciles. Si no te encuentras capaz... —intervino su hijo de nuevo.

—Perfectamente capaz —respondió muy seria.

—Bien. Porque si vienes deberás cuidar de ti misma. Yo tendré que ocuparme de los clientes, no podré estar pendiente de ti.

—Yo voy para atender a los demás, no para que nadie cuide de mí. Soy perfectamente capaz de hacerlo sola.

—Cuento contigo entonces.

—¿Alguna otra observación? —preguntó Antonio.

—No.

—Entonces podemos dar la reunión por terminada.

Capítulo 6

Un tímido golpe en la puerta de la enfermería hizo que Lucía soltase las medicinas que tenía en la mano y que estaba ordenando según su criterio. Para su gusto, estaba todo un poco mezclado en los estantes y había decidido dedicar la tarde a organizar la enfermería a su manera.

—Adelante.

La puerta se abrió y Berta apareció en el umbral.

—Hola —susurró.

—¿Vienes a ayudarme?

—No... Dice mi tía que si me puedes poner una tirita en el dedo.

Lucía se acercó a la niña que permanecía en la puerta sin atreverse a entrar.

—Claro que sí. ¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente laboral?

—Me he arañado con el cajón de un archivador.

—Ven aquí —dijo agarrándola por un brazo y acercándola a la luz que entraba por la ventana—. ¿Crees que será necesario tenderte en la camilla, o eres una chica valiente y podrás curarte sentada en la banqueta?

—Soy valiente.

—Bien, eso me gusta. Siéntate aquí y enséñame la herida.

Berta extendió la mano, el dorso de la cual aparecía ligeramente arañado. Lucía cogió el desinfectante y aplicó un poco sobre la zona lastimada y luego cogió una tirita.

—Te la pondré azul a juego con la camiseta, ¿vale?

—Bueno.

—Ya está. ¿Te ha dolido mucho?

—No, nada.

—Es que eres una chica muy fuerte. Otros niños gritan mucho por menos que esto, ¿sabes?

—¿Tú curas niños?

—Sí, trabajo en un colegio durante el invierno.

—Yo iré al colegio en septiembre. Jugar con niños es divertido, ¿verdad?

—Claro que lo es. ¿Nunca has ido al colegio antes?

—No. Mis tíos y mi abuelo me han enseñado a leer y escribir un poco.

—Eso está muy bien, pero seguro que tú estás deseando conocer a otros niños.

—No sé... nunca he ido a un colegio. La doctora Susana dice que me gustará.

—Sí quieres puedes quedarte un rato y ayudarme y yo te cuento cómo es un colegio. ¿Te apetece?

Los ojos de la niña se iluminaron.

—¿Puedo?

—Pues claro. No sabes lo bien que me vendrá un poco de ayuda. Todo esto es mucho trabajo para mí sola.

—Luis nunca me dejaba entrar aquí salvo que tuviera que curarme.

—Yo no soy Luis y agradezco mucho un poco de ayuda. Pero antes ve y dile a tu padre o a tu tía dónde estás para que no se alarmen.

—A mi tía; mi padre nunca me dice lo que tengo que hacer.

—De acuerdo, ve. Aquí te espero.

Salió para regresar unos minutos después y Lucía le encargó que ordenase un estante de forma que todas las cajas de medicinas se vieran a simple vista. Luego, cuando terminaron, Berta le preguntó:

—¿Tengo que irme ya?

—No, si no quieres. Aquí ya no tenemos trabajo que hacer, pero mientras no tenga ningún paciente puedes quedarte.

—¿Y me contarás cosas de tu colegio?

—Sí.

Apenas llevaba una hora charlando con Berta cuando unos golpes en la puerta anunciaron una visita.

—Adelante.

Álvaro entró con cara hosca, que se suavizó inmediatamente al ver a la niña sentada en el taburete.

—Hola, papá.

Él se acercó y le revolvió el pelo.

—Cariño, la tía Carolina te necesita en recepción. Me ha mandado a buscarte.

Ella, obediente se levantó y antes de salir se dio media vuelta y preguntó:

—¿Puedo volver otro día?

—Claro que sí, ya te he dicho que mientras no haya pacientes, puedes venir cuando quieras.

Berta salió y Lucía esperó que Álvaro se marchara tras ella, pero este permaneció en la habitación y apenas la puerta se cerró tras la niña, se volvió. Su cara había perdido su amabilidad y el rictus de su boca volvió a ser duro.

—¿Qué pretendes con Berta?

—¿Yo? Nada.

—No voy a permitir que nadie le haga daño.

—¿Pero qué pasa contigo? Primero presupones que quiero meterme en tu cama y luego que quiero hacerle daño a tu hija. ¿Tienes una fijación conmigo o qué?

—No tengo ninguna fijación ni contigo ni con nadie, pero la niña es muy sensible. Si se encariña y luego le das de lado cuando lleguen los excursionistas, sufrirá. Y no estoy dispuesto a tolerarlo. Así que más vale que no la animes demasiado a venir aquí si luego no va a poder hacerlo.

—No tengo ninguna intención de darle de lado. Berta será bien recibida aquí ahora y cuando lleguen los excursionistas, salvo que esté atendiendo a alguno. Y métete en la cabeza de una vez que yo he venido aquí a trabajar, y no a ligar.

—Me da igual a lo que hayas venido, como si te quieres tirar a todos los tíos que vengan este verano... siempre y cuando no le afecte a mi hija.

—No te preocupes, no le haré daño. Eso es lo último que yo haría, me encantan los niños, trato con ellos continuamente en el colegio. Y si me permites una opinión, Berta está muy necesitada de contacto con otros niños.

—No te la permito. Guárdate tu opinión.

—En ese caso, creo que no tenemos más que hablar. Y si no quieres que vea a Berta prohíbele que venga por aquí; pero se lo dices tú, yo nunca le diré que no lo haga.

Y sin echarle más cuenta se giró y comenzó a colocar medicinas en la estantería hasta que pocos segundos después escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas.

Capítulo 7

Lucía estaba limpiando el instrumental después de haber realizado una cura a una chica que se había desollado las palmas de las manos al deslizarse en rappel, cuando entró Sonia evidentemente muy excitada.

—¿Estás sola?

—Sí, de momento sí. Acabo de hacer una cura, pero ya he terminado.

—Es que tengo que contarte algo muy fuerte —dijo sentándose en la banqueta al lado de su amiga que continuó con lo que estaba haciendo.

—¿Ya estás con tus cotilleos?

—No es un cotilleo, es verdad.

—¿Y se puede saber quién es la o el infeliz mortal protagonista de eso tan fuerte?

—Álvaro.

Lucía levantó las cejas y no dijo nada.

—¿No te mueres de curiosidad?

—No. Si se trata de él no me extraña que circulen todo tipo de historias y comentarios porque se las pinta solo para atraer la animadversión de la gente; pero a mí no me interesa.

—Mejor así, porque es un tío peligroso.

—¿Álvaro? Puede ser antipático y desagradable, pero no peligroso.

—Pues lo es. He estado hablando con una cliente, una señora ya de cierta edad, que lleva viniendo años al centro de ocio a veranear, y le conoce bien. Su mujer le abandonó por malos tratos.

Lucía frunció el ceño.

—No es posible. Deben ser habladurías.

—No lo son, esta mujer dice que estaba en el centro de ocio cuando estalló todo el escándalo. Por lo visto, la última paliza, la que motivó la separación, fue tan tremenda que le rompió varias costillas y la envió al hospital. Al parecer ella se había negado a tener relaciones sexuales con él y eso le enfureció. La machacó literalmente, y la violó. Después ella se negó a volver con él, lo denunció y lo mandó a la cárcel una temporada. Se marchó antes de que saliera y al parecer nunca más ha dado señales de

vida.

—¿Y dejó a la niña? No es lógico.

—Por lo visto, a la niña no le pegaba.

—Eso está claro, Berta le quiere mucho y te aseguro que un niño maltratado no quiere a la persona que le pega. Pero una madre tampoco dejaría a un hijo a merced de un padre violento que podría hacerle daño.

—Berta no está a merced de su padre, la custodia la comparten Antonio y Carolina, y según tengo entendido, Álvaro no puede estar a solas con la niña. Si lo hace, volvería a la cárcel. Siempre debe haber un adulto presente cuando está con ella.

—Debe ser terrible para él.

—Nena, ¿qué te pasa con ese tío? ¿Por qué le defiendes?

—Porque no creo que sea un maltratador. No, es imposible. Un tío desagradable, borde, y lo que quieras... pero no puedo creer todo eso que dices de él. Tu informadora debe estar en un error o no conoce toda la historia.

Sonia levantó la cabeza y advirtió.

—Lucía, aléjate de él. Ahí tienes a Quique, que es encantador y guapísimo... No te ofrezco a Sergio, porque ese lo reservo para mí, aunque si te empeñas, lo compartimos.

—¡Qué modernas...!

—No te burles. La verdad es que prefiero que te enrolles con Quique, pero si no te gusta, pues hasta te dejo que lo intentes con Sergio antes que yo. Te cedo el primer lugar... Ahora, nunca la exclusiva. Yo de aquí no me voy sin un buen revolcón con el rubio.

—Veo que vas a muerte por él.

—¿Cuándo me voy a ver con otra oportunidad semejante? Tíos tan buenísimos no se encuentran todos los días.

—Bueno, pues todo para ti. Y Quique... y Álvaro también si lo quieres. Ninguno de ellos me interesa, sabes que yo estoy con Roberto.

—Sí, locamente enamorada de él.

—Quizás todavía no, pero todo llegará.

—Bueno, pero tu hazme caso y ándate con ojo. No intimes mucho con él.

—¿Con Roberto?

—¡No! Con Álvaro.

Lucía se echó a reír.

—¿Crees que Álvaro me dejaría intimar con él, aunque yo quisiera? Si araña hasta con la mirada...

—No te fíes.

—Que no, mujer... no te preocupes. Me andaré con mucho ojo, lo prometo — bromeó.

—Y hablando de Roberto, ¿sabes algo de él?

—Sí, he recibido una postal para comunicarme la dirección donde está alojado y unas líneas en las que parece estar muy contento con el trabajo y los compañeros.

—¡A ver si te lo va a pescar una inglesa y tú aquí mientras guardándole fidelidad hasta la muerte!

—No lo creo.

—Muy segura estás, y en la vida no se puede estar segura de nada.

—También es cierto.

—Puede llegar algún tío que te vuelva loca y mandes a Roberto a freír espárragos. Pero no Álvaro, ¿eh?

—¡Qué imaginación tienes! Anda, vuelve a tu trabajo que yo tengo que hacer un pedido de suministros.

Capítulo 8

Después de que Sonia se marchara de la enfermería, Lucía se quedó terminando de ordenar los instrumentos, y no pudo evitar que su cabeza volviera sobre lo que su amiga le acababa de contar sobre Álvaro. Y ahora, a solas, todavía podía creerlo menos. No, debía haber algún error, ella sabía de lo que estaba hablando.

Cuando terminó su trabajo, cerró la enfermería y se dirigió a su cabaña para ducharse y vestirse para la cena. Ya Sonia había terminado y se estaba peinando. El vestido blanco muy corto y muy escotado que llevaba le hizo levantar las cejas en cuanto la vio.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó.

—Sí, y tú también. Vamos a ir todos al pueblo a tomar unas copas después de la cena.

—¿Quiénes son todos?

—Pues todos... Sergio, Quique, Carolina, tú y yo.

—Yo no. Antonio me ha dicho que a la excursión de senderismo de mañana se ha apuntado un señor bastante mayor y que al parecer tiene problemas cardíacos, y me ha pedido que vaya por si hubiera algún problema. Así que tengo trabajo temprano, no puedo permitirme estar de juerga hasta las tantas.

—Todos trabajamos mañana, no podemos quedarnos mucho rato. No seas tonta y ven, nos divertiremos un poco.

—No sé...

—Claro que vienes. No querrás quedarte a ligar con ese cincuentón divorciado de la cabaña 6, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Pues aparte de él, Antonio y Álvaro serán los únicos que se quedarán esta noche en el centro de ocio, la oferta no es muy atractiva que digamos.

—Bueno, ya veré.

Se duchó también y se puso una falda negra y una camiseta de tirantes verde claro, por si al final se decidía a ir al pueblo, y salieron juntas en dirección al comedor.

Ya quedaba poca gente en el mismo, la mayoría de los huéspedes extranjeros había cenado ya, y solo faltaban algunos españoles y los miembros de la familia, que al

igual que ellas, se resistían a cenar a las siete de la tarde.

En esta ocasión, todos se habían sentado juntos en una mesa grande para ocho personas, y aún quedaban dos sillas libres. Sonia se dirigió hacia ellas.

—¿Dónde vas?

—A sentarme con ellos, por supuesto. La silla que está junto a Sergio está vacía, por si no te has dado cuenta.

—Sonia, están cenando en familia. Vamos a sentarnos en otra mesa.

—Ni hablar. La mayoría de las veces él está cenando con alguna tía en una mesa para dos, no voy a desaprovechar una ocasión como esta.

Resignada, Lucía la siguió. Sentarse sola a una mesa haría todavía más evidente el descaro de su amiga. Sonia ocupó la silla junto a Sergio y ella se sentó al lado de Quique.

—Hola, Lucía —la saludó Berta, sentada frente a ella.

—Hola.

Álvaro le estaba limpiando y troceando una pieza de pescado a su hija mientras ella terminaba el primer plato. Y no pudo evitar recordar de nuevo todo lo que Sonia le había contado un rato antes, y su convicción se afianzó aún más viendo cómo quitaba cuidadosamente las espinas, hasta la más pequeña, y cómo la niña le dijo cuando terminó:

—Gracias, papi. —Y le sonrió.

—Cómetelo todo. Vas a necesitar mucho pescado ahora que vas a ir al cole. Te ayudará a aprender más deprisa.

Los ojos de Lucía se cruzaron por un momento con los de Álvaro, y se sintió un poco turbada por lo que estaba pensando. La mirada de él, como si lo hubiera adivinado, se volvió más dura y desafiante, y ella tuvo que desviar la vista incapaz de seguir sosteniéndola. Nerviosa, se volvió hacia Quique.

—Dice Sonia que vais a ir al pueblo.

—Tú también vendrás, ¿no?

—No lo sé, tengo que hacer la ruta mañana con Álvaro. Al parecer hay un paciente de riesgo que se ha empeñado en apuntarse.

—Volveremos temprano, no más de la una. Carolina también tiene que abrir la recepción pronto.

—Si es así, iré encantada.

La conversación se hizo general y apenas Berta hubo terminado, Carolina se la llevó para acostarla, mientras los demás permanecían charlando y esperándola. La niña se había levantado y besó primero a su padre, echándole los brazos al cuello.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, cariño. Que tengas bonitos sueños.

Después, continuó besando uno por uno a todos los presentes, incluidas Lucía y Sonia, y se marchó con su tía. Lucía volvió a pensar que era imposible, que un hombre capaz de abrazar así a su hija, de ser tan dulce con ella, aunque con el resto del mundo fuera un resentido, no podía haber hecho las cosas tan espantosas que iban contando de él.

Pensaba todo esto mientras pelaba una manzana, y absorta en su tarea no se dio cuenta de que Álvaro estaba mirándola de nuevo. Cuando levantó la vista se encontró con sus ojos.

—¿Te animas a venir con nosotros, Álvaro? —le preguntó Sergio.

—No, yo no. Como ya ha dicho Lucía, tengo una ruta mañana temprano, y es dura. Debo estar con todas mis facultades al cien por cien, sobre todo porque pueden presentarse problemas.

—Ya ha dicho Quique que volveremos temprano, como muy tarde la una.

—Son casi las diez. Mientras Carolina acaba de acostar a Berta y salís, serán por lo menos y media. No me merece la pena ir a pueblo para tan poco rato, y menos para tomarme un refresco. Ya sabes que no puedo beber —dijo esta última frase después de una corta pausa, y en un tono un poco más alto que las demás.

—Como quieras.

—Además, así vais en parejas. Yo sobro.

—No vamos en parejas, tío. Somos cinco.

—Sabes que Carolina se reunirá con Jorge en cuanto llegue. Están medio enrollados. ¿Por qué crees que va si no?

—Bueno, pero nosotros no vamos de pareja, ¿verdad, Lucía?

—Por supuesto que no. Si pensáis así, mejor me quedo.

—¡No seas tonta! —intervino Sergio—. Somos compañeros tomando una copa, y aunque Álvaro no venga, no va a ser otra cosa.

Lucía sonrió. No estaba ella tan segura después de ver el vestido que se había

puesto Sonia, de que aquella pensara así, y podía darse el caso de que su amiga acaparase a Sergio y ella tuviera que pasarse la noche medio emparejada con Quique. No le importaba, era un chaval inteligente y amable con el que se podía mantener una conversación.

—Ya estoy aquí. —Carolina llegó apresurada—. Se ha dormido enseguida.

Todos se levantaron.

—Bueno, pues nos vamos.

—¿A quién le toca conducir y no beber esta noche?

—A Sergio.

Se dirigieron hacia el aparcamiento y entraron en el coche, un modelo deportivo negro, que Lucía no pudo identificar en la oscuridad.

—¿Te importa si me siento delante contigo? —preguntó Sonia—. Me mareo si me siento detrás en las carreteras de curvas.

—Encantado.

Lucía subió detrás, y se colocó entre Carolina y Quique. Se sentía alegre y feliz, viviendo algo que nunca había tenido la oportunidad de hacer. Nunca había salido con un grupo de amigos a tomar copas; como mucho, y antes de conocer a Roberto, salía con Sonia y siempre cerca de su casa. La mayor parte de su tiempo libre tenía que repartirlo entre el trabajo y los estudios, y pocas veces podía permitirse perder horas y dinero en una noche de juerga.

En los últimos tiempos, sí disponía de ambas cosas, pero conoció a Roberto y los fines de semana, que era el único tiempo que tenía libre, solía ir con él a cenar y tomar una copa después. Había perdido el contacto con sus, más que amigos, compañeros de carrera y la alegría sana y divertida que llenaba aquel coche era algo nuevo para ella.

Llegaron al pueblo en apenas veinte minutos. Este no era muy grande, ni tampoco estaba muy animado, aunque no era más que las once de la noche.

Sergio condujo con pericia por las estrechas y empinadas calles, y detuvo el coche ante un local con el aspecto de una casa corriente. Pero en cuanto traspasaron el umbral, la música les llegó con nitidez. Cruzaron un patio lleno de mesas, de las cuales apenas estaban ocupadas la mitad, y entraron en una habitación rectangular, evidentemente más animada que la anterior.

Un banco corrido rodeaba las paredes y unas cuantas mesas desperdigadas delante

del mismo, a todas luces insuficientes, permitían colocar vasos y copas.

Las escasas mesas estaban ocupadas, y por mucho que miraron a su alrededor, no encontraron sitio donde sentarse más que en los huecos formados entre unas mesas y otras.

—Bueno, de momento tendremos que tener los vasos en la mano —dijo Quique.

—¿Qué vais a tomar?

—Malibú con piña —dijo Sonia.

—Ron miel —añadió Carolina.

—Naranja con un chorrito de vodka —pidió Lucía.

—Yo Legendario con cola y tú tónica, ¿no, Sergio?

—En efecto.

—Sentaos mientras nosotros traemos las copas.

—Toma dinero... —ofreció Lucía.

—Luego hacemos cuentas, aquí nos fian.

Las tres mujeres se sentaron en el sitio que les pareció mejor situado y apenas lo hubieron hecho un chico alto y moreno, se les acercó. Besó efusivamente a Carolina.

—¡Qué sorpresa! No os esperaba hoy.

—No sabíamos si íbamos a poder venir. Hasta última hora que ha quedado claro que mis hermanos no tenían trabajo temprano. Salvo Álvaro, pero él nunca viene al pueblo.

Se volvió hacia ellas y las presentó:

—Estas son Lucía y Sonia, trabajan en el centro este verano. Este es Jorge, un amigo.

El chico se sentó junto a ellas, y poco después vieron a Quique y Sergio que se abrían paso entre las parejas que bailaban con las manos llenas de vasos. Se sentaron con ellas y la conversación se hizo general y animada.

Media hora más tarde, Jorge divisó una mesa que acababa de quedar vacía y se instalaron ante ella pudiendo por fin soltar los vasos.

—¿Quién baila? —preguntó Sergio levantándose.

—Id vosotros, yo me quedo —se ofreció Quique.

—De acuerdo, dentro de un rato cambiamos. Alguien tiene que quedarse cuidando la mesa, si no, la perdemos en un minuto.

—Yo me quedo contigo —decidió Lucía—. Es aburridísimo quedarse sentado solo a una mesa viendo cómo bailan los demás.

—Gracias.

—No hay de qué.

Lucía contempló cómo las otras dos parejas salían a la pista y empezaban a moverse al ritmo de la música. A pesar de tratarse de música rápida, Jorge agarró a Carolina por la cintura.

—¿Jorge es el novio de tu hermana?

—Aún no, pero están en ello. De momento son amigos con derecho a roce. No creo que la cosa pase a mayores hasta que termine el verano. Lo de esta noche no lo podemos repetir con mucha frecuencia, y casi nunca es posible durante el mes de agosto. Ahora la ocupación del centro de ocio es relativamente baja, pero llegará el momento en que todos tengamos que trabajar mañana y tarde, si no en las actividades propiamente dichas, sí en su preparación y reparando desperfectos, revisando el material y cosas así. Y Carolina, no lleva la mejor parte. Entre la recepción y las rutas a caballo acaba agotada. Menos mal que este año está Sonia con nosotros, mi padre le ha pedido que aprenda también el manejo de la recepción para que pueda sustituir a mi hermana algunos ratos. Además está Berta; no puede dejarla sola con mucha frecuencia. No, lo de esta noche no lo podremos repetir muy a menudo. Además, creo que Jorge se marcha casi todo el mes de agosto, tiene una casa en la playa. Supongo que acabarán por enrollarse en el mes de octubre, cuando cojamos las vacaciones.

—¿Tomáis las vacaciones en octubre?

—Sí, entonces cerramos el centro al público. Unas veces nos vamos fuera y otras nos quedamos. Solemos turnarnos para supervisar los trabajos de conservación y mejoras, aunque Álvaro y mi padre se suelen quedar siempre.

—¿Tu hermano nunca sale del centro de ocio?

—Rara vez. Para él las vacaciones consisten en coger una tienda de campaña, una mochila, y como mucho una bicicleta, y perderse en la montaña unos días. Nunca muchos porque no quiere estar lejos de Berta.

—¿No se la lleva? A los críos les encanta ir de acampada.

—No puede. Como ya sabrás, está separado, y la custodia de la niña la tienen mi padre y mi hermana. Él no puede estar solo con la pequeña, supongo que ya alguien te

habrá contado la historia.

—Algo he oído. Debe ser terrible para él.

—Curiosa respuesta.

—¿Por qué curiosa?

—Porque creo que eres la primera persona que demuestra compasión por mi hermano.

—Yo no siento compasión por Álvaro, pero comprendo que debe ser dura esa situación.

—¿No piensas que se lo merece por lo que hizo?

—Yo no sé lo que hizo, solo lo que cuentan.

—¿No crees lo que cuentan?

—Hace mucho aprendí que lo que se cuenta no siempre se corresponde con la realidad, por eso prefiero no creer ciertas cosas hasta que las he comprobado por mí misma. Me fío más de mi intuición que de lo que me dicen.

—¿Y qué te dice tu intuición?

—Que tu hermano sufre mucho y que una persona que sufre no puede ser tan mala.

—Quizás deberías decírselo a él.

Lucía hizo una mueca.

—No creo que me diera la oportunidad. Mejor me guardo mi opinión para mí.

Carolina y Jorge se acercaron a la mesa.

—Id a bailar vosotros ahora, Jorge y yo nos quedaremos aquí. Tengo mucha sed y me apetece beber un poco.

Se levantaron y se unieron a Sergio y Sonia. Un rato después fueron estos los que se sentaron, y así se fueron turnando hasta que pasadas las doce y media se decidieron a regresar.

Carolina se despidió de Jorge con dos besos en la cara y quedaron en que se llamarían en cuanto ella tuviera un rato libre. Después, todos volvieron al coche de nuevo.

Al llegar al centro de ocio, las luces del salón del albergue estaban encendidas y se escuchaban voces y risas.

—Aún hay marcha en el salón —dijo Sergio—. Me apetece una copa, ¿alguien me acompaña?

—Yo abro la recepción a las siete de la mañana, ya lo sabes.

—Y yo debo estar a las nueve desayunada y preparada para la excursión.

—Y yo ya he bebido bastante por esta noche —se excusó también su hermano. Él se volvió hacia Sonia.

—¿No irás a rajarte tú también, verdad? Estoy harto de tónicas, me apetece tomar otra cosa. Y no tienes que trabajar hasta las cuatro de la tarde, igual que yo. ¡No me dejes tirado!

Sonia sonrió encantada.

—No pensaba hacerlo; a mí también me apetece tomar otra copa.

Lucía sonrió.

—Buenas noches entonces; yo me voy a la cama.

—Hasta luego.

Se dirigió a su cabaña mientras su amiga seguía a Sergio hasta el salón del albergue. El ruido y el humo llenaron sus oídos y sus ojos apenas entraron, y Sonia se echó ligeramente hacia atrás. Él lo advirtió.

—Esto está muy lleno, ¿verdad?

—Sí, eso parece. No queda un solo asiento libre.

—Arriba, entre las escaleras y las habitaciones, hay un pequeño salón que suele estar vacío casi siempre. Si lo prefieres podemos ir allí a tomar nuestra copa. Por lo menos podremos charlar sin dar gritos.

—Sí, lo prefiero. Ya he forzado la voz bastante esta noche.

Sergio la precedió hasta la segunda planta. Tras empujar una puerta situada al lado de las escaleras, entró en un pequeño salón amueblado con un gran sofá y varios sillones y una mesa en el centro.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó el chico.

—Sigo con lo mismo.

—Bien, pues ponte cómoda y espérame. Enseguida vuelvo. Si alguien asoma la cabeza y pregunta si el salón está ocupado, le dices que sí.

—¿Pero no es público? ¿No puede usarlo todo el mundo?

—Sí, pero esta noche tengo ganas de un poco de tranquilidad. ¿Y tú?

Sonia se echó a reír.

—Yo también.

Sergio salió y ella se sentó cómodamente en el sofá, recostándose contra el respaldo. Estaba un poco cansada, tenía que reconocerlo, porque había estado remando con Quique casi toda la tarde, pero no se perdería este rato a solas con Sergio por nada del mundo. Hasta esta noche, y ya llevaban quince días en el centro de ocio, no se le había presentado la oportunidad de estar a solas con él, y su relación se había limitado al trabajo.

La puerta se abrió y lo vio entrar llevando una bandeja con una botella de Malibú y otra de *whisky*, un brick con zumo de piña y un par de vasos con hielo. Lo colocó todo sobre la mesa y se dejó caer a su lado.

—Ya está todo aquí. Sírvete a tu gusto.

Sonia se inclinó y se preparó una copa generosa, mientras él hacía lo mismo. Después, levantó el vaso.

—*Chin chin.*

Sonia chocó su vaso con el de él.

—*Chin chin.*

—Bueno, ¿qué me cuentas de tu estancia aquí, en el centro de ocio?

—No sé... ¿Qué quieres que te cuente?

—Si te agrada esto, si te sientes a gusto con nosotros. Todo lo que se te ocurra.

—Por supuesto que estoy a gusto con vosotros, eso es lo más importante. Y todo esto me ha sorprendido, es una forma de vacaciones que nunca me había planteado. Cuando estudié turismo no pensaba en hacer las prácticas en un sitio como este, pero me alegro de haberlo hecho. Aunque tengo que reconocer que hay actividades que me gustan más que otras.

—¿Cómo cuáles?

—Como la escalada y el lanzarme en tirolina; también las excursiones en bici y a caballo. Pero hoy me he aburrido como una ostra remando. Y además tengo la espalda hecha polvo.

—¿Es la primera vez que haces remo?

—Es la primera vez que hago todo esto. Mi ejercicio físico se ha limitado a la gimnasia del instituto y como mucho correr por la playa en verano. Pero el remo me gustaría que fuera la última.

—No creo que lo consigas. Mi padre quiere que rotes en todas las actividades.

—Ya...

—Pero mañana tenemos tirolina, una de tus favoritas.

—Mañana me divertiré. El marrón le toca a Lucía.

—Sí, me temo que no es agradable tener que vigilar a un viejo cabezota.

—¿Y qué me dices de tu hermano? Tampoco es agradable tenerle a él dirigiendo una excursión. Me tocó el otro día acompañarle.

Sergio frunció el ceño.

—¿Ha sido desagradable contigo?

—No me dirigió la palabra, pero me miró todo el rato como esperando que metiera la pata en algo. Sin embargo, yo puse buen cuidado en todo lo que hice y no pudo reprocharme nada. Pero no disfruté a pesar de que me gusta mucho montar en bici. Si hubiera ido con Quique o contigo me habría podido relajar más y me lo habría pasado mejor. Tú sobre todo, haces de cualquier actividad, por muy difícil que sea, una diversión.

—Gracias.

—Es la verdad.

—Si quieres mañana podemos quedar un rato antes de la hora, me ayudas a revisar los aparejos y te tiras unas cuantas veces antes de que lleguen los demás.

—No me lo vas a tener que repetir dos veces.

Él observó que el vaso de Sonia estaba vacío.

—¿Otro?

—Ya llevo tres; no sé si voy a bajar las escaleras rodando.

—No te preocupes por eso, si no puedes bajar yo te llevo. Y estoy fuerte, no te dejaré caer.

—Entonces échalo; no todos los días se tiene la oportunidad de que un armario empotrado te lleve en brazos.

Sergio se rio con fuerza.

—Yo no soy ningún armario empotrado... ¡Si hubieras visto a mi padre en sus tiempos...! Y Quique, a fuerza de hacer remo acabará igual.

—Tú estás bien, tienes los músculos justos.

—Gracias. Yo por mi parte, tengo que confesar que no todos los días se me presenta la oportunidad de llevar en brazos a una mujer tan bonita como tú.

Sonia se dio cuenta de que le había entrado la risa tonta y se reprimió

mentalmente.

«Cállate, estás haciendo el ridículo. Lo vas a estropear todo.»

Pero continuó bebiendo sorbo a sorbo su cuarta copa a pesar de notar que se le estaba subiendo a la cabeza de verdad. Su risa se iba volviendo cada vez más fácil y se daba cuenta de que estaba diciendo algunas tonterías.

—Creo que deberíamos irnos a la cama —dijo antes de hacer o decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

—¿Te llevo?

Se levantó con cuidado y las paredes se movieron un poco a su alrededor.

—Creo que sí; pero no hace falta que me bajes en brazos, solo que me agarres un poco.

Sergio le rodeó la cintura con un brazo y Sonia se recostó contra él.

—Dios mío... me da vueltas todo menos tú.

—¿De verdad puedes bajar?

—De verdad. ¿Ves?

Levantó la cabeza y se encontró con su cara muy cerca y antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, se estaban besando. Los brazos de Sergio rodearon su espalda y Sonia le echó los suyos al cuello y se apretó contra él.

—¿Por qué no te ahorras bajarme las escaleras y me llevas a tu habitación? Está en esta planta, ¿no?

—Porque te pondrás malísima en cuanto te agites un poco y porque además no quiero que mañana me eches en cara que me aproveché de ti estando borracha. Mejor lo dejamos para cuando estés sobria. ¿Te parece?

—Vale.

Sergio la levantó casi en vilo por la cintura y empezaron a bajar las escaleras. Luego la llevó por el camino hasta la cabaña que compartía con Lucía, algo alejada del centro donde estaba el albergue y la recepción, y llamó.

—Me temo que vamos a despertarla.

—A lo mejor no abre... —dijo Sonia esperanzada.

Pero a los pocos segundos se encendió la luz y la puerta se abrió.

—Aquí te la traigo; me temo que está un poquito trompa.

—Ya lo veo. Anda, entra...

—No me he dado cuenta de que estaba así hasta que se ha levantado.

—No te preocupes, no es la primera vez. Ya me ocupo yo.

Lucía cogió a su amiga por debajo de los brazos y la hizo entrar; pero antes de que cerrara la puerta, esta se volvió hacia Sergio y le dijo:

—Me debes una...

Sergio le guiñó un ojo.

—Por supuesto... Te veré mañana.

Sonia entró en la cabaña y se dejó caer en la cama.

—¡Mierda, lo he estropeado!

—¿Qué has estropeado?

—Nos hemos besado y todo ha quedado ahí porque dice que estoy borracha.

—Lo estás.

—Pero sé lo que quiero. No he perdido el control. ¿Tú crees que no le gusto?

—No sé si le gustas; supongo que si te ha besado es porque sí. ¿O quizás le has besado tú?

—No estoy muy segura...

—Entonces ha hecho bien en no intentar nada esta noche. ¿No ves cómo estás? Si te mueves un poco empezarás a vomitar, y eso no sería muy romántico, ¿verdad?

—Yo quería acostarme con él.

—Todavía te queda mucho verano, mujer. No querrás arriesgarte a vomitarle encima, ¿no? Sería una asquerosidad.

—Tienes razón. No volveré a beber en todo el verano.

—Me parece estupendo, tu hígado te lo agradecerá. Y ahora duérmete, yo tengo que madrugar mañana.

—¡Qué bueno está...! Tiene toda la espalda dura y fuerte... y no te imaginas cómo besa.

—Sonia, si no te callas y me dejas dormir mañana no podré con la excursión y Álvaro me echará la bronca por haberme ido de juerga. Anda, bonita, duérmete.

Sonia se abrazó a la almohada.

—Sergio... guapísimo... te adoro...

—¡Pobre chico! No sabe dónde ha caído. Y tú, si no te callas te pondré una inyección de Valium.

Por fin Sonia se quedó callada y Lucía pudo recuperar el sueño interrumpido.

Capítulo 9

Lucía abrió los ojos al primer timbrazo del despertador a pesar de no haber dormido mucho. Se levantó de un salto dispuesta a despejarse y prepararlo todo porque estaba segura de que Álvaro no iba a permitirle ningún desliz, y no estaba dispuesta a darle la satisfacción de tener motivos para regañarla.

Después de vestirse, salió a desayunar. El comedor acababa de abrir; aún estaban colocando las bandejas y haciendo el café y las mesas se encontraban vacías. Rosa la saludó:

—Buenos días. Has madrugado mucho hoy, más de lo habitual.

—Sí, tengo una excursión con Álvaro, y como sé que es un jefe exigente, no quiero arriesgarme a llegar tarde.

La mujer sonrió.

—Pues hoy le has ganado incluso a él. Eres la primera.

Cogió su bandeja y se sentó en una de las mesas pequeñas, de espaldas a la puerta. Desayunó deprisa y colocando los restos en el carro de las bandejas, se apresuró a salir. Cuando se acercaba a la puerta, esta se abrió y se encontró con Álvaro al otro lado. Sus ojos se cruzaron por un instante.

—Buenos días —saludó—. Ya estoy lista para salir.

—Aún es pronto, falta media hora.

—Iré preparando el botiquín de emergencia mientras tanto. Me reuniré contigo en el claro cuando termine.

—Bien.

Él, que se había apartado para dejarla salir, se perdió dentro del comedor. Lucía entró en la enfermería y cogiendo la mochila que tenía preparada, la llenó con lo que creyó más necesario: Desinfectante, gasas, algodón, tiritas, pomada antiinflamatoria, y lo más importante, las pastillas de emergencia para pacientes con problemas cardíacos. Esperaba que no fueran necesarias. Después se acercó a la ventana y vio que Álvaro salía del comedor y se dirigía al claro donde se reuniría el grupo de excursionistas, y cargando la mochila a la espalda, salió a su encuentro.

—Ya estoy lista.

—¿No se te olvida nada?

—No.

—¿Llevas agua?

—Sí.

Él, que estaba acabando de cargar su mochila, terminó de ajustar las correas y se volvió hacia ella mirándola fijamente.

—No tienes que venir si no quieres. No es culpa tuya si un viejo cabezota no sabe hasta dónde puede llegar en sus esfuerzos.

—No voy a correr el riesgo de que le ocurra algo y no estar allí para atenderle.

—Si me dices lo que hay que hacer, puedo ocuparme yo.

—Tú eres el guía, y yo la enfermera. Haz tu trabajo, que yo haré el mío.

Álvaro se encogió de hombros.

—Allá tú. Yo solo pretendía librarte de esto.

Lucía levantó la cara y se encaró con él.

—¿Por qué no quieres que vaya?

—Yo no he dicho que no quiera que vengas, a mí me da igual. Lo hago por ti, porque quizás seas tú la que no quiera venir.

—¿Y por qué no iba a querer?

—Porque ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Lo que soy... lo que hice.

—Yo no sé nada.

Álvaro frunció el ceño y su voz se hizo más dura.

—No finjas conmigo, claro que lo sabes. Desde ayer. Puedo leerlo en tus ojos, en tu forma de mirarme Y sé quién te lo ha contado; seguro que ha sido esa mujer... la viuda Merlo. Es lógico que no quieras acercarte a mí.

Lucía dio dos pasos al frente, quedando tan cerca de él que podía sentir su respiración.

—No te tengo miedo, Álvaro. Conozco un montón de puntos en el cuerpo humano que pueden paralizar a alguien en cuestión de segundos con solo tocarle. Y si no, siempre queda el típico rodillazo en los testículos, que también es muy efectivo. Eso si pensara que podías hacerme daño, pero no lo creo.

Los ojos oscuros parpadearon por un momento y su voz sonó incrédula al

preguntar:

—¿No lo crees?

—Por supuesto que no.

—Quizás no te lo hayan contado todo.

—Yo creo que sí, pero el que lo cuenten no significa que lo hicieras.

Él dio un paso atrás separándose bruscamente.

—Comprendo... quieres jugar a ser condescendiente, a otorgar el beneficio de la duda.

—No es eso; simplemente no creo que seas tan malo como tú mismo te empeñas en parecer. No te creo capaz de hacer mal gratuitamente, y yo no te he hecho nada. No tienes por qué hacerme daño.

La cara de Álvaro se suavizó un poco.

—Puede darme un arrebató... volverme loco, atacarte sin motivo.

—No, tú no.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó esta vez con curiosidad.

—Porque si fuera así, Berta no te querría como te quiere, ni estaría tan tranquila y relajada cuando está contigo.

—Quizás no ha tenido ocasión de verme en un mal momento.

—Vive contigo, no hubiera podido evitarlo.

La voz de Álvaro se había ido haciendo más suave a medida que transcurría la conversación, pero de pronto y bruscamente, su expresión cambió y el tono de su voz también, volviéndose brusca de nuevo.

—Pues más vale que no vayas haciendo esos comentarios por ahí porque no harás más que el ridículo.

—¿Por qué el ridículo?

—Porque lo hice —dijo sombrío y desafiante—. Todo lo que cuentan.

—No me lo creo.

—¿Qué pretendes? ¿Hacer la buena obra del día? No la necesito. No necesito ni tu indulgencia, ni tu defensa, ni tu comprensión.

—No pretendo darte nada de eso. Pero tengo una opinión y nada de lo que digas va a cambiarla. Ni tú ni nadie, soy muy cabezota.

—Ya lo veo.

La siguiente frase que pronunció, Lucía no estuvo segura de si era en serio o en broma.

—¿Tengo que atacar a alguna vieja para que te lo creas?

—Yo de ti atacaría a una joven; siempre será más agradable.

—Vete al diablo —dijo él dando la conversación por terminada al comprobar que algunos huéspedes se acercaban ya a ellos.

Un cuarto de hora más tarde el grupo se había reunido y emprendieron la marcha. En su mayoría estaba formado por gente joven, no mayores de treinta años y una pareja de edad madura, de unos cincuenta. El hombre era el senderista de riesgo.

Lucía, sin que Álvaro tuviera que indicárselo, se colocó al lado de la pareja y comenzó a hablar con la mujer, aunque sin dejar de observar al marido por el rabillo del ojo.

Caminaron sin dificultad durante una hora, bajo un sol abrasador, y el calor se hizo muy intenso. Del suelo se desprendía un vapor que quemaba la planta de los pies a pesar de las gruesas suelas de las botas.

Una pronunciada cuesta se perfiló ante ellos y al empezar a subirla, Lucía ya no perdió de vista a su paciente. Como temía, antes de llegar a la mitad, el hombre empezó a asfixiarse.

—¡Álvaro, para...! —dijo en voz alta, para que la escucharan en la cabecera de la columna de excursionistas, y la fila se detuvo.

Lucía se volvió hacia el hombre.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente.

La cara pálida, los labios amoratados, le indicaron que mentía.

—¿Tiene problemas para respirar?

—Por supuesto que no.

—Voy a darle algo, soy enfermera.

—No pienso tomar nada, estoy perfectamente. ¿Qué se ha creído? Puedo con esta cuesta y con mucho más.

—De acuerdo, pero al menos beba un poco de agua. Es algo que todos debemos hacer en una ruta, y más con este calor.

—No he traído agua, yo nunca la bebo.

—Le daré mi botella.

—No voy a permitir que usted se quede sin ninguna.

—Yo compartiré la de mi compañero, casi siempre lo hacemos.

Lucía le tendió su botella, en la que previamente había disuelto una ampolla incolora y se la ofreció.

—Beba un poco.

El hombre, ya visiblemente asfixiado, aceptó.

—Tómela a sorbos pequeños.

Más de media botella desapareció en poco tiempo.

Álvaro había concedido a todo el grupo un descanso, y se habían repartido buscando la sombra bajo los escasos árboles, agradecidos a la oportunidad de pararse un rato.

Poco a poco, el leve amoratado de la cara del paciente empezó a ceder, y su respiración se fue haciendo más regular. Cuando se encontró recuperado se dirigió a Álvaro, que había permanecido todo el tiempo un poco alejado, pero pendiente de la actuación de Lucía, y le dijo:

—Podemos seguir cuando quiera.

—Lo siento, pero usted no va a seguir.

—¿Cómo que no? ¿Por qué? Ya estoy bien, solo necesitaba un poco de agua.

—Yo soy el responsable de esta excursión y no voy a correr el riesgo de que nadie sufra un ataque. Las dificultades de esta ruta no han hecho más que empezar, y el calor también apretará cada vez más. Usted y su mujer tendrán que volverse. Lucía les acompañará.

Su mujer le agarró del brazo y le suplicó:

—Él tiene razón... por favor, vamos a volvernos. Yo tampoco puedo con este camino tan difícil.

—Está bien —cedió.

Lucía se acercó a Álvaro, que se había alejado unos pasos, y le pidió.

—¿Te importa si bebo un poco de tu botella antes de irme?

Él se descolgó la mochila de la espalda, y después de rebuscar en su interior, le ofreció la botella.

—Sé beber a chorro, no te preocupes —dijo ante la leve mueca de contrariedad

que había detectado en él.

—No me preocupo. Pero yo sí he bebido, y no lo he hecho a chorro. No sabía que iba a compartir la botella con nadie.

—No importa. Las enfermeras estamos vacunadas contra un montón de enfermedades, y tú pereces sano. La grosería no se contagia.

—Bien, bebe entonces.

Lucía dio un largo trago.

—Llévatela si quieres.

—Ni hablar. Aún te queda un largo camino y yo en cambio estaré en el centro de ocio dentro de un rato. Podré beber todo lo que quiera.

—Aun así, no has debido darle tu agua. Podía haber bebido de la botella de su mujer.

Lucía se inclinó un poco hacia su oído y le susurró.

—La de su mujer no tenía un anticoagulante disuelto.

—¿La tenías preparada?

Ella se encogió de hombros.

—Hice las prácticas de segundo en geriatría. Sé de qué pie cojean estos señores que se niegan a aceptar que envejecen.

Le devolvió la botella.

—Gracias.

—De nada. Nos vemos luego.

—De acuerdo.

Lucía y sus dos acompañantes se perdieron por el camino que acababan de recorrer y Álvaro reanudó su ruta según el plan previsto. Cuando nadie le veía no pudo evitar una ligera sonrisa ante la estrategia de la chica, y empezó a pensar que era toda una profesional.

Capítulo 10

Sonia se despertó a mediodía con un ligero dolor de cabeza. Sobre la mesa encontró una nota de Lucía y unas pastillas.

«Probablemente te levantarás muy resacosa. Tómate esto con algo de comida y te sentirás mejor». Miró el reloj; la hora de la comida había pasado ya, y el comedor estaba cerrado.

Al llegar al claro, vio la puerta de la enfermería abierta y le extrañó, porque Lucía no debía llegar hasta ya avanzada la tarde. Entró.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Tuve que volver a media mañana con el matrimonio en cuestión.

—¿Se puso malo?

—Un poco indispuerto, pero logré que se recuperara antes de que fuera serio, y Álvaro le obligó a volver. ¿Y tú, cómo te sientes?

—Me duele un poco la cabeza, pero he estado peor otras veces.

—Tómate las pastillas que te di. El comedor está cerrado, pero Rosa dijo que vayas a la cocina y te preparará algo. Y Sergio ha venido preguntando por ti. Dice que te espera en la tirolina.

—¡Mierda! Habíamos quedado en vernos allí un poco antes de que empezara la actividad... o al menos eso creo.

—¿No te acuerdas?

—Sí... bueno, no estoy segura del todo. A lo mejor solo era algo que yo deseaba. De todas formas tenía que trabajar con él en la tirolina esta tarde.

—Pues come algo y vete hacia allá. Si te das prisa, no llegarás con demasiado retraso.

Después de comer y de tomar la medicina se sintió mejor. La mejoría fue rápida. Se miró al espejo tratando de ver si su aspecto era muy desastroso porque normalmente la bebida le pasaba factura y dejaba su cara hecha un desastre. Pero reconoció que no estaba demasiado mal.

Se dirigió deprisa hasta la parte trasera del centro de ocio, donde estaba instalada

la tirolina. Se sentía ligeramente inquieta porque no estaba muy segura de lo que había pasado la noche anterior. Intuía que la realidad y lo que ella deseaba se mezclaban en su cabeza sin dejar muy claro la línea que dividía ambas cosas.

Recordaba que se habían besado y que ella le había insinuado a Sergio que se fueran a la cama, pero él no había querido. Si pudiera recordar con claridad, sabría cómo actuar ahora cuando le viera.

Antes de llegar escuchó risas y vio a Sergio rodeado de varias chicas jóvenes dando las instrucciones de seguridad para utilizar el correa.

—Hola —saludó al acercarse. Él levantó la cabeza sonriente.

—Hola, Sonia.

—Perdona el retraso... no he debido escuchar el despertador.

—No te preocupes. Yo le dije a Lucía que lo apagase y te dejara dormir. ¿Estás en forma y dispuesta para el ejercicio?

—Sí.

—Pues entonces ven. Vamos a hacer una demostración práctica para que estas chicas vean cómo se hace.

Sonia subió la empinada cuesta y se colocó el arnés. Ya se había tirado otras veces y sabía cómo colocarlo, pero aun así le preguntó a Sergio:

—¿Está bien apretado?

Él comprobó el cinturón y los nudos que lo sujetaban al cable.

—Sí, perfectamente. Adelante, lánzate.

Sonia cogió impulso y se arrojó al vacío. Sintió la ligera presión del cinturón al descargar su peso sobre él, pero la sensación de ir volando y descendiendo al mismo tiempo le proporcionó un subidón de adrenalina. En pocos segundos llegó al otro extremo y se apoyó con los pies firmemente sobre el suelo.

—¡Estupendo, Sonia! Buen lanzamiento.

Se quitó el arnés y lo envió de vuelta hacia donde estaba Sergio.

—¿Quién se va a tirar ahora? —preguntó este dirigiéndose al grupo de chicas que se agolpaban a su alrededor.

—Yo... —dijeron varias.

—A mí me da un poco de cosa... —dijo una de ellas—. ¿No puedes tirarte tú conmigo?

—La cuerda no nos aguantaría a los dos —dijo él.

Sonia sonrió recordando cómo la primera vez que ella se tiró, él la había acompañado, simplemente agarrado a las cuerdas y sin arnés. Pero se sintió complacida de que él no quisiera tirarse con aquella niña tan tonta.

—No te preocupes —las animó—. Esto es muy seguro, y Sonia te agarrará al llegar al otro lado.

Durante un par de horas trabajaron en equipo, cada uno a un extremo de la cuerda, lanzando y recogiendo gente, chicas jóvenes casi todas, que evidentemente buscaban algo más que la sensación de lanzarse al vacío. Después de un par de horas Sergio dio por finalizada la actividad.

Apenas habían podido intercambiar un par de palabras en toda la tarde, y aunque Sonia esperaba poder charlar un poco con él, al terminar, Sergio se despidió de ella con un simple:

—Hasta luego, Sonia. Buen trabajo.

Y se marchó rodeado por las chicas. Ella se quedó un poco parada, sin saber muy bien cómo tomar su actitud. Quizás estaba tratando de decirle de forma sutil que la camaradería de la noche anterior no se iba a volver a repetir.

Fue hasta su cabaña, se duchó y allí esperó a Lucía, y juntas se dirigieron al comedor.

Este estaba bastante lleno; miraron a su alrededor y descubrieron una mesa pequeña y se dirigieron hacia ella.

La familia comía toda junta en una mesa apartada, y antes de que ellas terminasen su cena, se marcharon.

—¿Cómo ha ido esa tirolina? —le preguntó Lucía.

—Bien.

—Ese bien ha sonado un poco escueto, para lo parlanchina que eres.

—En absoluto. ¿Qué quieres que te cuente de una tarde lanzando gente en tirolina?

—¿Y Sergio?

—Bien también. Bueno, un poco frío diría yo. Estaba muy ocupado con una corte de admiradoras.

—Comprendo.

Sonia no contestó, y Lucía abandonó el tema. Y también el comedor, una vez que habían finalizado su cena. Ambas enfilaron el sendero que llevaba hasta su cabaña, y

cuando se disponían a abrir la puerta, Sergio les salió al encuentro.

—Sonia...

Esta pegó un respingo.

—Me has asustado; no te esperaba.

—Perdona, no he querido sobresaltarte. Te estaba esperando. ¿Quieres dar una vuelta? Hace una noche estupenda.

—¿Una vuelta? —preguntó asombrada. Estaba convencida de que Sergio no iba a reanudar su familiaridad.

—Sí, por aquí, por los alrededores. No muy lejos. Pero si no te apetece...

—Claro que sí —reaccionó rápida—. Vamos.

Él se volvió a Lucía.

—Ven tú también si quieres.

Aunque esta hubiera tenido ganas de ir, la mirada asesina que Sonia le dirigió la hubiera hecho desistir.

—No, gracias Sergio, estoy cansada. Me apetece acostarme y leer un rato. Además, quisiera aprovechar para escribirle a mi novio sin que esté Sonia delante. Siempre intenta decirme lo que le tengo que contar a Roberto.

—¡Eso no es verdad!

—¡Vaya si lo es! Anda, daos un buen paseo mientras yo escribo en la intimidad.

Entró en la cabaña y Sonia se emparejó con Sergio en dirección a la tirolina y el puente tibetano.

—¿No creerás lo que ha dicho, verdad? Yo no le dicto las cartas.

—No sé, no me parece Lucía una persona mentirosa.

—¿Piensas que la mentirosa soy yo?

—No, tampoco. Pero quizás no te des cuenta de que te metes en una relación de otros.

—Bueno, quizás sí trato de aconsejarla a veces. Pero es que Lucía es un poco parada a la hora de enrollarse con su novio.

—¿Y tú no?

—Para empezar, yo no tengo novio ni pienso tenerlo en mucho tiempo. Antes de comprometerme con alguien quiero vivir y probar muchas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó él divertido.

—Todo tipo de cosas.

—¿Te refieres al terreno sexual?

—También a él, pero no solo. Por ejemplo el haber podido elegir este trabajo. Si tuviera novio probablemente no le hubiera gustado que me metiera aquí todo el verano y me hubiera pedido que escogiera otra forma de hacer las prácticas. Quiero tomar mis propias decisiones y también, por supuesto, si veo a un tío que me gusta poder acostarme con él sin traicionar a nadie.

—Comprendo. Me alegra saber que tienes una forma de pensar muy parecida a la mía. Yo tampoco tengo novia porque me gustan mucho las mujeres, en general. Por aquí pasan cada verano cantidad de chicas guapísimas y sería una lástima estar atado a una sola.

Sonia se echó a reír.

—Las mujeres te acosan, ¿verdad?

—Yo no diría tanto; o al menos yo no me siento acosado. Me encanta que lo hagan, que me lo pongan fácil. Así siempre voy sobre seguro, sin miedo a meter la pata. Y eso es una ventaja.

—¿Nunca te han dicho que no?

—Nunca. Quizás también se deba a que nunca lo he intentado con quien no me da pie. Como puedes ver, hago trampas.

—¿Y si una te gusta aunque no te dé pie?

—Nunca me ha gustado una sola, siempre suele haber varias.

—¿Y cómo haces cuando hay más de una?

—Elijo la que más me gusta.

—¿Y hay varias ahora?

—Sí, en efecto.

—¿De las de la tirolina de esta tarde?

—Alguna.

—¿Y cómo es que no estás con ella? Porque todas te estaban dando pie, mano, y hasta brazos si me apuras...

—He elegido la que más me gusta. Estoy con ella.

—¡Vaya! —dijo ligeramente sorprendida—. ¿Te refieres a mí?

—Por supuesto.

—¿Y piensas que vas sobre seguro conmigo?

—Anoche me pediste que te llevara a mi habitación, ¿no? No estabas tan borracha como para no acordarte.

—Claro que me acuerdo, y también de que tú no quisiste —dijo un poco molesta.

Sergio se detuvo y se volvió a mirarla.

—He tenido más de una mala experiencia con chicas que se han tomado unas copas. A menudo la noche acaba en vomitona o llorona, o incluso en arrepentimiento. Prefiero esperar, sobre todo si la chica me gusta mucho. Por eso te he invitado a dar una vuelta. Para hablar contigo y decirte que si sigues interesada en conocer mi habitación esta noche, yo estaré encantado de enseñártela.

Sonia sonrió y le miró a los ojos azules y traviosos que le sonreían también.

—Sergio... estamos hablando de un simple rollo, quizás de solo una noche, ¿verdad?

—Por supuesto.

—En ese caso, acepto encantada. Y he comido con agua, hoy no tendrás sorpresas.

—Lo he visto. No te he quitado los ojos de encima en toda la noche, ni tampoco en toda la tarde.

—¿En serio? Yo creía que esta tarde estabas muy ocupado con tus amiguitas.

—No son mis amiguitas. Es mi trabajo ser amable con los clientes. Pero estaba deseando que llegara este momento —dijo agarrándole la cara entre las manos y besándola. Cuando se separaron, le preguntó:

—¿Quieres que nos vayamos ya a la habitación, o prefieres seguir paseando un poco más?

—Vamos a la habitación. La de los paseos románticos es Lucía; yo prefiero ir directamente al grano y no perder el tiempo. Mañana sí tengo que madrugar, me toca excursión en bici con tu hermano. ¡Y cualquiera llega tarde con él!

Sergio, riendo, la agarró por la cintura y tiró por el camino que conducía directamente al albergue pasando por la piscina, y en pocos minutos estuvieron en el mismo. Subieron las escaleras sin cruzar ni por recepción ni por el salón común, dirigiéndose directamente a la habitación de él.

Sonia nunca había estado en las habitaciones del albergue y le sorprendió ver lo pequeña y espartana que era. El único lujo o concesión que tenía era una cama de matrimonio que se comía la mayor parte de la estancia. Disponía además de un

pequeño armario y una estantería colgada en la pared con discos y algunos libros sobre escalada. La pared estaba cubierta de posters con fotos de montaña.

—Te gusta la montaña, ¿eh?

—Me encanta. Mi principal afición es la escalada, pero no aquí en el rocódromo, sino de verdad. Aunque en ese terreno, solo soy un principiante y no he participado en ninguna expedición importante. Pero cuando cerramos el centro de ocio en octubre y antes de que empiece el mal tiempo siempre hago alguna excursión por las montañas de los alrededores.

—¿Solo?

—No, con otros dos amigos.

—¿Crees que si me preparo un poco físicamente podría acompañaros alguna vez? Eso es algo que me encantaría probar.

—Si quieres en los ratos que tengamos libres puedo prepararte un poco en el rocódromo, aunque desde luego la montaña es muy diferente.

—Me encantaría.

Sonia dejó de contemplar la pared y se volvió hacia Sergio que estaba empezando a quitarse la camiseta. Se acercó hasta él y le ayudó con los pantalones sorprendiéndose una vez más de lo bueno que estaba. Se desprendió también de su pantalón pirata y su camiseta de tirantas y lamentó no haber escogido mejor la ropa interior, unas bragas de algodón azules y un sujetador camiseta blanco.

—Lamento no llevar una ropa interior sexy... pero no esperaba esto hoy. Si hubiera sido así, habría sido diferente.

Él se echó a reír.

—¿Ayer ibas preparada?

—Más o menos.

—Bueno, de todas formas no te iba a durar mucho. La ropa interior que más me gusta es la que está sobre la mesilla de noche —dijo metiendo la mano por debajo del sujetador y sacándoselo por encima de la cabeza. Terminaron de desnudarse y se echaron en la cama.

—¿Hay algo que te guste especialmente? —preguntó él abrazándola.

—Me gusta todo... sorpréndeme.

—Estupendo.

A las siete de la mañana Lucía escuchó golpear repetidamente la puerta de la cabaña. Se sacudió el sueño y miró la cama de Sonia vacía aún. Se levantó y abrió. Las primeras luces del alba empezaban a despuntar. Sonia, con cara de sueño y despeinada entró como una exhalación.

—¡Chica, qué buena vuelta! Debisteis llegar a Rusia, por lo menos.

—No hemos estado de paseo precisamente.

—Ya lo supongo. Bueno, ¿y qué tal? ¿Ha valido la pena?

—¡No te lo puedes imaginar! Además de lo bueno que está, y lo simpático y lo guapo... es una fiera en la cama.

—¡Vaya, es un chico diez!

—¡Es un quince por lo menos!

—¡Uf! Eso es difícil de superar... ¡Un quince!

—Sí que lo es; y te lo digo yo, que he probado a unos cuantos.

—Tendré que hacerte caso y probarlo yo también.

—¿Qué? Ni hablar.

—Recuerda que te ofreciste a compartirlo conmigo.

—Sí, pero antes; no después. Tu oportunidad pasó. Además, ¿tú no estabas reservándote para Roberto?

—Pero es que un chico quince... —bromeó.

—Ya discutiremos eso más despacio, ahora no puedo entretenerme. Debería haber venido hace un rato, todavía tengo que ducharme y desayunar porque salgo con Álvaro a las ocho. Pero es que no podía despegarme.

—Caray, veo que vienes impactada.

—Si es que no te lo puedes imaginar...

—Ya... bueno, pues más vale que te des prisa y espero que no estés demasiado hecha polvo porque las rutas de Álvaro son duras y él no admite que no des el cien por cien.

—No te preocupes, ahora mismo subiría la cuesta más empinada en cuestión de segundos.

Entró en el cuarto de baño y Lucía se la quedó mirando divertida. Nunca había visto a su amiga tan impactada con un chico. Esperaba que no se diera un batacazo.

Capítulo 11

Lucía había puesto el reloj temprano pero a pesar de todo estaba despierta cuando sonó. Parecía como si su mente hubiera calculado el tiempo y la hora y llevaba unos minutos dando vueltas en la cama.

Esperaba que la excursión fuese bien, que nadie se lastimara y sobre todo no tener que estar en competición con Álvaro todo el rato. Intuía que no le agradaba su presencia en las excursiones y que a pesar de que el sentido común aconsejaba su participación debido al alto riesgo de accidentes, a él no le agradaba su presencia.

En esta ocasión, el grupo de excursionistas estaba formado por gente inexperta y con poca forma física, y tanto Álvaro como Antonio habían propuesto cambiar la ruta por otra más fácil y cómoda, pero el grupo estaba empeñado en llevarla a cabo acogiéndose al folleto de propaganda.

Habían tenido que ceder, pero Álvaro había puesto como condición una serie de normas muy estrictas como no beber alcohol y pasar la noche a medio camino para no tener que regresar de noche porque sabía que no podrían realizar el trayecto completo en el tiempo habitual con gente tan poco preparada físicamente. Y también a regañadientes había aceptado la decisión de Antonio de que ella les acompañase. Lucía tenía la impresión de que a pesar de su buen trabajo en la última excursión, cuando logró evitar que un cliente sufriera un problema cardíaco, Álvaro pensaba que en esta solo sería un estorbo más.

Se levantó dispuesta a demostrarle que no era así, que sabía montar en bicicleta y que aunque no poseyera el nivel físico del propio Álvaro, sí estaba preparada para una jornada dura y sobre todo, era capaz de cuidar de sí misma.

Cuando entró en el comedor, ya había varias mesas ocupadas por los excursionistas a pesar de ser muy temprano, e incluso Álvaro estaba sentado en su rincón habitual, pero ni remotamente se le ocurrió la idea de sentarse con él. Con una vez ya había tenido suficiente.

Se dirigió con su bandeja al otro extremo del salón y se sentó allí, dándole la espalda. Sabía que él la había seguido con la vista durante todo el tiempo que estuvo preparando la bandeja, había notado su mirada clavada en ella, pero la había ignorado. Y se dispuso a alimentarse bien para tener energías suficientes con que

acometer la dura jornada que tenía por delante.

Pocos minutos después, levantó la vista al ver como unos cuantos sobres de azúcar caían en el centro de la mesa. Álvaro, parado a su lado, acababa de arrojarlos.

—Endulza bastante el café; los músculos necesitan azúcar para trabajar.

Lucía levantó la vista bastante irritada, pero su voz sonó suave y calmada cuando contestó:

—Soy una profesional. No pensarías que iba a olvidar algo tan básico como eso...

—Por si acaso... —dijo él y salió del comedor.

Lucía se lo quedó mirando y suspiró.

—Oye, ¿qué te he hecho? ¿Por qué eres tan borde conmigo?

Terminó de desayunar y salió. Él estaba preparando las bicicletas y Lucía, decidida a no dejarse impresionar por su actitud se acercó a él y le mostró el botiquín de primeros auxilios que había preparado.

—Mira, esto es lo que he metido en el botiquín, ¿crees que se me olvida algo?

—Tú eres la profesional. ¿Por qué me preguntas?

—Porque tú eres el que está a cargo de todo esto y sabes mejor que yo el tipo de lesiones que se pueden producir.

—La última vez lo tenías todo controlado.

—La última vez sabía a qué me enfrentaba. Pero bueno, si no quieres echarle un vistazo, luego no protestes si no está todo perfecto.

Sin contestar, Álvaro miró en contenido del maletín que Lucía había abierto delante de él y dijo:

—Creo que no falta nada de lo que recuerde. Incluso veo algunas cosas más de las que yo habría incluido. Empiezo a pensar que sí eres una profesional —dijo seco, y Lucía tuvo la impresión de que le molestaba tener que admitirlo.

—Bien, es un alivio comprobar que cuento con tu aprobación.

—Lo que no cuenta con mi aprobación es la ropa que llevas. Pasarás mucho calor durante el día.

Lucía sonrió y bajándose la cremallera del pantalón ancho de loneta que llevaba lo bajó ante la mirada asombrada de Álvaro dejando ver que debajo llevaba unos cortos y cómodos y también se levantó la camiseta de manga corta mostrando un top de tirantes.

—Bien, me callo. Veo que sí lo tienes todo controlado.

Lucía sonrió, adivinando que eso era lo más parecido a un cumplido que escucharía de sus labios.

El grupo de excursionistas se reunió a su alrededor y en poco tiempo estuvieron listos para salir. Álvaro se colocó en cabeza, seguido de Lucía y había escogido a dos chicos que ya tenían alguna experiencia para que cerrasen la marcha de la larga fila de bicicletas.

El camino, tal como Lucía había previsto, era bastante duro, pero su guía iba despacio y haciendo frecuentes paradas para descansar y sobre todo para beber. Álvaro había obligado a todo el mundo a ponerse gorras protectoras contra el ardiente sol y Lucía insistió en que además se echasen crema solar con un factor de protección alto.

A mediodía se detuvieron a comer el contenido de las bolsas que Rosa les había preparado y tras descansar media hora, reanudaron la marcha. Solo llevaban unos kilómetros recorridos cuando se encontraron ante una empinada cuesta, y Lucía observó que empezaba a costarle seguir la marcha y la distancia que la separaba de Álvaro se hacía cada vez mayor.

Se esforzó en seguir pedaleando a todo ritmo porque antes se moriría que admitir que no podía continuar. Pero miró hacia atrás y vio que la fila se había interrumpido a sus espaldas.

—Álvaro... —llamó.

Él se detuvo.

—La gente no viene.

Dio la vuelta.

—Si ya lo sabía, que no podrían con esto. Espera aquí.

—No, vuelvo contigo. Tal vez alguien me necesite.

—Si bajas tendrás que volver a subir la cuesta, y es una pendiente del diez por ciento.

—¡Qué se le va a hacer! —dijo resignada y sin ninguna gana de volver a pedalear el difícil trecho.

Como la pendiente era muy pronunciada, bajaron de las bicicletas y descendieron con cuidado. Se encontraron con que el grupo apenas había empezado a subir.

Un chico rubio y de músculos hinchados, se dirigió a ellos.

—Esto no se puede subir, tío —dijo mirando a Álvaro desafiante.

Lucía notó la rabia crecer dentro de su compañero, y le agarró del brazo para calmarle.

—Claro que se puede subir —dijo este con voz fría—, pero hay que estar preparado.

—Yo estoy preparado, voy al gimnasio a diario.

—Una cosa son los músculos y otra la resistencia. Además, no lo decía por ti, el grupo está formado por más personas, y la mayoría no está preparada para esta excursión; ya os lo advertimos. Podemos hacer dos cosas; subir a pie y tirando de las bicicletas, o dar la vuelta, que creo que sería lo más razonable.

—Ni hablar. Seguiremos —dijo el chico decidido.

Álvaro miró a su alrededor.

—¿Todos pensáis igual? Haremos lo que diga la mayoría.

—Sí.

—De acuerdo. Bajad de las bicicletas y seguidme. Trataré de encontrar los puntos de subida más fáciles. Si alguien se asfixia, que lo diga y nos detendremos.

Tardaron más de una hora en subir la cuesta. Una mujer se cayó de rodillas haciéndose una raspadura en la piel que Lucía curó sobre la marcha y otros dos hombres sufrieron nauseas a causa de una hiperventilación. Pero al fin llegaron arriba y volvieron a subir en las bicicletas, aunque con los músculos de las piernas muy cargados. La propia Lucía sentía que sus extremidades inferiores no le respondían como al principio de la mañana. Álvaro, sin embargo, tenía que hacer esfuerzos para mantenerse al ritmo del grupo.

Avanzaron poco el resto de la tarde, y cuando casi a las ocho llegaron a un claro cerca de un río, Álvaro se acercó a ella.

—Voy a dar la excursión por terminada. Ni remotamente vamos a llegar al punto previsto para acampar, pero aquí estaremos bien. Nadie sabe que la ruta no termina en este sitio. Y más adelante hay un sitio muy estrecho y en alto y no me atrevo a que lo pasemos medio a oscuras y con la gente tan cansada.

—Sí, creo que haces bien. La mayoría lo agradecerá.

—Espero que «míster musculitos» no me toque demasiado las narices.

—No le echas cuenta.

El grupo aceptó de buen grado el descanso. Álvaro, con la ayuda de dos miembros del grupo montó varias tiendas y volvieron a comer la cena fría que tenían en las

mochilas. El chaval rubio que se había enfrentado a Álvaro al principio de la cuesta se acercó a Lucía con una botella de Coca-Cola en la mano.

—¿Un refresco?

—Gracias, pero acabo de tomar uno.

—Seguro que este te gusta más.

Lucía cogió la botella y el fuerte olor a *whisky* la echó hacia atrás.

—¿Qué le has echado? ¿No sabes que el alcohol está prohibido en esta excursión?

—Vamos, es solo un poco de *whisky*... Y ahora no tenemos que subir a la bici. —

Hizo un gesto señalando a Álvaro—. Don perfecto no tiene por qué enterarse.

—No, yo no quiero. No bebo.

—Por un sorbo no te va a pasar nada. Y si es por escrúpulos, yo aún no he bebido.

—No es por escrúpulos, es que no bebo.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Ni un sorbo?

—Ni uno.

—Oye, ¿no te chivarás?

—No tengo por qué, siempre y cuando te comportes.

—Yo no soy ningún borracho ni un tío que monte bullas. Solo me gusta tomar una copa antes de acostarme, sobre todo después de un día duro. Porque ha sido un día duro.

Lucía sonrió.

—Al menos para mí, sí.

—Y para mí también... y para todos. Y seguro que para el hombre de hierro aunque nos mire a todos por encima del hombro porque no estemos a su altura. Seguro que cuando nos acostemos se va detrás de esos árboles a masajearse los músculos doloridos y se hincha de azúcar para las agujetas.

Lucía miró a Álvaro, sentado junto al fuego, solo y sin entablar conversación con nadie.

—No lo creo. Álvaro no finge estar fuerte, es que lo está. En realidad está muy acostumbrado, hace esto todas las semanas.

—¿Y tú?

—No, yo es la primera vez. He entrado a trabajar aquí hace poco.

—¿Cómo te llamas?

—Lucía.

—Yo Pedro.

Permanecieron charlando durante un rato, pero la velada no se prolongó mucho tiempo porque todos estaban cansados y Álvaro había amenazado con levantarles muy temprano para regresar antes de que el calor se les echara encima animándoles con las actividades que se celebrarían en el centro de ocio por la tarde. Esta se presentaba tranquila y Lucía contaba con disponer de unas horas para ella, para leer tranquilamente en la enfermería y quizás charlar un poco con Berta. Le encantaba la compañía de la chiquilla, porque aunque no quisiera reconocerlo, echaba de menos a sus niños.

Se retiraron a las tiendas. Álvaro dijo que prefería dormir fuera, al aire libre, pero los demás se repartieron bajo las lonas.

A Lucía le tocó compartir la suya con una chica, y ambas se metieron en los sacos y sin apenas intercambiar palabra se echaron a dormir. Poco después sintió cómo su compañera de tienda se levantaba respondiendo a un ligero siseo que se produjo a la entrada y se marchó. Sonrió. Ya había observado que ella y uno de los chicos que habían ayudado a Álvaro a montar las tiendas mostraban uno hacia el otro una actitud más que amistosa. Se dispuso a dormir de nuevo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando la escucho regresar. Pero su duermevela se quebró de pronto al sentir una mano helada pasarse por su pecho, y mientras luchaba por despertarse y situar el momento y el lugar, una boca se posó sobre la suya besándola con avidez. Y entonces supo que no se trataba de su pesadilla, sino que estaba ocurriendo en la realidad... otra vez.

Se debatió para rechazar al agresor, pero sus brazos tropezaron con las paredes del saco de dormir, abierto solo un poco para permitir la entrada de una mano a quien quiera que estuviera sobándola. Aterrada, se dijo que ahora no era una niña, que sabía defenderse y que podía hacerlo, y mordió los labios que la besaban. La otra figura se separó de ella.

—¡Chist...! Soy yo, Pedro.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, no es difícil de imaginar...

Respiró hondo pensando que dominaba la situación.

—Vete. Yo no te he invitado a venir.

—Vamos, nena... no te hagas la estrecha ahora. Llevas todo el día lanzándome señales.

—¿Yo? Tú estás loco. Lárgate y déjame. Si piensas que de alguna forma te he dado pie para venir, solo ha sido un error por tu parte.

Él se echó sobre ella y Lucía empezó a comprender que no iba a convencerlo con palabras, y menos cuando le escuchó decir:

—Eres de las que les gusta hacerse de rogar, ¿eh? Estupendo.

Lucía le empujó.

—¡He dicho que no!

—Ya lo he oído, pero tus ojos dicen que sí.

—¡Pedro, vete! Te lo estoy diciendo en serio.

—Vamos, nena, entre tú y yo hay química.

Intentó besarla de nuevo, y bajando un poco más la cremallera del saco de dormir, intentó meter de nuevo la mano bajo su ropa. Lucía aprovechó para tratar de levantarse, pero él la empujó contra el suelo, y metió con brusquedad la mano bajo su camiseta. Esta se desgarró con un ruido sordo y una mano repulsiva se cerró sobre su pecho desnudo. Comprendiendo que no iba a conseguir librarse de él, y presa del pánico, intentó gritar pidiendo auxilio, pero no consiguió articular ningún sonido porque Pedro volvía a besarla con ferocidad, mordiéndola esta vez a ella, para que no pudiera intentar la misma treta de unos minutos antes. El sabor de la sangre en sus labios coincidió con la mano repugnante bajando por su vientre. Y de pronto sintió que el cuerpo de Pedro se separaba del suyo como impulsado por una fuerza bestial, y la voz de Álvaro sonó fría y colérica cuando habló.

—¿No te explicaron de pequeño lo que significa la palabra «no»?

Había cogido a Pedro por el cuello de la camiseta y lo había arrojado contra el suelo como si fuera un muñeco.

—¡Eh, tío, no te metas! Esto es entre la chica y yo.

—Eso sería si ella quisiera, pero no quiere.

—Claro que quiere, solo estamos jugando a hacerse de rogar.

Álvaro miró a Lucía temiendo haberse equivocado, pero la cara de ella, cubierta de lágrimas y sangre alrededor de la boca, y su cuerpo tembloroso, le dijeron que no.

—¡Lárgate de aquí si no quieres que te machaque!

—Inténtalo y seré yo quien te machaque a ti. Voy al gimnasio...

Álvaro le interrumpió.

—Sí, ya sé, todos los días. Ya ves, yo no voy nunca, pero he estado en la cárcel por agresión, así que creo que eso iguala nuestras posibilidades, ¿no te parece?

Pedro le lanzó un puñetazo que Álvaro detuvo sin dificultad, agarrándole el brazo con un rápido movimiento.

—No puedes golpearme, soy un cliente y tú un monitor.

Álvaro levantó la rodilla y le golpeó la entrepierna con fuerza. Pedro se dobló de dolor.

—Dejé amigos en la cárcel a los que me gustaría ver de nuevo. Pero tú me harás compañía por intento de violación, y te aseguro que los violadores no están muy bien vistos allí dentro. Les dan de su propia medicina. Y ahora lárgate antes de que me cabree en serio.

Pedro se levantó y miró a Lucía.

—Volveremos a vernos, cariño.

Álvaro le agarró por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—Si vuelves a acercarte a menos de dos metros de ella, no llegarás vivo al centro de ocio. Sé cómo hacer que tú solito te despeñes por uno de esos barrancos del camino delante de un montón de testigos, y sería un accidente. Ahora, largo.

Pedro se marchó por fin y Álvaro se acercó a Lucía, que trataba de cubrirse el pecho desnudo con las manos. Se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí... solo me ha besado y manoseado un poco. Estoy bien. Solo un poco asustada.

—Tienes sangre en la boca.

—Me ha mordido el labio... no es nada.

Álvaro sacó un paquete de pañuelos de papel del bolsillo y le tendió uno. Lucía se limpió el labio, que inmediatamente dejó de sangrar.

—No te preocupes, no volverá a molestarte. Y si lo hace le machacaré. Será mejor que duerma aquí esta noche, no me fío de él. Voy a salir por mi saco.

Lucía se lo quedó mirando, asombrada ante su amabilidad y el tono suave y cálido de su voz. Él interpretó su mirada de forma equívoca.

—Puedes estar tranquila; estás segura conmigo. No vas a salir de Herodes para caer en Pilatos.

—Lo sé.

Álvaro salió y regresó pocos minutos después, echando el saco de dormir junto al de Lucía.

Ella continuaba con los brazos cruzados sobre el pecho, sentada e inmóvil.

—¿No tienes otra camiseta?

—No, llevaba puestas las dos y las ha roto.

Él se quitó la suya y se la tendió.

—Está limpia, acabo de ponérmela después de darme un baño en el río.

—¿Y tú?

—No la necesito para dormir. Mañana volveré a ponerme la de hoy. Está un poco sudada, pero no importa.

—Gracias.

—No las merece. No voy a dejarte ir con los pechos al aire... eso solo provocaría más problemas.

—¡Oye...! ¿No pensarás que yo... que lo he animado?

—Por supuesto que no. Pero le he visto rondarte toda la noche. Y ha bebido.

—¿Cómo lo sabes? La botella era de Coca-Cola.

—He pasado cerca de él mientras la tenía destapada. Yo también bebí mucho durante un tiempo y el olor lo llevo metido en la nariz. Soy capaz de detectarlo a distancia.

—Comprendo. Pero cuando antes te di las gracias no lo hice solo por la camiseta, sino por librarme de él.

—Tampoco por eso tienes que darlas. Nunca he podido soportar a alguien que intente imponer su voluntad a nadie, y menos sexualmente. Y ahora, descansa. Mañana nos espera también un día duro.

Álvaro le dio la espalda y Lucía permaneció allí, incapaz de relajarse y conciliar el sueño. Las imágenes de lo ocurrido poco antes volvían a su cabeza una y otra vez, y lo que era peor, trajeron el recuerdo de otras mucho más terribles vividas en el

pasado. La antigua pesadilla volvió a apoderarse de ella y lloró en el silencio de la noche tratando de ahogar los ruidos para no despertar a Álvaro. Pero él se giró hacia ella y su voz sonó diferente en la oscuridad.

—Cálmate, Lucía... no llores más. Te aseguro que no volverá; que tendría que pasar por encima de mi cadáver para tocarte.

Ella se sorprendió diciendo:

—No lloro por eso... ahora no. Esto no ha sido para tanto. Es que... ya estuve a punto de ser violada una vez, hace mucho tiempo. Y esto me lo ha recordado... Entonces las cosas llegaron más lejos y yo era mucho más joven. Nunca he podido olvidarlo.

—¿Te violaron? —preguntó él con voz tierna y cariñosa, un matiz que ella nunca hubiera esperado oír en su voz.

—No hasta el final..., intervino alguien justo en el momento en que empezaba a penetrarme.

—¡Dios!

Los sollozos de Lucía se hicieron más fuertes y Álvaro abrió el saco de dormir y se acercó a ella acariciándole el pelo y la cara.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa.

—Quizás de esto sí. Yo le vi entrar en tu tienda hace rato, pero pensé que tal vez tú querías enrollarte con él.

—Ya te dije que no he venido aquí a enrollarme con nadie, que tengo novio.

Él hizo un gesto extraño con la cara.

—El hecho de que tengas novio no quiere decir que le seas fiel.

—Yo, sí. Y jamás me acostaría con alguien a quien acabo de conocer.

Álvaro se sentó a su lado y le cogió la mano.

—¿Quieres hablar de ello? De lo que ocurrió hace tiempo, quiero decir.

Ella negó con la cabeza.

—Quizás si lo comentas con alguien te ayude a superarlo. Y te aseguro que yo nunca se lo diré a nadie. No soy muy hablador.

—No quiero hablar de ello, sino olvidarlo. Volver a esconderlo donde estaba, en el último rincón de mi memoria.

—Deberías acudir a un psicólogo. A veces funciona. Berta va a una psicóloga que le está ayudando mucho.

—¿Y tú? ¿Vas tú? —se permitió preguntar animada por la inusitada familiaridad que Álvaro demostraba aquella noche. Él se puso serio.

—Yo no lo necesito.

—Yo tampoco.

—Bien, entonces será mejor que nos echemos a dormir. Veo que estás más calmada.

—Sí. Gracias otra vez.

—De nada, Lucía. Buenas noches.

Álvaro se acostó de nuevo de espaldas a ella, pero esta vez no se metió en el saco de dormir, sino que se echó en el suelo sobre el mismo. Lucía miró su espalda fuerte y desnuda y el pequeño tatuaje de su brazo izquierdo, y se preguntó si el Álvaro que había entrevisto aquella noche era el auténtico. Algo en su fuero interno le decía que sí, aunque dudaba que él volviera a dejarlo asomar. Permaneció despierta mucho rato, sin poder apartar la vista de aquel hombre cuya personalidad le resultaba tan complicada, llena de luces y sombras, y supo que su hostilidad se debía a que era muy desgraciado.

Cuando se despertó por la mañana, él ya no estaba en la tienda. Escuchó voces fuera y salió del saco de dormir para unirse a los excursionistas. El labio le tiraba y lo notaba un poco hinchado, pero agradeció haber salido de aquella aventura solo con eso.

Álvaro estaba repartiendo café que había preparado en un pequeño fuego. Se acercó hasta él.

—Buenos días —saludó.

Él levantó la cabeza.

—Buenos días. ¿Café? —preguntó seco, y Lucía supo que el Álvaro de la noche anterior se había esfumado con la oscuridad.

—Sí, gracias.

Cogió el vaso de plástico que le tendía y bebió sintiendo que el líquido la reconfortaba. Miró a su alrededor buscando a Pedro y lo encontró charlando con una chica del grupo. Ni siquiera parpadeó cuando sus miradas se encontraron y comprendió que probablemente él ni recordaba lo ocurrido. Se relajó. No le apetecía

tener que pasar rehuyéndole los tres días que le faltaban para que el grupo de excursionistas se marchase.

Sin muchas ganas de charlar se apartó un poco del nutrido y alegre grupo que desayunaba y se sentó a tomarse el café sin atreverse a acercarse a Álvaro, que también estaba un poco apartado. Pero una vez hubo terminado de beber comprendió que debía volver a darle las gracias por su ayuda, aunque su cara le dijera que podía no ser bien recibida. Se levantó y se acercó dispuesta solo a darle las gracias y marcharse. Él hizo como que no la veía acercarse, pero Lucía no se detuvo por ello. Se paró a su lado, y en un tono bajo que solo él podía oír, le dijo:

—Perdona que interrumpa tu momento de tranquilidad, pero quiero darte otra vez las gracias por ayudarme anoche.

—No tienes por qué hacerlo, no te hice ningún favor especial. Estoy al mando de esta excursión, mi obligación es intervenir cuando hay problemas. Y eso fue lo que hice.

Lucía trató de mirarle a los ojos, que él desvió, mientras fruncía los labios en su mueca habitual.

—Aun así yo te estoy profundamente agradecida, aunque solo cumplieras con tu obligación.

—Bien, acepto tu agradecimiento.

Ella iba a volverse para marcharse, pero se detuvo.

—Hay otra cosa... ya sé que no es necesario que te lo pida, pero... te agradecería que no le hablastes a nadie de lo que te conté anoche. Nunca se lo he dicho a nadie, ni siquiera a Sonia.

—Cuenta con ello. A cambio, yo también quiero pedirte algo.

—¿Qué? Haré lo que sea.

—Solo olvida que anoche traté de ser amable contigo.

Lucía frunció el ceño, perpleja.

—¿Quieres que olvide que fuiste amable?

—Eso es.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te formes una opinión errónea de mí.

—Ya tengo formada una opinión de ti y...

—No me la digas, no me interesa.

Lucía contuvo las ganas de abofetearle, recordando que de no haber sido por él las cosas se le hubieran puesto muy feas la noche anterior. Y su expresión se dulcificó cuando le preguntó:

—¿Por qué te empeñas en parecer un tío borde, si no lo eres?

—Te equivocas, soy un tío borde.

—De acuerdo, como quieras. Lamento profundamente haberme derrumbado anoche y haberte obligado a consolarme. Te aseguro que no volverá a repetirse, no suelo montar el número con frecuencia.

Y dándose media vuelta, se alejó sintiendo clavada en su espalda la mirada de Álvaro, y haciendo un supremo esfuerzo por no volverse a mirarle.

—¡En marcha! —le escuchó decir mientras entraba en la tienda para recoger sus cosas y averiguar si su camiseta era aprovechable, pero no lo era. Tendría que continuar con la de él hasta que llegaran al campamento.

La jornada de vuelta se realizó con tranquilidad, aunque observó con alivio que Pedro se mantenía a la mayor distancia posible tanto de Álvaro como de ella, evitando cuidadosamente cualquier enfrentamiento.

Como había previsto, la tarde fue tranquila en el centro de ocio. Las actividades programadas no eran muy intensas y poca gente se apuntó a ellas, porque la mayoría se encontraba cansada de la excursión en bici y prefirió relajarse.

Berta se reunió con ella en la enfermería, y estuvo dibujando mientras Lucía se dedicaba a leer tratando de relajarse, porque la excursión le había dejado un extraño sabor de boca y Álvaro muy desconcertada con su actitud tan cambiante. Trató de alejar todo pensamiento sobre lo ocurrido de su mente y encontró paz y tranquilidad en un libro. Cuando ya la tarde casi terminaba, la puerta de la enfermería se abrió y Sergio entró en la misma. Lucía levantó la cabeza divertida.

—Vaya... ¿Tú por aquí? ¿Qué te duele?

—Nada, estoy perfectamente.

—Entonces, ¿qué ocurre? Porque seguro que no vienes buscándome a mí.

Él sonrió divertido.

—¿Es un reproche?

—Claro que no. No vayas a empezar como tu hermano. Es solo que me extraña, tú nunca vienes por aquí.

—Quería avisar a Berta de que el abuelo la busca. Anda, cariño, está en recepción.

La niña se despidió y salió de la enfermería y Lucía se sentó en la banqueta de los pacientes.

—¿Y qué más?

Sergio se echó a reír.

—¿Qué ha pasado en la excursión?

—¿Por qué piensas que ha pasado algo?

—Pedro, un chico que iba en ella, le ha pedido a Carolina que le preparase la cuenta porque se marcha y que le descuenta los días que no va a estar aquí. Ella se ha negado porque no es norma devolver dinero si alguien se marcha voluntariamente, pero él ha amenazado con denunciar a Álvaro por agresión si no lo hacemos. Cuando le hemos preguntado a mi hermano, se ha limitado a decir que le devolvamos el dinero y que estaremos mucho mejor sin él. Dime, Lucía, ¿qué ha pasado? ¿Mi hermano ha agredido en realidad al chico? ¿Ha bebido acaso?

—¿Quién, Álvaro? No, no ha bebido, aunque sí ha agredido a Pedro. Pero en defensa propia; él le atacó primero.

—¿Por qué? ¿Álvaro se le ha puesto borde? Ya sé que no quería hacer esta excursión, que la gente no estaba preparada. ¿No habrá dicho, os lo advertí o algo peor?

—No, no ha sido por nada de eso. Fue Pedro el culpable de todo. Bebió y se metió en mi tienda queriendo enrollarse conmigo. No aceptó mi negativa y Álvaro nos escuchó discutir y forcejear e intervino. Le dijo que se fuera, pero Pedro se negó a hacerlo y se le puso chulo. Le lanzó un puñetazo que tu hermano desvió y le dio un rodillazo en los huevos. Eso fue todo.

—Bien, en ese caso, Álvaro tiene razón. Es mejor que se marche. Le devolveremos el dinero y nos libraremos de él. Solo quería estar seguro de que mi hermano no ha vuelto a meterse en problemas y sobre todo de que no ha vuelto a beber.

—Ni una gota. ¿Ha tenido problemas con el alcohol?

—Bebía bastante durante un tiempo cuando volvió de la cárcel, pero logramos convencerle de que lo dejara, de que eso no le ayudaría a recuperar la custodia de Berta.

Se levantó dispuesto a marcharse.

—Lamento todo esto.

—Tú no tienes la culpa, Lucía. Son cosas que pasan.

—Dios, si yo solo quiero estar tranquila y trabajar. ¿Por qué todos los tíos piensan que voy buscando rollo? ¿Tengo pinta de buscona, acaso?

—Claro que no. Pero eres muy guapa, eso no puedes evitarlo.

—Gracias, Sergio. Oye, y si Álvaro tiene problemas por esto, si ese tío le quiere denunciar o algo así, dile que puede contar conmigo. Yo denunciaré a Pedro por intento de violación. No quiero que encima que me defendió, tenga complicaciones.

—No lo hará, conozco a esos mierdas. Muy gallitos, pero no se arriesgarán a que nadie les pueda acusar de nada. Quédate tranquila. Y no le digas a mi hermano que he venido a preguntarte, ¿quieres? Que esta conversación quede entre nosotros.

—De acuerdo.

Sergio se marchó y Lucía sintió que le costaría trabajo olvidar todo lo ocurrido. Su cabeza no dejaba de volver una y otra vez a lo ocurrido la noche anterior, tanto a la actitud de Álvaro como a la de Pedro.

Capítulo 12

Sonia consultó el reloj. Sergio ya debía haber terminado su tarde de escalada. Hacía varios días que apenas le había visto después de la noche que pasaron juntos. Ambos habían tenido que realizar tareas por separado y ni siquiera habían coincidido en el comedor. Tampoco habían podido comentar su noche de sexo, y ella necesitaba saber si para él también había sido tan estupenda como para ella.

Esa tarde le había preguntado a Carolina por él y esta le había dicho que la escalada debía estar a punto de terminar, así que enfiló el sendero que pasaba por la piscina. El rocódromo se encontraba entre la tirolina y el puente tibetano. A medida que se acercaba vio venir en sentido contrario a algunas personas, lo que le hizo comprender que la actividad debía haber terminado ya.

Cuando llegó, lo vio con dos chicas al pie de la pared y aparentemente explicando algo referente al descenso. Las chavalas fingían mirar la pared, pero Sonia se dio cuenta de que por el rabillo del ojo le miraban a él.

Iba a darse media vuelta y esperarle en el camino cuando Sergio la vio.

—Hola, Sonia; enseguida estoy contigo. Ya he terminado.

—No hay prisa —respondió ella.

Él se volvió hacia las chicas y terminó su explicación en unos segundos.

—Y ahora, si me perdonáis, Sonia y yo tenemos que preparar algunas cosas para las actividades de mañana.

Ellas se miraron decepcionadas.

—¿Nos veremos luego en el comedor? —preguntó una.

—Quizás... estoy algo ocupado hoy.

Las chicas se marcharon y Sonia se acercó.

—Siento haberte interrumpido; yo solo quería dar un paseo hasta el rocódromo y verlo de cerca. Como me dijiste la otra noche que podrías entrenarme para hacer escalada en la montaña...

—No te preocupes, te agradezco que hayas venido. Esas dos se estaban poniendo un poquito pesadas. No sabía cómo librarme de ellas.

—Entonces me alegro. No hubiera querido estropearle un ligue.

—No quiero ligar con ellas. Ya las veo venir, conozco el paño. Solo son dos pijas a la caza de un tío bueno con el que acostarse y luego a la hora de marcharse te piden una foto en memoria de los buenos ratos pasados juntos para exhibirte delante de sus amistades como si fueras un trofeo. «Mira el tío tan bueno con el que me acosté».

—Bueno, al menos habrás echado un polvo con ellas.

—No merece la pena a veces. No todas las mujeres están tan liberadas como tú.

—¿Cómo que no? Hoy día todas las mujeres están liberadas, excluyendo a Lucía, claro. Ella todavía tiene un noviazgo de los antiguos. Besitos y poco más.

—Por lo menos es consecuente con sus ideas. Lo peor es cuando una mujer se acuesta con un hombre solo para dárselas de moderna o de liberada y en realidad se limita a tenderse en la cama y dejarse hacer lo indispensable. Esto no, aquello tampoco... y tú te das cuenta de que ni está disfrutando ni le apetecía, ni nada. Solo está esperando que termines cuanto antes para darse la vuelta y echarse a dormir.

—No estás hablando en serio... eso era en tiempos de mi madre.

—Y ahora también, te lo aseguro. Me he acostado con bastantes mujeres y noto cuando es así. Y por desgracia se da con cierta frecuencia. Claro que lo que nunca falla es la foto, como ya te dije antes. Sé que muchas se acuestan conmigo solo para poder presumir después.

—¿Y por qué entras en el juego?

—A veces es difícil darse cuenta antes. En otras ocasiones si las ves venir. Lo que pasa es que a veces tienes ganas de echar un polvo y entras al trapo. Pero no abundan las mujeres como tú, Sonia.

Ella se echó a reír.

—Te aseguro que yo no te pediré una foto ni te exhibiré como un trofeo.

—No me refería a eso. Quiero decir que lo nuestro fue estupendo.

—Para mí sí que lo fue, te lo aseguro.

—Y para mí. Yo sentí que tú lo estabas pasando bien y que querías que yo también disfrutara.

—Por supuesto.

—Me gustó que entraras en el juego de caricias. Espero haberte sorprendido.

—Lo hiciste.

—Quería haberte visto antes para decírtelo, pero he estado muy ocupado estos días.

—Yo pensé que me rehuías.

—Yo creía que eras tú la que me rehuía a mí.

—Bueno, por lo visto los dos hemos estado haciendo el tonto. ¿Entonces no tienes inconveniente en que practiquemos en el rocódromo un día de estos?

—Cuando quieras. No te digo ahora porque he quedado con Carolina en llevarla al pueblo para que vea a Jorge. Mi padre se va a hacer cargo de la recepción por un rato.

—No tengo prisa.

—Podemos quedar mañana a última hora.

—Bueno...

—Y con respecto a lo de la otra noche, si te apetece repetirlo en alguna ocasión, yo estaré encantado.

Ella se echó a reír.

—Por mí, cuando quieras.

—¿Cuándo quiera? ¿Quizás esta noche?

—¿Por qué no?

—Te avisaré en cuanto vuelva del pueblo.

—Si quieres te doy el número de mi móvil. Me das un toque cuando llegues, y me reuniré contigo.

—De acuerdo. Y ahora regresemos, se me está haciendo un poco tarde.

Juntos regresaron hasta la parte central del complejo y luego Sonia continuó hasta su cabaña, situada un poco más apartada, y se dispuso a arreglarse. Esta vez no iba a pillarla desprevenida y sacó del cajón de la ropa interior el conjunto más sexy que tenía. Entró a ducharse y se estaba vistiendo cuando llegó Lucía. Le abrió en bragas y sujetador.

—Vaya, vaya... hay movida por lo que veo.

—He quedado con Sergio para esta noche después de la cena.

—¿Con Sergio otra vez?

—Al parecer a él le gustó tanto como a mí, y quiere repetir.

Lucía sonrió.

—Estupendo, ¿no?

—Pues sí; yo estoy encantada. No siempre se te presenta la ocasión es estar con un

tío como él, y menos de repetir.

Capítulo 13

Lucía estaba atendiendo a un hombre con dolor de muelas cuando la puerta de la enfermería se abrió de golpe y una Berta llorosa entró en tromba. La pequeña siempre llamaba y esperaba que ella le diera permiso para entrar, pero en aquella ocasión iba visiblemente alterada.

—Lucía... —gimió.

—Berta, espera un momento en esa habitación, enseguida estaré contigo.

Terminó de dar a su paciente un calmante y las instrucciones para tomarlo y se dirigió rápidamente a la habitación donde estaba la niña. Esta se abrazó a ella llorando.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Papá y la tía Carolina se han peleado muy fuerte por mi culpa.

—No, nena... seguro que no. Te habrás equivocado.

—No me he equivocado, les he oído. Le dije a papá que quería ir con él de excursión, pero la tía no me deja. Y papá estaba muy enfadado. Se están peleando y yo tengo la culpa.

Lucía la apretó con más fuerza y sintió el cuerpecito temblando.

—Papá gritaba mucho. Yo no quiero que se enfade. No me importa no ir de excursión, de verdad que no... Pero que no se peleen... que no griten.

Lucía la soltó.

—Te diré lo que vamos a hacer. Yo hablaré con tu padre y ya verás como estás equivocada y no se ha enfadado. No siempre se está enfadado cuando se grita, Berta.

—¿No?

—Claro que no. Ya verás como no. Hablaré con él cuando cierre.

La niña se calmó y apenas media hora más tarde Lucía cerró la enfermería y se encaminó hacia la cabaña de Álvaro, que tenía la luz encendida.

Llamó a la puerta, y segundos después le abrió un Álvaro ceñudo y malencarado, vistiendo únicamente un pantalón vaquero.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No es buen momento.

—Probablemente, pero es importante. Se trata de Berta.

—Ni siquiera es buen momento para hablar de ella.

Lucía no le hizo caso y entró en la cabaña. Él, resignado, la siguió cerrando la puerta a su espalda. Cruzó los brazos y se puso a mirarla, esperando sus palabras.

—Berta vino esta tarde a verme llorando. Os escuchó discutir a Carolina y a ti y piensa que ella tiene la culpa.

—¡Mierda!

—Tienes que convencerla de que no estás enfadado.

—Es que lo estoy —casi gritó—. ¡Muy enfadado! ¿Quién no lo estaría, maldita sea, si ni siquiera puedo llevar a mi hija a una puta excursión?

Lucía apartó por un momento la vista del rostro de Álvaro y la posó sobre una botella de *whisky* recién abierta. Junto a ella había un vaso a medio llenar.

—¿Has bebido? —le preguntó.

—Aún no, pero voy a hacerlo. Voy a tomarme toda la maldita botella para olvidar la mierda que hay en mi vida.

—Por favor, no lo hagas... piensa en Berta.

—No pienso en otra cosa. Por eso me la voy a beber.

—Esa no es la solución.

—¡¿Y qué sabrás tú?!

—Mucho más de lo que piensas... en problemas soy toda una experta.

—Pues este en concreto no es asunto tuyo, así que no te metas.

—Tienes razón, el que tú bebas o no, no es asunto mío; pero si lo haces le afectará a Berta, y lo que le pase a ella, sí me importa. No voy a permitir que te bebas esa botella y eches a perder todo lo que llevas ganado —dijo mientras cogía la botella de la mesa. Los ojos de Álvaro echaron chispas.

—¡Dame eso!

—¡Ni hablar!

—Lucía, te estás pasando tres pueblos. ¡No tienes ningún derecho!

—Quizás, pero no voy a dártela. Al menos voluntariamente.

—¡No me obligues a...!

—¿A qué? ¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme? Bien, hazlo... Así me podré creer todo lo

que dicen de ti. Porque hasta ahora no he podido hacerlo.

—Lucía...

—Venga, pégame... quítame la botella. Te aseguro que será la única forma que tendrás de tomártela. Y luego vas y te presentas borracho delante de tu hija para que pueda avergonzarse de ti. Y para que piense que también ella tiene la culpa de eso.

Álvaro pareció derrumbarse ante sus palabras. Su expresión se relajó y le preguntó en un susurro:

—¿Por qué haces esto?

—Porque Berta lo último que necesita es un padre borracho.

—Lo último que Berta necesita es un padre como yo, y da igual que esté borracho o sereno.

En esta ocasión fue Lucía quien se encolerizó después de haber mantenido la calma con anterioridad.

—¿Estás tratando de decirme que no eres un buen padre para ella?

—Pues claro que no lo soy; Si lo fuera no habría permitido esta situación.

—Si no lo fueras ella no querría ni verte, y esa niña te quiere.

—Porque no entiende... Espera a que crezca.

—Un niño entiende el amor y el afecto por muy pequeño que sea. Con su edad yo rezaba cada noche porque mi padre no llegara a casa... porque resbalase y cayera o le atropellase un coche. Cualquiera cosa con tal de que no viniera... y por supuesto no le pedía que me llevara de excursión. No, Álvaro, claro que eres un buen padre, solo que a veces te vienes abajo. Pero no voy a permitir que te refugies en la botella cuando esto te ocurra, ¿me oyes? No mientras yo pueda evitarlo.

—¿Y qué piensas que debo hacer cuando me ocurra?

—Echarle huevos y tirar para adelante. Demostrarle al mundo que está equivocado con respecto a ti, y obligar al juez a que te devuelva la custodia de tu hija.

—No es tan fácil.

—No he dicho que lo sea, pero tampoco es imposible. Por lo menos gasta tus energías en intentarlo, no en pelearte con el resto del mundo, y menos aún con el *whisky*.

—De acuerdo. Puedes llevarte la botella; te prometo que no beberé. Vete tranquila.

—Aún no. Todavía no te he hablado de lo que venía a decirte.

—Está bien, te escucho.

—Sé que el problema de esta tarde se debe a que no puedes llevar a tu hija de excursión porque Carolina está muy ocupada y no puede acompañaros.

—Sí, así es, y por culpa de un juez gilipollas me veo obligado a negarle a mi hija una de las pocas cosas que me ha pedido nunca.

—El domingo es el día de los cambios de los grupos y mi día libre. Si lo que necesitas en una tercera persona que os acompañe a mí no me importa hacerlo. Si es que puedes soportar mi presencia todo un día, claro. Ya sé que no te caigo muy bien.

—Yo no tengo nada contra ti en particular, mi rechazo es contra las mujeres en general.

—Ya, bueno. Pues piénsatelo... aún faltan unos días. Consúltalo con Berta, o con la almohada... y si te decides no tienes más que decírmelo. Ahora me marcho, no te molesto más.

Se volvió para marcharse, pero él la llamó.

—Lucía.

—¿Sí?

—Ya sé que es tarde y has cerrado la enfermería, pero ¿podrías darme algo, algún analgésico? Tengo un terrible dolor de cabeza.

—¿Qué tipo de dolor?

—Me sube por la nuca y se extiende hacia arriba apretándome el cráneo como si fuera un casco.

—Ven, siéntate —le dijo indicándole una silla. Lucía se colocó detrás de él y puso los dedos sobre el cuello percibiendo la tensión.

—¿Aquí?

—Sí, hacia arriba.

Empezó a masajear con suavidad.

—¡Uf, está como las cuerdas de un piano!

—Solo necesito un analgésico.

—Te equivocas, necesitas un masaje. No te preocupes, sé hacerlo, tengo un diploma que lo acredita.

—No es eso, es que no me gusta que me toquen. Me pone nervioso.

—No te estoy tocando, solo aliviando tu dolor de cabeza. Relájate.

Deslizó las yemas de los dedos desde el cuello hacia abajo por la espalda.

—¡Madre mía, estás fatal! Tiéndete en la cama.

—Ya te he dicho...

—¡Por Dios, que no voy a comerte! Soy una profesional y no estoy tan desesperada como para meterle mano a un paciente. Y menos a uno tan borde y tan desagradable como tú. Tu voto de castidad está a salvo conmigo. Tiéndete ahí —dijo con un tono que no admitía discusión.

—Los tienes bien puestos, ¿eh?

—Cuando hace falta.

Él obedeció y se tendió en la cama. Lucía se arrodilló a su lado y clavó los dedos en su espalda subiendo poco a poco desde la cintura hasta la nuca. Durante un rato apretó, golpeó y masajéó con suavidad a veces, con fuerza otras, sintiendo cómo poco a poco los nudos de los músculos de Álvaro se iban soltando y la rabia y el mal humor de él se disolvían también. Su respiración se hizo más relajada, incluso cerró los ojos. Al fin Lucía dio por terminado su trabajo.

—Bueno, ya está. ¿Qué tal?

Él se incorporó.

—El dolor de cabeza ha desaparecido.

—Por supuesto. Era puramente tensional.

—Y no solo el dolor —continuó flexionando brazos y piernas y estirando la espalda—. Me has dejado como nuevo.

—Me alegro.

—Gracias.

—No me las des. Soy la enfermera de este centro y me pagan por ello.

—Pero estás fuera de tu horario.

—Los médicos y las enfermeras no tenemos horario. Pero si de verdad quieres agradecerme que te haya librado del dolor de cabeza, sal ahí y demuéstrole a tu hija que no estás enfadado. Y acepta mi oferta para llevarla de excursión el domingo.

—¿Y eso por qué lo haces? No te pagan por emplear tu día libre en hacer de canguro.

—La sonrisa feliz de un niño es para mí el mejor pago que nadie pueda darme. Y más si es un niño al que quiero. Hasta mañana.

Se despidió y salió. Álvaro se quedó allí de pie mirando la botella que al fin Lucía se había dejado sobre la mesa. La cogió dirigiéndose al baño con ella y la vació en el

lavabo. Después salió a buscar a Berta.

Lucía ya estaba en el comedor cuando él entró con la niña, comiendo en la misma mesa que Sergio y Sonia y él se sentó con Berta en una grande esperando a su padre y hermana.

A la mañana siguiente, Lucía se levantó como cada día, muy temprano. Le gustaba el centro de ocio a primeras horas de la mañana, antes de que se levantaran todos los huéspedes. Y desayunar en el comedor casi vacío.

Cuando entró en el mismo, solo había una pareja en una de las mesas. Se sentó en su sitio habitual, junto a la ventana, y se sirvió un desayuno generoso. Afortunadamente, tenía una constitución delgada que le permitía comer sin problemas de peso.

Estaba terminando su segunda tostada cuando Álvaro entró en la habitación. La vio nada más llegar, y para su sorpresa cargó una bandeja y se dirigió hacia ella, en lugar de hacerlo hacia la mesa que solía ocupar en un rincón.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó deteniéndose a su lado.

—Eres el dueño, puedes sentarte donde quieras.

—Me he expresado mal. Te estoy preguntando si te molestaría que me sienta a desayunar contigo. Prometo no ser borde ni desagradable.

Se sentó frente a ella.

—Hablé anoche con Berta. Le he pedido a ella que te invite a venir con nosotros. Espero que aceptes.

—Ya te dije ayer que iría con mucho gusto.

—Pero no le he dicho a mi hija que tú y yo ya lo habíamos hablado. Haz como que no lo sabes, le hace ilusión invitarte ella.

—De acuerdo. ¿Y tu espalda?

—Mucho mejor.

—Estoy todas las tardes en la enfermería, ya lo sabes. Cuando necesites otro masaje, no tienes más que venir.

—La próxima vez intentaré que sea dentro del horario laboral.

Lucía vio cómo se bebía de un trago toda la taza de café, y se levantó para servirse otra.

—¿Quieres algo más?

—No, yo tengo bastante con esto.

Regresó en pocos minutos y mirándola fijamente, le dijo:

—También quiero disculparme. Sé que con frecuencia he sido muy grosero contigo, pero ayer me superé. Lo siento. Vuelvo a decirte que no es nada personal, pero no puedo evitar sentir resentimiento hacia todas las mujeres, y a veces incluyo en el lote a quien no se lo merece.

—Disculpas aceptadas.

—Me gustaría que la excursión del domingo no te la tomaras como un favor que me haces, sino como un motivo para pasarlo bien. Aunque mi compañía no sea la más agradable del mundo, trataré de ser un buen cicerone y de que Berta y tú os divirtáis.

—De acuerdo.

Habían terminado de desayunar.

—Te dejo, tengo trabajo.

—Yo también.

Capítulo 14

El domingo, y tal como habían acordado, Lucía se reunió con Álvaro y con Berta para realizar su excursión. Cuando entró en el comedor a desayunar ya estaban allí padre e hija y ambos la llamaron. En su mesa había preparado un cubierto más y Lucía cargó su bandeja y se sentó con ellos.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. ¿Estás preparada para andar mucho? —le preguntó la niña.

—Sí.

—Porque a papá le gusta ir muy lejos.

—Me temo que hoy no vamos a ir muy lejos —añadió este.

—¿Por qué?

—Porque va a hacer mucho calor, Berta.

—¿Y cómo lo sabes si todavía no ha salido el sol?

—Precisamente por eso. A esta hora ya debería estar alto y no es así. Y los días nublados dan una sensación de bochorno mucho peor que si el sol estuviera brillando. Si fuera así con unas gorras y protección solar sería suficiente, pero con el nublado...

—¿Entonces no vamos a ir a la catarata? —preguntó decepcionada.

Lucía sonrió. Estaba claro que la pequeña ya había hecho sus planes.

—A Lucía le gustaría mucho...

Álvaro también sonrió mirando a su hija con ternura.

—¿Quieres ir a la catarata? —le preguntó revolviéndole el pelo.

—Es que allí nos podemos bañar. Como dices que va a hacer mucho calor...

—En realidad no está tan lejos y el camino es bastante llano. De acuerdo, iremos allí. Pero luego no empieces a decir que estás cansada.

—No lo haré, de verdad.

La conversación se había desarrollado entre padre e hija, y ahora Álvaro clavó la vista en Lucía.

—¿Te apetece ir allí?

Ella se encogió de hombros.

—Tú eres el experto, a mí me da igual. Pero no sabía que hubiera una catarata por

aquí.

—En realidad es solo un salto de agua, pero Berta la llama catarata. Es un sitio bonito, y como dice ella, te puedes bañar. Llévate el traje de baño, con el calor que hace te apetecerá un remojón cuando lleguemos.

—Ahora cuando termine de desayunar me lo pondré.

Cuando se levantaron de la mesa, Berta le dijo:

—Voy a la cocina a decirle a Rosa que me dé la bolsa con la comida.

—Y recoge tu mochila con todo lo necesario. ¿La tienes preparada?

—Sí, papá. Está todo guardado desde anoche.

—Así me gusta. No te olvides de meter la cantimplora de agua.

—No...

La pequeña desapareció en la cocina volviendo a aparecer a los pocos minutos con una gran bolsa, que le entregó a Álvaro.

—Toma, papi.

—¡Madre mía! Debí decirle a Rosa que solo íbamos a saltarnos dos comidas, el almuerzo y la merienda. No vamos a pasar hambre, no. Como siempre volverá más de la mitad. Bueno, Lucía, si vas a ponerte el traje de baño, podemos salir ya.

—De acuerdo, enseguida vuelvo.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Berta.

—Sí, claro...

—Berta, no seas pesada.

—No lo es, déjala... es su día.

Cogió a la niña de la mano y se dirigió a su cabaña. No tardó mucho en cambiarse y poco después se reunían con Álvaro de nuevo.

—Ya estamos aquí.

—Pues en marcha entonces.

Empezaron a caminar en dirección a la parte trasera del centro de ocio y una vez dejada atrás la tirolina, se encontraron con la tapia. Álvaro la escaló y desde arriba agarró a Berta por los brazos haciéndola saltar a su vez. Después se asomó de nuevo y le tendió la mano a Lucía. Esta apoyó un pie en el muro y se agarró con fuerza a la muñeca de él, cogiendo impulso para saltar. Al aterrizar, perdió el equilibrio y Álvaro se puso delante parándola con su cuerpo.

—¡Eh! ¿Dónde vas? Para.

—Creo que he cogido demasiado impulso.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Perdona que os haya hecho saltar por aquí, pero si hubiéramos salido por la puerta hubiéramos tenido que dar un rodeo de más de medio kilómetro, y eso supondría mucho para Berta. Ya de por sí la cascada está un poco lejos para ella.

—No te preocupes, solo estoy un poco desentrenada. No escalo muros con mucha frecuencia últimamente.

—Pero lo has hecho antes....

—Hombre, claro. En el colegio como todo el mundo, y en el instituto también algunas veces.

—Ya... debías ser buena tú.

—Era más buena de lo que me hubiera gustado.

Berta se colocó entre ambos dándole una mano a cada uno, y empezó a charlar sin parar sobre lo que iba a hacer cuando llegaran a la catarata. Apenas llevaban andando media hora bajo un plomizo cielo gris y espeso con un aire húmedo y caliente flotando a su alrededor, Berta pidió agua. Álvaro, que le había hecho soltar su cantimplora y la llevaba él, se la dio. Lucía también aprovechó para beber un poco. Se sentía sudorosa, el calor de aquel día era muy incómodo y se alegró de que al final del camino pudieran meterse en el agua y ponerse frescos. Después de beber, Berta se dirigió a ella.

—Mi papá es muy fuerte, ¿sabes, Lucía?

—Sí, ya lo sé.

—Pero mucho, mucho... A veces cuando estoy cansada, me lleva en los hombros.

Él soltó una carcajada.

—¡No empieces, pequeñaja...!

—No, si no te estoy diciendo que estoy cansada...

—Ya...

—Pero es que me gustaría que Lucía viera lo fuerte que eres, porque seguro que no se lo cree.

Ambos estallaron en carcajadas.

—Anda, ven... Le demostraré a Lucía lo fuerte que soy.

Berta se colocó delante de su padre y este la levantó por los brazos y tiró de ella hasta levantarla sobre su cabeza y sentarla sobre los hombros. Lucía observó que la había levantado con facilidad, como si la niña no pesara.

—¡Upa! ¿Te llevo un ratito, ya que estás ahí?

—Bueno, si quieres... Y yo juego con tu pelo, ¿vale?

—Trato hecho.

—A mi padre le gusta mucho que le toquen el pelo, ¿sabes? Muchas veces se queda dormido a la hora de la siesta en el sofá cuando lo hago.

—¡De modo que eres un coscón...!

—Bueno, es una debilidad, pero no lo proclames por ahí.

Continuaron andando un buen rato. El camino era llano y amplio y a pesar de llevar a la niña en los hombros, Lucía se dio cuenta de que Álvaro tenía que aflojar el paso para acoplarla al de ella.

—Si voy muy deprisa, dímelo, es la costumbre.

—¿Siempre llevas a la gente a este ritmo?

—No, cuando voy con un grupo grande no me cuesta ir despacio, pero ahora contigo es como si fuera solo.

—Vaya, gracias.

—No te lo tomes a mal, lo he dicho como un cumplido.

—Extraña forma de hacer un cumplido, aunque viviendo de ti... Por lo menos no es una bordería.

—Quería decir que cuando estoy contigo me siento tan a gusto como si estuviera solo. A veces la gente me estorba.

—¿Solo a veces?

—Bueno, casi siempre.

—¿Y yo no?

—No, y hoy mucho menos. Hoy no solo te estoy agradecido sino que me gusta que vengas con nosotros. Pienso disfrutar de cada minuto de esta excursión, y de la compañía.

—Yo también. Y prometo guardarte el secreto de que puedas resultar una compañía agradable.

—Aún no ha terminado el día, no cantes victoria.

Después de caminar otro rato, Álvaro volvió a soltar a Berta en el suelo, y muy poco después llegaron a un sitio bastante escondido detrás de una pronunciada cuesta, casi imposible de descubrir si no se conocía, donde en medio de un claro corría un río en uno de cuyos extremos había un salto de agua como de un metro de alto. El agua caía sin demasiada fuerza, solo salvando un pequeño desnivel.

—¿Puedo bañarme, papá?

—Un momento, espera a que los demás estemos preparados. Ya sabes que aquí no te dejo que te bañes sola.

—Si sé nadar.

—Ya lo sé, pero hay un poco de corriente.

—Es que tengo mucho calor...

—Yo también, y seguro que Lucía. Pero primero tenemos que dejar la comida en un sitio fresco y luego nos quitaremos la ropa. Enseguida podremos bañarnos.

Berta se había quitado con rapidez el pantalón corto y la camiseta que llevaba, quedándose en bañador y Lucía la imitó. Había escogido un bikini cómodo, con bragas de pantalón y sujetador ancho. No había querido ponerse los más pequeños y sexys que tenía, porque por alguna razón que no acababa de comprender no quería que Álvaro la viera con ellos. Podría decirse que este era un bikini de amigo, y si hubiera tenido un bañador habría optado por él. A pesar de todo no podía evitar que la cicatriz de la pierna se viera; esperaba no tener que dar demasiadas explicaciones de la misma. Normalmente no le importaba que la vieran los demás, no era algo que la acomplexara, aunque afeaba bastante la parte superior del muslo, pero con Álvaro era diferente. Quizás por su situación le daba vergüenza confesar todo el horror que había vivido de niña. Y aquella cicatriz era una prueba de ello.

Como había temido, nada más se quitó los pantalones, Berta vio la cicatriz y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Me quemé con una estufa cuando era niña.

—¿Cómo?

—Iba corriendo y me tropecé con ella.

—Debiste hacerte mucho daño.

—Sí, bastante. Las quemaduras duelen mucho. Procura tener cuidado con el fuego y

las cosas calientes.

—¿Y no se te curó?

—Sí se me curó, pero las quemaduras dejan cicatriz. Para quitármela tendría que operarme y no me gustan los quirófanos ni los hospitales más que para trabajar. Y solo se ve cuando estoy en bikini.

Álvaro intervino en la conversación.

—Deja ya de preguntarle a Lucía, seguro que no le gusta recordarlo. Ya podemos bañarnos. ¡Al agua! —dijo tirándose de cabeza. Berta le imitó y Lucía también se lanzó a continuación.

El agua estaba fresca y era una delicia para calmar el calor sofocante del camino y aliviar el cansancio. Juguetearon durante un rato y luego salieron y se dispusieron a comer.

El paseo y el baño les había abierto el apetito y dieron buena cuenta de la mayor parte de la comida que Rosa les había preparado.

—Y ahora Berta va a ser una niña buena y se va a dormir una siesta —propuso Álvaro.

—No, papá, por favor hoy no.

—Pero si duermes todos los días y además hoy te has levantado más temprano.

—Porque la tita me obliga, pero hoy ella no está. Le decimos que la he dormido, ¿vale?

—Cariño, si no duermes un poco estarás muy cansada y no vas a poder volver. El camino es largo.

—Sí puedo, ya lo verás. No te diré que estoy cansada. Caminaré todo el rato.

—De acuerdo, pero aunque no duermas, sí vamos a descansar un rato, ¿eh? Nos vamos a sentar en la hierba y vamos a charlar y estar quietos.

—Pero sin dormir.

—Sin dormir.

Berta se tendió en el suelo y apoyó la cabeza en las piernas de su padre. Este empezó a jugar con los rizos oscuros.

—¿Me contarás un cuento?

—Ya sabes que yo no sé contar cuentos, siempre que lo hago dices que no te gusta. Pero si te empeñas lo haré.

—Yo te lo contaré, si te da lo mismo —dijo Lucía—. ¿Cuál es tu favorito?

—El de la Bella y la Bestia. ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé.

Empezó a hablar despacio, sintiendo sobre ella la mirada de Álvaro, y antes de que acabara, los ojos de Berta empezaron a cerrarse hasta que se quedó dormida. Su padre continuó rascándole la cabeza con suavidad y desvió la vista del rostro de Lucía hacia el de la niña.

—Dice mi hermana que apenas ha dormido esta noche de lo excitada que estaba. Le encantan estas excursiones. Normalmente, cuando cerramos en octubre solemos organizar algunas, incluso hacemos algunos días de acampada. Berta se lo pasa muy bien.

—¿Toda la familia?

—Menos mi padre y Quique. Este regresa a Madrid para seguir sus estudios y también para salir a divertirse un poco. Aquí metido en el centro de ocio todo el verano no tiene muchas ocasiones. Él no es como Sergio y yo, que disfrutamos con la naturaleza más que con ninguna otra cosa. A Quique le gustan las discotecas, los cines, los restaurantes... Probablemente cuando termine los estudios no se quedará aquí todo el año como hemos hecho los demás.

—¿Qué está estudiando?

—Ha hecho magisterio de educación física y ahora está metido en un curso de dos años para especializarse en deportes acuáticos. Por eso, porque su especialidad es más propia de la época estival, pienso que se quedará trabajando en Madrid la mayor parte del año y vendrá aquí solo los veranos, como hace ahora. Sin embargo, a los demás nos sacas de aquí y nos quitas toda capacidad de disfrutar.

—¿No te gustan las discotecas, los cines y todo eso?

—Sí, pero un día de vez en cuando, no como algo habitual. Para mí, la mejor forma de disfrutar es perderme en la sierra, caminar, y también como ahora, sentarme a escuchar el ruido del agua cayendo. Yo descubrí este sitio cuando era un adolescente y me venía aquí muchas veces a sentarme y relajarme.

—¿Solo?

—Sí, solo. Siempre he sido bastante solitario en mis aficiones, sobre todo porque se podría decir que mi casa está bastante llena habitualmente.

—¿Cómo es que no tenéis una casa donde vivir y lo hacéis en las mismas habitaciones de los huéspedes?

—Teníamos una casa cuando vivía mi madre, una de las que está cerca de la piscina, pero poco a poco fuimos creciendo y quisimos tener un poco de independencia. Sergio, que empezó a enrollarse con chicas desde los dieciséis años fue el primero que pidió una habitación lejos de la casa cuando cumplió los dieciocho, y mi padre nos reunió a todos y nos dijo que si lo preferíamos podíamos escoger una cabaña o una habitación en el albergue. Yo también la acepté, porque entonces estaba empezando a salir con Bárbara. Luego Quique se marchó a Madrid y Carolina también estaba estudiando y mi padre se quedó solo. Cerró la casa y convirtió la parte trasera de la recepción en vivienda y allí se instaló mi hermana a su vuelta. Ahora la comparten con Berta. Aunque si lo de Carolina con Jorge funciona, más tarde o más temprano se irá también.

—¿Y qué pasará entonces con Berta?

Él detuvo por un momento la mano que acariciaba la cabeza de la niña y murmuró:

—No lo sé. Quizás mi hermana se la lleve con ella o quizás yo me traslade a la recepción. No quiero pensar en eso ahora, ya lo solucionaré cuando llegue el momento. De todas formas no soy yo el que puede decidir ahí —dijo con amargura.

—Sabes que Carolina no tomará ninguna decisión en la que tú no estés de acuerdo.

—Ya, pero la responsable legal de la niña es ella, y yo no puedo obligarla a que no haga su propia vida a causa de un error mío. Demasiado hace ya cuidando a una niña desde los veinte años, cuando tendría que estar disfrutando de la vida y del tiempo libre. Un niño ata mucho. Y todo porque yo una noche estaba tan caliente que no quise pararme para ir a comprar un condón.

—¿Te arrepientes de haberla tenido?

—No, claro que no. Ella es lo único bueno que hay en mi vida. Pero lo que me molesta es que no soy yo el que tiene que cargar con la responsabilidad de mis actos, sino mi familia, que no tiene la culpa de nada. Si mi padre y Carolina no se hubieran hecho cargo de la niña me la habrían quitado... y yo... no sé qué hubiera hecho sin ellos... sin su apoyo, sin su comprensión. Y te aseguro que lo han pasado mal por mi culpa, pero siempre han estado ahí.

—No sabes cómo te envidio la familia que tienes. Yo siempre he estado muy sola. ¡Ojalá algún día yo pueda sentir que pertenezco a una familia, que tengo a alguien a quien acudir en los momentos malos!

—¿Cómo es la familia de tu novio?

—No lo sé, no les conozco. No viven en Madrid y mi relación con Roberto no es tan profunda como para hacer un viaje para conocer a su familia. Eso implicaría, al menos para mí, admitir una relación y un compromiso a largo plazo.

—¿Y no lo hay?

—No, quizás con el tiempo, pero todavía no, al menos para mí.

—Pero tú siempre hablas de él como de tu novio.

—Sí, porque no puedo decir que sea un amigo. Es mucho más que eso. Pero todavía no estoy segura de querer pasar con él toda la vida. Solo llevamos saliendo seis meses. Soy muy cauta en ese tema.

Berta se removió en aquel momento y abrió los ojos.

—¿Me he dormido? Yo no quería...

—Ha sido poco tiempo, solo lo suficiente para descansar un poquito. Es un momento estupendo para darnos otro baño antes de merendar. ¿Te apetece?

—Sí, mucho. ¡Vamos, Lucía!

—No, yo no voy a bañarme ahora... nunca lo hago por las tardes. Prefiero quedarme aquí sentada mirando cómo os bañáis vosotros.

—¡Anda, báñate con nosotros...! —insistió la niña, pero Álvaro intervino.

—No, cariño, no insistas. Ha dicho que no le apetece. Vamos tú y yo.

Lucía permaneció sentada mirando como padre e hija se metían en el agua y jugaban en ella. A perseguirse, a zambullirse... Álvaro cogía a la niña sobre los hombros y la lanzaba al agua ante los gritos y las risas de su hija, y Lucía se preguntó qué habría sucedido para que la vida de ese hombre tan alegre cuando estaba con Berta se hubiera amargado de esa forma y trató de imaginarse cómo hubiera podido ser Álvaro si su vida hubiera sido más feliz. Después de un rato, él salió del agua.

—¡Vamos, Berta! Tú también.

—No, papá... todavía no.

—Sí, papá... todavía sí —la imitó él. Ya es tarde, hay que merendar y secarse para volver.

—¡Pero si todavía es de día!

—Ya lo sé, pero hay que llegar a casa antes de que oscurezca. ¿No me dirás que no tienes hambre con todo el rato que llevas en el agua?

—Sí, una poquita; pero luego podemos bañarnos otra vez.

—Luego hay que secarse y volver, nena. No insistas.

Berta se resignó a que no iba a convencer a su padre en esta ocasión y se comió el bocadillo que Lucía le había preparado. Y después todos se pusieron la ropa sobre los trajes de baño y emprendieron el regreso.

—Bueno... ¿No le preguntas a Lucía como se lo ha pasado? —le dijo Álvaro a la niña.

—Se lo ha pasado muy bien porque ha sonreído todo el tiempo —contestó esta—. ¿Verdad, Lucía?

—Sí, muy bien.

—¿Podemos invitarla a venir otra vez, papá?

—Si ella quiere, está invitada siempre.

—Si me lo permite el trabajo, aceptaré la invitación.

Capítulo 15

Cuando Lucía entró aquella mañana en el comedor, Álvaro estaba en su mesa habitual. Después de la excursión habían coincidido varias veces y se habían sentado juntos. También esta vez cogió su bandeja y se dirigió hacia la mesa que ocupaba, porque aunque él parecía haber terminado de desayunar, Lucía hubiera jurado que la esperaba.

—Hola, buenos días.

—Hola —respondió él.

—¿No te importa que me sienta, verdad? Aunque ya has acabado.

—No, en realidad te estaba esperando. Voy a ir por otro café; tengo que hablar contigo.

Sorprendida, Lucía esperó que regresara, no se le ocurría qué podría querer decirle. Poco después él regresó con una taza humeante en la mano y se sentó de nuevo frente a ella.

—Tú dirás...

Álvaro fue al grano.

—La otra tarde dijiste que podía contar contigo para cualquier cosa relacionada con Berta.

—Y lo mantengo.

—Bueno, no sé si te he dicho alguna vez que la ve una psicóloga.

—Sí, Berta ya me ha hablado de Susana.

—Bien, pues también a ella le ha hablado de ti. Y me ha preguntado si podrías ir a la consulta la próxima vez que vayamos. Dice que la niña ha mejorado mucho en los últimos tiempos y piensa que tú podrías tener algo que ver. Dice que le gustaría hablar contigo sobre Berta y darte algunos consejos sobre cómo tratarla. Ya sé que es abusar de ti, que no te gustan los psicólogos, pero... yo te agradecería mucho que vinieras.

—Claro que iré... y yo no he dicho que no me gusten los psicólogos, sino que yo no los necesito. Pero Berta es diferente; puedes contar conmigo.

—Gracias. Te recogeré mañana a primera hora.

—De acuerdo.

Temprano, apenas hubo amanecido, Lucía se reunió con Álvaro y Berta, que ya habían desayunado y subió a la parte trasera de la camioneta con una Berta alterada a su lado. Álvaro se sentó al volante y apenas arrancó sintió la pequeña mano aferrarse a la suya.

—No te preocupes, Lucía... Susana es muy simpática. No estés asustada.

—Gracias... si tú me lo dices me quedo más tranquila.

—Yo las primeras veces lo estaba, pero es muy buena y ahora somos amigas. Solo te preguntará qué has hecho estos días y a lo mejor te pide que le hagas un dibujo. Pero son dibujos muy fáciles.

—Estupendo.

—Y luego siempre papá nos invita a comer en una pizzería. ¿Te gustan las pizzas?

—Mucho.

—Mi favorita es la de atún. ¿Y la tuya?

—A mí me gustan todas.

Mientras charlaban, Lucía observaba la nuca de Álvaro que conducía en silencio, como si no estuviera en el coche. El trayecto hasta el pueblo, situado a cincuenta kilómetros se le hizo muy corto. Berta le explicaba todo lo que iban encontrando por la carretera, le mostraba los árboles que conocía, le enseñó un almacén de maderas a pesar de que el cartel mostraba claramente su actividad, un rebaño de ovejas que pastaba desperdigado por el monte y muchas cosas más. Lucía se dio cuenta de que estaba demasiado encerrada en el centro de ocio, sin tener acceso a muchas cosas a las que otros niños estaban acostumbrados. Se prometió que hablaría con Álvaro al respecto, ahora que estaban en mejor armonía.

Apenas llegaron al pueblo, bastante más grande que aquel al que fueron a tomar copas una noche, Álvaro aparcó y los tres se dirigieron hacia un portal con una placa a uno de los lados. Subieron la estrecha escalera y cruzaron una puerta abierta. Una chica, situada detrás de un mostrador, les saludó.

—Hola, Berta. ¿Otra vez por aquí?

—Sí, y hoy vengo con mi amiga Lucía.

—Eso es estupendo. Pasad a la sala —le dijo a Álvaro—. Susana os atenderá

enseguida.

La sala de espera, situada a la derecha, era amplia y luminosa, y estaba llena de juguetes, cuidadosamente alineados en una de las paredes en una estantería baja, al alcance de cualquier niño. También había sillones pequeños repartidos y alternados con sillas normales para adultos.

Berta la cogió de una mano y tiró de ella.

—Ven... ¿Quieres jugar conmigo?

Álvaro le puso una mano sobre la cabeza con suavidad, calmando su impulso.

—Vas a entrar enseguida, cariño. Deja los juguetes para luego.

—Es que Lucía no los ha visto nunca.

—Ya se los enseñarás luego; ahora no te va a dar tiempo, ya es casi la hora.

En ese mismo momento una mujer joven, morena y delgada, entró en la sala de espera y se acercó a ellos. Berta se le abrazó.

—Hola, Susana. Mira, hoy vengo con Lucía en vez de con mi tía. Ya sabes quién es, mi amiga de la enfermería...

—Sí, claro que sé quién es.

Se volvió hacia ella.

—Hola, yo soy Susana. Me alegra mucho que hayas decidido venir. Si no te importa hablaré primero con Berta y luego pasarás tú. Y así podrá jugar con ese juego de bolos que tanto le gusta. ¿Eh?

—Sí —respondió la niña.

—Espera aquí con Álvaro mientras, o podéis dar una vuelta si os apetece. Tardaremos un rato.

—Estaremos bien aquí —dijo él.

Se marchó llevándose a la niña y ellos se sentaron en los sillones.

—Vuelvo a agradecerte todo lo que estás haciendo por mi hija...

—Deja de hacerlo, no supone ningún sacrificio para mí. Ya te he dicho muchas veces que me encantan los niños, y Berta especialmente. Un crío que lo haya pasado mal me llega al alma. Ningún niño debería sufrir nunca.

—No siempre podemos evitárselo.

—Ya lo sé, pero al menos debemos intentarlo.

Se produjo un silencio y Lucía decidió aprovechar la ocasión para hablar con él

sobre el tema que la había preocupado aquella mañana durante el camino.

—Álvaro, ya sé que no es asunto mío, pero me parece que Berta está muy encerrada en el centro de ocio. Le llama demasiado la atención todo lo que ve, cosas muy normales y de todos los días.

—¿Crees que no lo sé? ¿Pero qué quieres que haga...? Vivimos allí, y yo no puedo sacarla. Tampoco pedirle a mi hermana o a los demás miembros de mi familia que dejen su vida privada, la poca que tienen, para llevar de paseo a mi hija. Espero que cuando vaya al colegio eso se vaya solucionando poco a poco.

—Comprendo, pero es una lástima. Hay tantas cosas de las que podría disfrutar en una ciudad y que seguramente ni siquiera conoce.

—Yo siempre procuro darle un día completo cuando venimos aquí. Carolina y yo intentamos no tener trabajo esa tarde y dedicársela. Ir a comer, o al parque, o al cine... algo que no haga habitualmente. Por eso para ella las visitas a Susana suponen toda una fiesta.

—Tal vez cuando yo vuelva a Madrid podáis venir algún fin de semana y llevarla al parque Warner o a algún sitio un poco más especial. Podrías quedaros en mi casa.

—Ya sabes que no puedo coger a mi hija y llevarla donde quiera. Si por mí fuera, aceptaría encantado.

—Carolina podría venir también.

—¿Quieres tener una invasión de la familia Navas en tu casa todo un fin de semana?

—Sería una buena forma de agradeceros la acogida que me habéis dado en vuestra familia y en vuestra casa. No me siento una empleada allí.

—¿Y estás invitando precisamente al que peor te ha acogido?

—Estoy invitando a la personita que más quiero, que es Berta... y por supuesto a todo el que la acompañe.

Volvió a reinar el silencio, y pasado un rato Álvaro se levantó y se acercó a la ventana, quedando de espaldas a Lucía. Esta le contempló a sus anchas. No era muy alto, ninguno de los hermanos lo era, pero estaba fuerte a pesar de su constitución delgada. El pelo castaño le rozaba el cuello; lo llevaba limpio y brillante, y no pudo dejar de pensar que debía resultar muy agradable acariciarlo. Pero ella jamás se atrevería a hacerle una caricia a Álvaro, aunque se tratara solamente de un gesto amistoso. Recordaba aún su respingo cuando le dio el masaje en la espalda. Había

botado como si le estuviera arañando al principio. Había tenido que tocar un punto situado en el cuello que casi paralizaba todo el cuerpo para que él se relajara. Un pequeño truco que había aprendido cuando hizo el curso de fisioterapia y masaje, para ayudar a relajar a los pacientes aún en contra de su voluntad. No, ella nunca se atrevería a hacerle una caricia a pesar de que intuía que todo él pedía una a gritos tras su actitud hosca y enfurruñada. Álvaro también era como un niño... un niño grande que sufría y a ella le hubiera gustado poder ayudarlo, igual que ayudaba a su hija. Pero no le permitía hacerlo; ni a ella ni a nadie.

No se dio cuenta de la presencia de Susana y Berta en la puerta de la habitación hasta que esta última le cogió una mano.

—Ahora te toca a ti, Lucía. Ya verás qué divertido.

Se sobresaltó y volvió la cabeza dándose cuenta de que Susana la observaba desde la puerta. Álvaro también se volvió al escuchar a su hija.

—¿Por qué no te la llevas a dar una vuelta mientras yo hablo con Lucía?

—No puedo —dijo él con amargura—. Carolina no ha venido con nosotros y si Lucía se queda... ya sabes que no puedo.

—Hazlo. Solo hoy. Si tienes problemas yo diré que lo he recomendado como terapia especial. Procura mantenerte por sitios donde haya gente, pero llévate a tu hija a dar una vuelta... invítala a un helado o a cualquier cosa. Mímalas un rato. Los dos lo necesitáis. Si hay problemas yo lo solucionaré.

—Gracias.

Se volvió hacia la niña.

—¿Quieres un helado?

—¡Síiii!

—Pero no se lo digas a tu tía o me reñirá. Ya sabes que no quiere que comas entre horas.

—No, papá, será un secreto.

Álvaro cogió a la niña de la mano y salieron. Y Lucía no pudo evitar que una ligera emoción le nublara los ojos al contemplar la expresión feliz de ambos, y pensó con qué poco se conformaban algunas personas para ser felices, y la vida a veces se lo ponía todo muy difícil.

—¿Me acompañas? —dijo Susana a su lado.

—Sí.

La precedió por un largo corredor hasta una de las últimas puertas del mismo y entró en una habitación llena de sillones.

—No vamos a usar el despacho, es muy formal, y esto nuestro no es una consulta, sino una charla informal —dijo Susana invitándola a sentarse—. Ponte cómoda. Espero que no te moleste que te haya pedido que vinieras. Álvaro me dijo que no tendrías inconveniente.

—No, claro que no. Cualquier cosa que pueda hacer por Berta lo haré encantada.

—La niña te quiere mucho.

—Y yo a ella. En realidad me encantan los niños. Trabajo en un colegio y para hacerlo renuncié a una plaza en un importante hospital donde hubiera podido ganar mucho más.

—¿Quieres a Berta como a los demás niños del colegio?

—Tengo que reconocer que no, que para mí Berta es algo especial.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás porque en el colegio los trato en grupo y a ella sola. Quizás porque siento que me necesita, y me busca... y se siente bien conmigo. Tal vez porque sé que se siente muy sola. Durante el verano todos están muy ocupados. Tratan de atenderla lo mejor que pueden, pero...

—¿Pero qué?

—Está falta de contacto con otros niños. Ya debería ir al colegio.

—Soy yo quien ha recomendado que no fuera aún. La escolaridad en España no es obligatoria hasta los seis años y Berta aún no estaba preparada para alejarse de su familia. Los colegios en la zona están un poco lejos del sitio donde vive.

—Sí, eso es verdad.

—Lucía... ¿Te ha hablado alguna vez de su madre?

—No... Y me extraña. Si la dejó a los tres años, a esa edad ya debería conservar recuerdos.

—Su mente ha decidido olvidarlos.

—Sí, a veces pasa —dijo pensativa.

—Y al no estar en contacto con otros niños que tengan madre, la figura de la suya simplemente no existe.

—Comprendo.

Susana la miró durante unos segundos antes de continuar.

—Lucía, no te he hecho venir solo por Berta, a pesar de que la niña ha experimentado una notable mejoría desde que tú estás en La Cañada. Se muestra más comunicativa, más locuaz y también más alegre.

—Quizás porque yo soy para ella una figura que antes no tenía... una amiga. Tiene padre, tía, tíos y abuelo, pero amigos no.

—Es posible. Pero ahora me gustaría que dejáramos a Berta y me hablaras de Álvaro.

—¿De Álvaro?

—Sí.

—¿Qué quieres que te diga de él? Es un buen padre para Berta. La quiere mucho y se siente muy mal por la situación que le toca vivir. Ni siquiera puede ver a su hija a solas. Esto es muy fuerte para un padre, y también muy injusto.

—Es para evitar que le haga daño.

Lucía levantó los ojos y miró fijamente a la mujer que tenía delante.

—¿De verdad piensas que Álvaro le haría daño a la niña? ¿Qué clase de psicóloga eres? ¡Él jamás le haría daño a su hija, la quiere muchísimo! —exclamó con vehemencia.

—También quería a su mujer y la envió al hospital.

—Sí, eso dicen todos... incluso él mismo.

—¿Tú no lo crees?

—Me cuesta.

—Existen pruebas... y una denuncia. Álvaro estuvo en la cárcel por ello.

—Sí, lo sé. Mucha gente se ha encargado de contármelo.

—Pero a pesar de todo tú no les crees...

—No es que no les crea... es posible que lo hiciera, incluso que la enviara al hospital. Ni siquiera él mismo lo niega, pero tuvo que haber un motivo. Álvaro no es un maltratador y nadie va a convencerme de lo contrario.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Lucía levantó unos ojos cargados de amargura.

—Supongo que esta charla está dentro del secreto profesional...

—Por supuesto; nada de lo que hablemos aquí saldrá de estas cuatro paredes.

—Yo viví con uno hasta los catorce años en que afortunadamente mi madre encontró el valor para dejarle. Mi padre la golpeaba con frecuencia.

—¿Y a ti?

—A mí rara vez. Solo las pocas ocasiones que me decidía a defenderla, siendo muy pequeña. Después le tuve demasiado miedo para intentarlo siquiera. Le tenía tanto miedo que me aterraba escuchar sus pasos en la escalera antes de entrar en casa, me aterraba que se acercara a mí, hasta que me hablara. Y jamás me quería quedar a solas con él. Berta adora a su padre y yo he observado, y te aseguro que he puesto especial atención en ello, que cuando está con él se siente más tranquila y relajada que con ninguna otra persona. No, Álvaro nunca ha golpeado repetidamente a nadie, te lo digo yo que sé mucho de eso. Si aquella vez lo hizo estoy segura de que tuvieron que darse unas circunstancias muy dramáticas. Tuvo que perder el control de una forma espantosa... y lleva años pagando por ello. Él y Berta, y toda su familia. Y eso es algo que no se perdona.

—¿Nunca te ha contado que pasó?

—No, nunca.

—¿Y tú no se lo has preguntado?

—No, ni se me ocurre hacerlo. No es muy hablador y mucho menos sobre su vida privada, y menos aún si es para defenderse. Se empeña en ser el malo de esta película.

—Y tú opinas que no es tan malo como aparenta.

—No es malo en absoluto, solo es borde y desagradable porque lo está pasando mal y tiene miedo.

—¿De qué crees que tiene miedo?

—No lo sé. A veces pienso que del pasado y otras que del futuro. O quizás de los dos.

—Deberías haber sido psicóloga, chica.

—Llevo tres años trabajando con niños.

—Álvaro no es un niño.

—A veces sí lo es, o al menos se comporta como tal.

—Sí, pero es un hombre. Un hombre adulto y atractivo. ¿No estás de acuerdo?

Lucía sonrió.

—No, si lo comparas con sus hermanos. Son guapísimos.

—Olvida a sus hermanos; quiero saber tu opinión de él como hombre. Si no te resulta demasiado personal contestar... te aseguro que seguimos dentro del secreto profesional.

—No, si no tengo inconveniente en contestarte. Puede resultar muy atractivo, aunque creo que lo sería mucho más si sonriera. Casi nunca lo hace, y solo para Berta.

—¿Te gustaría que te sonriera a ti?

—Pues claro, me demostraría que he logrado ser su amiga.

—¿Es un amigo para ti?

Lucía se quedó pensativa unos instantes.

—No estoy segura... pero creo que no. Me temo que aún no me he ganado ese calificativo.

—Es el padre de Berta entonces...

—Sí, pero tampoco es solo el padre de Berta. Yo diría que es Álvaro, simplemente.

—Álvaro, el hombre que nunca sonríe, ¿no es eso?

—Sí, en efecto.

—Volverá a hacerlo, no te quepa duda; solo es cuestión de tiempo.

—Debió quererla mucho... a su mujer, quiero decir.

—¿A pesar de que la golpeará? ¿Qué crees que ocurrió?

—No sé qué pasó, pero tú sí, ¿verdad? A ti sí te lo ha contado.

Susana contestó.

—Sí, a mí sí. Yo tenía que saberlo todo para poder ayudar a Berta. Tenía que saber lo que ella vivió.

—Fue algo muy terrible, ¿verdad? Álvaro no perdería el control por una tontería.

—No puedo decirte nada sobre eso.

—Ya lo sé, y no te estoy preguntando. Pero sé que tú le ves de otra forma a como lo hacen los demás. Si no fuera así no le habrías dejado que se llevara a la niña.

Susana sonrió.

—Creo que deberías preguntárselo, quizás a ti te lo contara.

—No, jamás le preguntaré nada; podría malinterpretar mi gesto y creer que lo hago por curiosidad morbosa. Además, no quiero hurgar en sus heridas.

—Quizás te lo cuente sin que le preguntes.

—Lo dudo. Solo habla conmigo sobre Berta y sobre temas generales, nunca de sí mismo.

—Y te gustaría que lo hiciera, ¿verdad? Tú también quieres ayudarle a él, no solo a la niña.

—Sí, me gustaría mucho ayudarle. Si se dejara, si comprendiera que lo único que busco de él es ser su amiga... ¿Sabes? La primera vez que nos vimos yo me iba a sentar a su mesa a desayunar sabiendo que era un compañero de trabajo y creyó que quería ligar con él.

—Y no quieres.

—Claro que no, yo tengo novio. Solo quiero ser su amiga... y verle sonreír.

—¿Sonreír o sonreírte?

—Bueno, sonreírme.

—Quizás antes de que te vayas puedas verlo.

—Ojalá.

—Creo que hemos terminado. Puedes ir a buscarles.

—¿Yo? ¿Dónde?

—Probablemente les encontrarás en ese parque que hay frente al edificio. A Berta le gusta mucho y siempre que vienen pasa un rato ahí con su tía mientras Álvaro y yo hablamos.

—¿Hoy no vas a hablar con él?

—No, hoy no. He considerado mucho más interesante hablar contigo. Quería saber la opinión de alguien que no es de la familia, y que tampoco conoce los hechos.

—¿Sobre Álvaro? Porque apenas hemos hablado de Berta.

—Aunque a quien trato es a la niña, la historia del padre está siempre presente, y yo también quiero ayudarle a él. Si él está bien, Berta lo estará.

—Eso es cierto.

—Y no desesperes, estás consiguiendo ayudarle también a él.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Al acercarte a Berta estás haciendo que vuelva a confiar en la gente... en las mujeres más concretamente. Y tienes toda la razón, Álvaro no es en absoluto el malo en esta película.

—Ya lo sé.

Lucía salió de la consulta y se dirigió al parque que Susana le había indicado. Y efectivamente les vio. Estaban tumbados en el suelo sobre el césped haciéndose cosquillas uno al otro. Las risas incontroladas de Berta la convencieron aún más de que tenía razón. Y el Álvaro que vio en nada se parecía en aquel momento al que estaba acostumbrada a contemplar, ni siquiera en la excursión que habían realizado los tres. Estaba relajado y feliz, tanto que dudó si acercarse o dejarles jugar solos un rato más. Pero Berta la descubrió y la llamó.

—¡Lucía!

—Ya estoy aquí.

Saltó inmediatamente de las piernas de su padre sobre las que estaba sentada y corrió hacia ella.

—¿Te ha dicho Susana que hagas un dibujo?

—No, solo hemos charlado.

—¿De qué?

—De ti.

—¿Y qué le has dicho de mí?

—Hum... que eres una niña muy mala, que no te comes todo el plato y que no me ayudas en la enfermería.

—Eso no es verdad, yo sí te ayudo.

Lucía se agachó y la abrazó.

—Claro que sí, tonta. Solo era una broma. Le he dicho todo lo contrario.

—¿Juegas con nosotros a hacernos cosquillas?

—No, será mejor que sigáis vosotros. Yo tengo muchas, muchas cosquillas y lo paso muy mal cuando juego a eso. Me sentaré aquí y os miraré —dijo sentándose en un banco algo apartado, temiendo romper la complicidad existente entre padre e hija.

Álvaro había continuado echado sobre la hierba, con los vaqueros arrugados y la camisa medio abierta, y las miraba con atención. Berta se tiró sobre él y empezó a meter las manos por las axilas, y él gritó:

—Basta, basta, diablillo.

—No puedes conmigo... te voy a ganar.

—Seguro, eres mucho más fuerte que yo.

—Soy tan fuerte como el tío Sergio.

—Yo soy más fuerte que el tío Sergio, nena.

—No, porque él no tiene cosquillas.

—Vaya, hombre...

Continuaron un rato más, hasta que al fin Álvaro dio por terminado el juego. Se levantó y se abrochó la camisa, que había perdido un botón en la refriega. Luego se quitó la hierba de los pantalones.

—También tienes en el pelo —dijo Lucía.

Él hundió las manos en el mismo y lo sacudió, pero la pequeña brizna continuó en su sitio.

—No, aún está ahí.

Volvió a repetir la operación y agitó la cabeza sin conseguir su propósito.

—Espera... —dijo acercándose, y alargando la mano cogió la misma que se había enganchado a la altura de la sien y la retiró. Tal como había esperado el pelo de Álvaro era suave y agradable al tacto. Le entraron muchas ganas de acariciárselo, pero se separó inmediatamente sin hacerlo.

—Berta, ¿qué te parece si nos vamos a comer? Llevaremos a Lucía a ese sitio que tú y yo conocemos.

—¿Ya nos vamos a comer? ¿Y después a casa?

—Bueno, si Lucía no tiene mucha prisa, después podemos ir a algún sitio.

Berta la miró esperando su respuesta.

—Estaré encantada, cariño.

La niña se volvió hacia Álvaro.

—¿Podemos ir al cine, papá?

—Tú mandas.

Entraron en un restaurante italiano donde padre e hija compartieron una pizza enorme, y Lucía pidió una más pequeña. Después fueron a un cine a ver una película infantil. Álvaro le compró a su hija un enorme cartucho de palomitas.

—¿Te importa ver esto? —le preguntó a Lucía mientras sacaba las entradas. Ya sé que es de dibujos, pero no tiene muchas oportunidades de ir al cine.

—Claro que no, me gustan los dibujos.

—Te prometo que mañana te dejaremos en paz.

—No digas tonterías. Estoy disfrutando de un día de vacaciones pagadas.

Una vez en el cine y apenas empezó la película, Berta, sentada entre Álvaro y ella le cogió la mano y en un momento en que la pantalla producía la suficiente luz como para ver la sala, pudo comprobar que la otra la tenía agarrada a la mano de su padre. Y se sintió extraña pensando que cualquiera que les viese podría pensar que eran una familia. Cuando salieron Álvaro quiso invitarlas a merendar, pero Berta, después del atracón de palomitas fue incapaz de comer nada. Ellos tomaron un café y se metieron en el coche cuando ya casi oscurecía.

Berta, agotada, se quedó dormida contra su costado y Lucía la cogió en brazos, colocando el cinturón de seguridad alrededor de ambas. Álvaro las contempló por el espejo retrovisor, la imagen de su hija en brazos de aquella mujer que había entrado en sus vidas hacía apenas un mes y que había sabido ganarse el afecto de la pequeña. Y se sintió extrañamente conmovido.

Capítulo 16

Había sido un día especialmente tranquilo en la enfermería. En realidad, toda la semana. El grupo de huéspedes que estaba en el centro de ocio era en su totalidad gente joven y bien preparada físicamente y apenas había habido lesiones ni habían acudido a solicitar sus servicios.

Lucía estaba bastante aburrída, y pasaba mucho tiempo con Berta. Le ayudaba a practicar los números y le enseñaba a dibujar. La pequeña figura se había hecho familiar en la enfermería y tenía que reconocer que cuando no estaba allí le echaba de menos. Su llamada habitual y tímida a la puerta, le hizo sonreír.

—Pasa...

La niña entró y le mostró una carta que llevaba en la mano.

—Toma, mi tía me ha dado esta carta para ti.

—Gracias —dijo cogiéndola. La verdad era que hacía bastantes días que no recibía noticias de Roberto, pero había estado tan ocupada que apenas se había dado cuenta.

—Tengo que volver a recepción, mi tía me necesita.

—De acuerdo, cariño; ya nos vemos luego.

—¿Puedo cenar en tu mesa?

—Por supuesto, si papá no tiene inconveniente.

—Hasta luego.

Berta se marchó y Lucía se sentó en la banqueta dispuesta a leer la carta con tranquilidad. Rasgó el sobre y sacó el papel.

«Hola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo por tu paraíso particular? Espero que sea tan fantástico como esto. Por aquí todo va muy bien, a pesar de que el tiempo sigue lluvioso. Pero ya sabes que a mí eso no me importa. La amante del sol eres tú.

Te estarás preguntando por qué he tardado tanto en escribirte, pero he estado muy ocupado, con trabajo ¿eh? No pienses mal. Y además quería esperar para darte una noticia que estaba esperando, y al fin se ha producido. Ya me avisaron que estaban muy contentos con mi trabajo y me han ofrecido un contrato para cuando termine el cursillo, dentro de una semana. Y he decidido aceptarlo. Me encanta Londres y su gente, el ambiente cosmopolita de la ciudad. A ti también te gustará, estoy seguro, si

excluimos al clima; porque te vendrás conmigo, ¿verdad? Si no ahora, más adelante. La enfermeras están aquí muy cotizadas y encontrarías trabajo rápido; incluso podrías elegir. Estoy deseando verte, pero seguramente no podrá ser hasta Navidad, salvo que te tomes unos días y vengas antes de empezar el curso, o que decidas venirte definitivamente...»

Lucía apartó la carta por un momento y se quedó pensativa. Trató de asimilar el contenido de lo que estaba leyendo, y le costó trabajo. Luego, continuó la lectura, y solo encontró Londres, Londres, Londres... Era evidente que Roberto estaba impresionado tanto por la ciudad como por todo lo que la rodeaba. No podía pensar con claridad y mirando el reloj comprobó que aún tenía una hora antes de la cena. La tarde estaba tranquila, la única actividad que se estaba desarrollando era la del tiro con arco, y también Álvaro estaba haciendo una ruta corta, casi un paseo, por lo que no era probable que nadie necesitara sus servicios, así que cerró la enfermería, se dirigió a recepción y le dijo a Carolina que iba a dar un paseo por los alrededores y que si había alguna urgencia la localizase por el móvil. Y se encaminó a un rincón apartado cerca del lago que rodeaba su cabaña, entre los árboles que rodeaban el paint-ball, donde le encantaba sentarse cuando tenía un rato libre. Allí podía disfrutar casi a cualquier hora de un poco de intimidad, además de sentirse tranquila y relajada, cosa que en aquel momento necesitaba mucho.

Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en uno de los árboles y volvió a releer la carta. Sí, no se había equivocado en su primera impresión. Roberto le decía que se quedaba en Londres... y le pedía que se fuera con él, si no ahora, más adelante. Pero si una cosa tenía clara era que no quería irse a Londres; quería seguir en España, en su colegio, trabajando con niños. Y eso planteaba otro problema, porque si Roberto se quedaba y ella no quería irse lo más probable fuera que su relación acabara por irse al garete. Y se sorprendió al comprobar que no le importaba demasiado.

Analizó el mes largo que llevaban separados y se dio cuenta de que no le había echado tanto de menos como esperaba, que echaba más en falta a Berta cuando alguna tarde no pasaba por la enfermería, que a él. Que le daba igual que Roberto regresara a España o se quedara en Londres, que le daba igual volver a verlo o no. Y supo que una etapa de su vida había terminado.

Permaneció allí sentada analizando su relación con Roberto y recordando las palabras que Sonia le había repetido tantas veces de que la suya era una relación muy

rara. Su amiga siempre había dudado de que ella estuviera enamorada de Roberto y Lucía estaba empezando a pensar que había tenido razón.

Unos pasos apagados a su espalda, por el camino que llevaba hasta el paint-ball, le hicieron volver la cabeza. Álvaro avanzaba hacia ella, y no parecía sorprendido de verla allí.

—¿Me buscabas?

—Sí.

—¿Hay algún problema en la enfermería?

—En la enfermería, no. ¿Lo tienes tú?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque he vuelto de mi ruta y me ha extrañado encontrar a Berta en recepción con mi hermana. Normalmente por las tardes suele estar en la enfermería contigo. Carolina me ha dicho que habías recibido una carta y que habías cerrado antes de tiempo y te habías marchado. Y que ibas muy seria.

—No se le escapa nada, ¿eh?

—Es difícil. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro.

—¿O tal vez prefieres estar sola? Si es así, no quisiera molestarte. Es solo que me ha resultado extraño y he querido asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien... solo necesitaba pensar. Voy a terminar con mi novio —añadió.

Álvaro la miró fijamente a los ojos, cosa que raramente hacía, y susurró:

—Si te sirve de consuelo, sé cómo te sientes.

—Probablemente no.

—¿Ha conocido a otra en Londres? ¿Te deja por ella?

—¿Qué te hace pensar que es él quien ha cortado la relación?

—Bueno, tú viniste aquí enamorada, y no has conocido a otro; eso puedo afirmar. Vives exclusivamente para la enfermería y para mi hija. Y no vas a dejar a tu novio por ella, ni por el paracetamol...

—A pesar de eso, soy yo la que va a cortar. Le han ofrecido trabajo y va a quedarse en Londres; en realidad me ha pedido que me vaya con él, pero no quiero hacerlo.

—¿Prefieres terminar?

—Sí. ¿Te parece raro?

—Un poco.

—Me he dado cuenta de que no estoy tan enamorada de Roberto como para dejarlo todo y seguirle. De que quizás no estoy enamorada en absoluto. Quizás es que yo no soy capaz de amar a un hombre de una forma total. Sonia siempre decía que la nuestra era una relación muy rara... sin sexo. Para ella el sexo es lo segundo; lo primero es conocer a alguien.

—¿No te gusta el sexo?

—No lo sé. Nunca he sentido deseos de mantener relaciones sexuales con nadie; ni siquiera con Roberto, a pesar de que llevábamos saliendo juntos bastantes meses. No me importa que te rías de mí como hace ella, pero a mis veintitrés años aún soy virgen; y no tengo ninguna prisa por cambiarlo.

—¿Quieres llegar virgen al matrimonio?

—No es eso... solo quiero que sea algo especial. Para hacer el amor con alguien tengo que desearlo, y hasta ahora no me ha sucedido con nadie. Ni siquiera con Roberto.

—Haces bien; nunca hagas algo que no desees con mucha intensidad, luego siempre te acabas arrepintiéndote —dijo él con voz extraña.

Se hizo un breve silencio, que Álvaro rompió.

—¿Por qué me has contado todo esto? Son cosas muy personales.

—Quizás porque sé que no vas a poner una pancarta en recepción anunciando mi virginidad.

—No me refiero solo a eso, sino a lo de tu novio y todo lo demás.

—Tal vez porque has venido hasta aquí para preguntarme qué me pasaba. Si lo has hecho es porque te importaba, tú no eres una persona precisamente amable, ni hipócrita. No haces las cosas por compromiso ni por quedar bien.

Álvaro esbozó una mueca, casi una sonrisa, pero sin llegar a serlo del todo. Lucía pensó que eso era mejor que nada.

—Debí parecerme el tío más borde del mundo cuando hablamos por primera vez.

—La verdad es que sí. Alucinaba cuando me dijiste que no te ibas a acostar conmigo.

—Ahora que te conozco imagino cómo debiste sentirte. Lo siento.

—No importa. Ahora que yo también te conozco imagino cómo debes sentirte tú

para soltarle una cosa así a alguien que acabas de conocer.

Álvaro no contestó sino que se puso a jugar con una ramita haciendo surcos en el suelo.

—¿Todavía la quieres? —preguntó Lucía casi sin darse cuenta de que había formulado una pregunta. Se arrepintió al contemplar como el rictus de la boca de Álvaro, ya habitualmente amargo, se hacía más rígido y sus ojos centelleaban no sabía con qué tipo de sentimientos.

—Perdona, no he debido preguntarte eso... no es asunto mío.

—Olvidalo. ¿Aún sigues creyendo que yo no la maltrataba?

—Más que nunca.

—Pues lo hice... Aquel día lo hice. Yo la quería, la quería mucho. Nos conocimos aquí, en el centro de ocio un año que ella vino de vacaciones y empezamos a salir. Ella vivía en un pueblo cercano, nos veíamos siempre que yo tenía tiempo libre. Llevábamos un año juntos cuando se quedó embarazada. Yo tenía veintiún años y ella diecinueve. Bárbara quiso abortar, pero yo la convencí para casarnos y tener la niña; tenía trabajo y nos queríamos... o al menos yo. Pero desde el mismo momento en que nació Berta empezó a cambiar, se sentía frustrada por tener que cuidar de un bebé, y eso que la niña era muy buena, no daba ruido. Vivíamos en el pueblo, ella no quería estar aquí, en el centro, alejada de todo. Yo iba a casa por las tardes, cuando terminaba la jornada; ya sabes que en verano son muy largas, pero volvía ilusionado por estar con ella y con Berta. Me recibía casi siempre con mala cara, reprochándome que pasaba el día sola cuidando de la niña. Quería que dejara esto y que me fuera al pueblo con ella, pero yo no sabía hacer otro tipo de trabajo, y además intuía que aunque lo hiciera, eso no arreglaría las cosas. Aun así busqué otro empleo, pero resultó difícil porque en el pueblo no hay mucho donde elegir. Al ver que lo había intentado pareció conformarse y las cosas empezaron a ir un poco mejor. Pero cuando Berta tenía casi tres años observé que empezaba a dormir mal por las noches a pesar de que siempre había sido una niña muy tranquila y nunca había tenido problemas con el sueño. Como la cosa empeoraba consulté con un psicólogo y me dijo que no me preocupase, que había entrado en una edad en que los niños empiezan a padecer terrores nocturnos, que se le pasaría con el tiempo, y no le di más importancia.

Un día pilló una fuerte amigdalitis, llevaba un par de noches con fiebre alta y me fui al trabajo muy preocupado. El grupo que debía ir de excursión conmigo había ido

al pueblo la noche anterior y empezaron a sufrir trastornos estomacales, por lo que decidimos suspender la ruta y yo aproveché para irme a casa...

Álvaro hizo una pausa y tragó saliva, como si le costara trabajo seguir. Lucía colocó una mano sobre su brazo.

—No hace falta que sigas...

—Quiero que tú lo sepas... solo dame un minuto. Nunca he hablado de esto más que con Susana; ni siquiera mi familia conoce todos los detalles, solo los hechos más escuetos. Pero han pasado dos años largos y creo que ya es hora de que lo afronte hasta en sus últimos detalles. Y nadie se merece la confianza más que tú, que has creído en mí sin siquiera conocerme.

Respiró hondo y continuó.

—Cuando aquella mañana abrí la puerta de mi casa lo primero que oí fue el llanto alterado de Berta. Era un llanto histérico, con la voz rota de llevar mucho tiempo así. Me dirigí hasta su habitación y la encontré atrancada por fuera para que no pudiera abrirla. La desbloqueé y me quedé aterrado. La niña estaba tirada en el suelo, las mejillas enrojecidas, respirando entrecortadamente, los ojos desorbitados, agitándose todo su cuerpo como si fuera presa de un ataque de histeria. Se había hecho sus necesidades encima a pesar de que ya las hacía en el baño. Me acerqué a cogerla y ardía de fiebre... la abracé y conseguí calmarla un poco, y con ella en brazos me dirigí a buscar a mi mujer, que no me había oído llegar, enfadado como nunca lo había estado en mi vida. Al salir al pasillo me di cuenta de que salía música de nuestra habitación, y entré furioso.

Álvaro se paró otra vez y Lucía pudo notar cómo los músculos del brazo se tensaban bajo su mano. Unos minutos después, él continuó.

—Estaba en la cama con un tío al que yo conocía del pueblo. Te juro que en aquel momento me importaba mucho menos el que me estuviera poniendo los cuernos que el estado en que estaba la niña, sin que ella la hubiera atendido. Solté a Berta en el suelo y sin decir palabra me fui hacia ellos. Estaba encima de aquel tío, la agarré del brazo y de un tirón la saqué de la cama. Nunca antes me había sentido tan enfadado como en aquel momento... Al pisar el suelo perdió el equilibrio y cayó sobre el respaldo. Se rompió dos costillas. Estuvo en el hospital... Yo sabía que después de aquello si nos separábamos perdería la custodia de Berta y lo último a lo que estaba dispuesto era a que Bárbara se quedara con ella. Y mucho menos después de lo que me había

encontrado aquella mañana. Fui a verla al hospital, me tragué mi orgullo, mi dolor y mis celos y le dije que estaba dispuesto a declararme culpable de malos tratos y de todo lo que quisiera. Que le pagaría una pensión a cambio de que se marchara de mi vida y de la de Berta y renunciara para siempre a la custodia de la niña. Aceptó; sabía que si yo la denunciaba a ella por adulterio, tendría a la niña, pero no pensión alimenticia alguna, y tampoco le entusiasmaba la idea de cuidar de Berta ella sola el resto de su vida. Pero yo también sabía que si no le daba la oportunidad de vivir a mi costa, si la hacía quedar como culpable exigiría a la niña solo por hacerme daño. Aceptó, pero de alguna forma tenía que vengarse de mí, según decía ella, de los tres años espantosos que le había hecho pasar encerrada en casa, haciendo de niñera. Ella me culpaba a mí de haberse quedado embarazada, y en cierto modo tenía razón. La muy perra me denunció no solo por malos tratos sino también por violación. Estuve ocho meses en la cárcel, el juez fue benévolo.

—¿No pediste una prueba de ADN?

—Eso hubiera significado un juicio que podría haber acabado con el acuerdo que ella y yo habíamos hecho. Solo quería que saliera de mi vida y sobre todo de la de Berta lo antes posible. Pero me costó la custodia de la niña. Cuando salí de la cárcel el juez se la había dado a mi hermana y a mi padre, a los que nunca podré agradecerles lo bastante que la solicitaran y se hicieran responsables de ella en mi lugar. Como ya sabes yo no puedo estar con mi hija sin que haya algún otro adulto presente que se comprometa a defenderla de mí en caso necesario. De mí, que me dejaría matar antes de levantarle una mano —comentó con amargura.

Lucía sintió el dolor en las palabras de Álvaro.

—Debe ser terrible para ti... —susurró.

—Al menos la protejo de su madre.

Él había agachado la cabeza.

—Ya sabes toda la historia. Es cierto que fui muy brusco con ella..., que tuve la culpa de que se partiera las costillas. Yo nunca antes le había puesto una mano encima más que para acariciarla, al parecer no con mucho acierto, puesto que se buscó a otro. Y jamás la violé..., jamás la toqué sin que ella quisiera, por mucho que sabía que se fingía dormida con frecuencia.

Lucía miró su mano que seguía jugando con la ramita y pensó que a pesar de su fuerza debía ser tierno y suave haciendo el amor, que cualquier mujer debía ser idiota

para fingirse dormida en su cama. Le acarició el brazo sin pensar y él lo retiró rápidamente, como si le quemara. Parecía no haberse dado cuenta hasta ese momento de la mano de ella. Se volvió a medias.

—Respecto a tu pregunta de antes, ya no la quiero... dejé de hacerlo aquella noche. El amor se esfuma muy rápidamente cuando te hacen daño. Durante un tiempo la he odiado, pero creo que eso también va pasando. Susana dice que no lo superaré del todo hasta que la vea con indiferencia, y hasta que pueda acercarme a cualquier otra mujer con naturalidad y acepte que no todas son como Bárbara, pero aún no es así. Como comprenderás no voy a burlarme de ti porque a los veintidós años sigas virgen... yo llevo dos sin acostarme con una mujer y tampoco tengo intención de que las cosas cambien. Ni siquiera lo deseo.

—Eso es fantástico. Podemos tratarnos sin problemas... ninguno de los dos tiene el menor deseo de acostarse con el otro. Podemos ser colegas, incluso tú puedes olvidar que soy una mujer y verme como a uno de tus hermanos.

Él esbozó la mueca con la que intentaba simular una sonrisa y exclamó:

—Tampoco te pases, habría que estar ciego para confundirte a ti con un hombre.

—Tú me has entendido.

—Sí.

—Y ahora será mejor que nos marchemos o nos perderemos la cena. Le prometí a Berta que cenaría en mi mesa y me estará esperando.

—Gracias por lo que estás haciendo por ella.

—Deja de dar las gracias o perderás la fama de «ogro del centro de ocio».

—¡No, por favor! Tengo que mantener mi reputación, esto se cotiza mucho más con ogro incluido.

Acostada en la cama con la vista clavada en el techo, Lucía rememoró todo lo ocurrido aquella tarde desde la carta de Roberto hasta la confesión de Álvaro. Había sido una tarde extraña, y ella se sentía más extraña aún. No dejaba de repetirse que iba a cortar con su novio, con alguien con quien llevaba varios meses y no sentía nada; ni dolor, ni tristeza. Se daba cuenta de que ni siquiera le había echado de menos en el mes largo que llevaban separados.

Había otra cosa que la llenaba de alegría, y era el hecho de que Álvaro hubiera confiado en ella y le hubiera contado lo ocurrido aquel día. Y haber podido

comprobar que no se había equivocado con respecto a él, aunque nunca lo había dudado. Quizás su alegría se debiera al hecho de que él se hubiera abierto a ella, de saber que poco a poco se había ganado su confianza. También le alegraba que hubiera ido a buscarla para ofrecerle su consuelo. El que lo hubiera hecho le indicaba que también la apreciaba. Porque ella, a través de Berta había llegado a sentir un gran afecto por Álvaro.

A su mente acudieron las palabras de Susana el día que acudió a su consulta: «Álvaro es un hombre muy atractivo». Sí, lo era; pero ella no lo veía de esa forma... ¿O sí? No, estaba segura de que no. La noche que le dio el masaje no había sentido más que músculos tensos entre sus manos... músculos como los de cualquier otro. No había nada más, estaba segura.

Consciente de que la falta de sueño no iba a desaparecer, y aprovechando que Sonia volvía a pasar la noche con Sergio, cada vez eran más frecuentes sus noches juntos, decidió aprovechar y escribirle a Roberto para poner fin a algo que no tenía sentido. Cuanto antes mejor, no quería que él continuara haciéndose ilusiones.

Se levantó y se sentó a escribir. No sabía cómo empezar, no le parecía correcto terminar una relación por carta, pero no podía esperar hasta navidad que él volviera a España para hacerlo. De pronto, sentía una urgente necesidad de verse libre de aquella historia.

«Querido Roberto —escribió—. He recibido tu carta esta tarde y tengo que confesarte que me ha hecho sentir muy extraña. Me alegra enormemente que te sientas tan a gusto en Londres y que te hayan ofrecido la oportunidad de continuar allí el trabajo. También me halaga que hayas pensado en mí, en que pueda acompañarte si no ahora en el futuro, pero debes descartar esa idea de tu cabeza porque yo no quiero ir a Londres. No me entiendas mal, no te estoy tratando de decir que no aceptes el trabajo... en realidad lo que te estoy diciendo es mucho más que eso. Me resulta un poco difícil, porque no quiero hacerte daño, pero creo que lo mejor es que dejemos nuestra relación. No te sientas mal, no tiene nada que ver con el hecho de que te quedes allí, simplemente, al estar separados he comprendido que no te amaba lo suficiente, y ahora que se me presenta la posibilidad de dejarlo todo para irme contigo me doy cuenta de que no deseo hacerlo. Espero no hacerte daño, te juro que es lo último que deseo porque te quiero mucho, aunque ahora entiendo que solo como

amigo. Sé que suena a tópico, pero es lo que siento. Si quieres que lo hablemos puedo llamarte, pero creo que expresaré mejor mis sentimientos por carta que por teléfono. De verdad que me cuesta decirte todo esto, pero tengo que ser sincera contigo. Quizás Sonia tenía razón y lo nuestro no era una relación normal, al menos por mi parte. No sé si algún día llegaré a querer a alguien como pienso que se debe amar al hombre con quien vas a compartir tu vida. Quizás no, pero el problema está en mí, no en los hombres y tú no tienes que sentirte culpable. No he sido del todo sincera contigo, hay algo en mi pasado que quizás me impide mantener una relación normal, enamorarme de una forma total... Lo siento. Si vuelves a España por Navidad como has anunciado me gustaría verte y hablar de todo esto, pero te ruego que a partir de ahora dejes de pensar en mí como en alguien tuyo. Busca una chica que te aprecie y te dé lo que yo no puedo darte. Un beso. Lucía.»

Cerró el sobre sorprendida por la frialdad con que cortaba con una etapa de su pasado, ella que era bastante sentimental y decidió volver a la cama, aunque sabía que el sueño seguiría negándose a acudir.

Capítulo 17

Sonia bajó de la canoa donde había participado en la actividad de remo junto con Quique. Era la que menos le gustaba de todas las actividades que se desarrollaban en el centro de ocio, pero Antonio insistía en que fuera rotando en todas y cada una de ellas.

Sentía los brazos entumecidos y los hombros cargados; esperaba que Sergio le diese un masaje que la aliviara, como hacía siempre después de una tarde con su hermano en el lago.

Se acercó hasta el rocódromo buscándole, pero no le encontró, y regresó a la zona de recepción. Justo en la puerta de la enfermería le divisó hablando con una chica pelirroja a la que parecía conocer muy bien. La actitud de ambos era, si no íntima, bastante cómplice, y aunque sintió unas ganas feroces de interrumpirles y marcar territorio, no lo hizo. Se acordó de sus propias palabras de que lo suyo solo iba a ser un poco de buen sexo veraniego, y se replegó sin que él la hubiese visto siquiera.

Al girarse se topó con Quique, que miró por encima de su hombro la conversación de Sergio con la chica.

—¿Dónde vas tan deprisa, mujer?

—A mi cabaña, a darme una ducha, que buena falta me hace. Me has hecho sudar tinta esta tarde.

—No es para tanto. Al menos no para que corras de esa forma.

—No estoy corriendo.

—Es Elsa.

—¿Quién es Elsa?

—La chavala que está hablando con mi hermano. Se vieron algunas veces el año pasado.

Sonia se encogió de hombros.

—No me interesa quien sea. Es cosa de él.

—¿Seguro?

—Por supuesto. Entre tu hermano y yo no hay nada, solo nos acostamos de vez en cuando; él tiene sus amigas y yo los míos —dijo tratando de no pensar que ella no había mirado a otro hombre en el tiempo que llevaba en Gredos más que a Sergio.

—En ese caso, ningún problema.

—Por supuesto que no.

—Bien, entonces ve a darte tu ducha. Nos vemos en el comedor.

Llegó a la cabaña desierta. Lucía aún no habría cerrado la enfermería, de modo que disponía de la ducha para ella sola el tiempo que necesitara.

Se desudó y se coló bajo el chorro templado y permitió que las gotas cayeran con fuerza sobre sus hombros doloridos, aliviando la tensión, porque intuía que esa noche iba a tener que prescindir del masaje habitual.

Se dijo que se alegraba de tener una noche para ella, las últimas semanas había dormido casi todos los días con Sergio y era bueno un lapsus, que a ambos les recordara que lo suyo era algo circunstancial y que no se tenían en exclusiva.

Se lo dijo y se lo repitió una y otra vez, pero no logró sentirse mejor ni aliviar la bilis ácida que amenazaba con desbordar su estómago desde que les había visto juntos.

Cuando sintió la puerta de la cabaña abrirse y cerrarse a continuación cortó el chorro de agua y envolviéndose en una toalla salió a encontrarse con su amiga.

—Toda tuya la ducha. Hoy necesitaba ser la primera, estaba terriblemente sudada después del remo.

—Sin problema.

—¿Qué tal tu día?

—Tranquilo. Solo algunas caídas sin importancia, una migraña y poco más. Berta ha estado conmigo casi toda la tarde dibujando.

—Pasas demasiado tiempo con esa niña.

—Me encanta estar con ella.

Sonia movió la cabeza dubitativa.

—En vez de aprovechar el tiempo para divertirte y vivir experiencias que nunca más vas a experimentar, te dedicas a hacer de niñera.

—Me encantan los niños, ya lo sabes.

—Anda, dúchate y vamos a cenar, que me estoy muriendo de hambre.

—¿Ya quieres cenar? Es pronto.

Aún no eran las ocho de la tarde, normalmente se apuntaban al segundo turno de comida, el de los españoles.

—Ya te he dicho que estoy hambrienta —dijo un poco más seca de lo habitual.

—Vale, vale, no te pongas así. En un momento me ducho y nos vamos al comedor.

Veinte minutos más tarde, ambas amigas llegaban al claro donde estaba situado el comedor. El recinto estaba plagado de extranjeros degustando enormes platos de comida. Lucía, a una hora tan temprana apenas tenía apetito por lo que se sirvió una ensalada y unas lonchas de jamón cocido. Tras ella, Sonia también llenó su plato con una cena ligera. Después se sentaron a una mesa apartada.

—¿Solo vas a comer eso? Creía que estabas hambrienta.

—Y lo estoy, pero eso no significa que me atiborre como una cerda.

—Luego lo vas a quemar, mujer —rio Lucía aludiendo a sus noches con Sergio.

Sonia no respondió y se limitó a comer en silencio. Lucía desistió de preguntarle nada más; sabía que cuando su amiga se encerraba en su mutismo era imposible hacerle hablar.

Comieron mientras mantenían una amigable charla insustancial sobre el tiempo, el remo y las actividades programadas para el día siguiente. Después, Sonia se levantó y le dijo a su amiga:

—¿Vamos?

—¿Dónde?

—A la cabaña. Veamos si hay alguna película interesante que ver.

—¿Hoy no duermes con Sergio?

—No, vamos a darnos un descanso esta noche.

—¿Idea tuya o de él?

—De los dos.

—Ah. ¿Por eso estás enfadada?

—Yo no estoy enfadada.

—Si tú lo dices...

Entraron en la cabaña y Sonia se echó en la cama vestida y conectó el televisor, empezando a pasar canales rápidamente.

—¿Quieres ver algo en particular? —le preguntó a Lucía.

—No, yo voy a leer un rato. Pon lo que quieras.

Siguió pasando canales hasta detenerse en una película, una comedia romántica que

acababa de empezar.

Clavó la mirada en la pantalla tratando de concentrarse, pero no dejaba de removerse inquieta. De vez en cuando miraba el móvil a pesar de saber que en la cabaña había escasa cobertura, por no decir ninguna, y luego volvía a la película.

Se escucharon pasos fuera, de alguien que circulaba por el camino, y por un instante contuvo el aliento, pero los pasos llegaron hasta la puerta de la cabaña y siguieron alejándose hasta perderse en la noche. Apretando los dientes, volvió a tratar de concentrar su atención en la trama que se desarrollaba en la pantalla.

Lucía la observaba en silencio.

—¿No te pones el pijama? —le preguntó en un momento en que la vio soltar el botón del pantalón blanco que llevaba para estar más cómoda.

—Sí... ahora. Cuando termine la película.

—¿Por qué no le llamas?

—¿A quién? —dijo sin apartar la mirada de la televisión.

—¿A quién va a ser? A Sergio. Estás que te mueres por irte con él.

—Claro que no.

—Vale, lo que tú digas. Pues sigue ahí comiéndote las uñas toda la noche.

—Lucía —dijo tratando de explicar a su amiga como si de una niña pequeña que no comprendía se tratase—, lo mío con Sergio es lo que es y es bueno que de vez en cuando cambiemos de compañeros de cama. Para que no se nos olvide.

—De modo que es eso, que está con otra.

—No lo sé. Solo le estoy dando la oportunidad si le apetece.

—En ese caso todo está bien, ¿no?

—Por supuesto.

Lucía agitó la cabeza levemente y volvió a su lectura.

Durante un rato más Sonia fingió prestar atención a la pantalla, y luego, con gesto de hastío apagó el receptor y se dispuso a dormir. O a intentarlo.

A la mañana siguiente las dos amigas se despertaron temprano. Leves ojeras se dejaban ver en el rostro de Sonia, pero al mirarse al espejo se dijo que maquillarse para una ruta de senderismo con Álvaro no era aconsejable si no quería pasarse toda la jornada con el maquillaje corrido. A pesar de que no partirían hasta media mañana

se levantó a la par de Lucía, madrugadora por naturaleza, incapaz de quedarse en la cama ni un minuto más. Se sentía agitada, su noche había estado plagada de sueños extraños y contra lo que era habitual en ella se había despertado varias veces.

Se vistieron y se dirigieron al comedor, casi desierto a esa hora. Dos parejas de mediana edad y Álvaro sentado a su mesa habitual en un rincón. Este las vio pasar a su lado y las observó en silencio sentarse a varias mesas de distancia, limitándose a responder al escueto «buenos días» que las chicas le dirigieron.

Sonia tenía poco apetito, pero consciente de que las rutas con Álvaro eran agotadoras se esforzó en alimentarse bien.

Después, colocaron las bandejas con los restos en el carro habilitado para ello y salieron. Apenas tras pasar por la puerta se toparon con Sergio, que les salía al encuentro.

—¡Sonia! —llamó.

Esta se detuvo frente a él. Lucía, discreta, siguió andando y entró en la enfermería.

—Hola, Sergio.

Él agachó ligeramente la cabeza para mirarla a los ojos. Ella vio incertidumbre en la mirada azul.

—¿Estás enfadada por algo?

—¿Yo? No... ¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé... dímelo tú.

—En absoluto.

—Anoche no estabas en el comedor.

—Cené más temprano con Lucía.

—Después de la cena te busqué en el salón y tampoco te encontré.

—Nos fuimos a la cabaña.

—¿Por algún motivo? Siempre nos reunimos allí para tomar una copa.

Y después solían irse a la habitación de él, fue la frase no pronunciada pero que quedó flotando en el aire.

—Pensé que quizás te apetecería hacer algo diferente anoche.

Sergio entrecerró los ojos ahondando en su mirada.

—¿Cómo de diferente?

Sonia respiró hondo. Si seguía mirándola así no iba a ser capaz de mantener la

pose de indiferencia con que se había cubierto para hablar con él.

—Te vi hablando con una chica ayer y me pareció que había química entre vosotros.

—O sea, que te quitaste de en medio para que yo me fuera con otra.

—Si te apetecía.

—Ya —dijo él endureciendo ligeramente la voz—. Pues no me apetecía.

Sonia abrió mucho los ojos, con una sombra de incredulidad reflejada en ellos, lo que hizo que se disipara el enfado que Sergio había empezado a sentir al escuchar sus palabras.

—¿No?

—Quizás deberías haberme preguntado.

—Sí... quizás.

Se quedaron mirándose fijamente a los ojos, como si nunca se hubieran visto antes.

—Entonces... ¿no has estado con ella?

—No.

Trató de que el suspiro de alivio que no pudo evitar no fuera demasiado evidente, y si lo notó, él no hizo comentario alguno.

—Estuve toda la noche dando vueltas en la cama tratando de adivinar qué demonios te había pasado para que desaparecieras sin dar ninguna explicación. Hasta llegué a pensar que eras tú quien se había ido con otro.

—¿Y... si así hubiera sido? ¿Te habría molestado?

Sergio se lo pensó un segundo antes de contestar.

—Me habría molestado que no me lo dijeras y me hubieras dejado esperando. Hay confianza suficiente entre nosotros y ambos sabemos lo que queremos de nuestros encuentros, ¿no?

—Claro.

Sergio alargó la mano y le acarició la cara, gesto que nunca había hecho antes en público. Durante el día se trataban como simples compañeros de trabajo y ninguno de ellos dejaba traslucir en absoluto las noches de pasión que compartían.

—Sonia... si te has cansado de esto... solo tienes que decirlo.

—No, no me he cansado. ¿Y tú?

Él negó con la cabeza y ella pudo ver en sus ojos ese brillo que los iluminaba justo

antes de besarla. ¿Iba a hacerlo allí, delante de la puerta del comedor, en medio del claro y expuestos a las miradas de todo el mundo?

—Yo tampoco —respondió conteniéndose—. ¿Nos vemos esta noche?

—Sí, claro... si quieres...

Él se inclinó y le dio un ligero beso en la mejilla.

—Hasta luego entonces... y prepárate, porque voy a hacerte pagar esta noche de incertidumbre, señorita —dijo guiñándole un ojo y con esa sonrisa pícaro que la volvía loca.

—Entonaré el «mea culpa» y aceptaré el castigo —dijo esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

La puerta del comedor se abrió y Álvaro salió por ella.

—Hasta luego, Sergio —se despidió preguntándose hasta dónde había visto Álvaro o hasta dónde imaginaba dada la mirada que les dirigió.

Después dio media vuelta y se dirigió a su cabaña a prepararse para la ruta que estaban por iniciar. Sergio miró a su hermano y encogiéndose de hombros susurró:

—Mujeres... ¿Quién las entiende?

Álvaro le palmeó el hombro y le sonrió enigmático, dirigiéndose también a preparar el trabajo.

Capítulo 18

Unos golpes fuertes y apresurados en la puerta de la cabaña sacudieron a Lucía de un profundo sueño. Saltó de la cama y corrió hacia la entrada. La cama de Sonia estaba vacía como casi siempre, debía ser ella; aun así preguntó:

—¿Quién es?

—Antonio... Abre, por favor, te necesitamos.

Giró la llave y le franqueó la entrada. El aspecto del hombre era alterado.

—Es Berta... está muy mal. Date prisa.

Tal como estaba, con un simple camisón de tirantes corrió tras él hacia el edificio de recepción. Nada más entrar se hizo cargo de la situación. Berta, inconsciente y con los ojos en blanco se agitaba en fuertes convulsiones mientras Álvaro la sostenía en los brazos gritando histérico su nombre.

—¡Berta, Berta!

La niña no respiraba. Lucía se abalanzó hacia ellos comprendiendo que la fuerza del abrazo nervioso de su padre le impedía respirar casi tanto como su propia crisis.

—¡Suéltala, Álvaro! Dámela.

—¡Déjame, es mi hija! ¡Berta!

—Antonio, ayúdame... la niña no puede respirar bien. Quítasela.

El hombre se acercó a su hijo y trató de quitarle a la niña de los brazos, pero este seguía aferrándola con fuerza. Lucía, impotente, le agarró del pelo y le dio un fuerte tirón aprovechando el momento de dolor e indecisión de Álvaro para agarrar a la niña y dándose cuenta de que ardía de fiebre la cogió en brazos sin oprimirla y preguntó:

—¿Dónde está el baño?

Carolina abrió una puerta y Lucía se precipitó hasta la ducha donde abrió el grifo y dejó que el agua cayera helada sobre sus cabezas empapándolas al instante. Se sentó en el suelo de la misma y tendió a Berta sobre su falda y agachándose sobre ella le hizo la respiración boca a boca hasta que reaccionó.

La pequeña abrió los ojos, visiblemente más calmada y la miró.

—Lucía... tengo frío.

—Ya lo sé, cariño; pero tienes que seguir aquí un poco más. Hasta que te baje la

fiebre.

Sintió que el cuerpo tembloroso se recostaba contra su pecho y la besó en el pelo mientras el agua caía sobre ellas. Alzó los ojos y vio a Antonio, Álvaro y Carolina que la habían seguido y la observaban en silencio. Se dirigió a Álvaro.

—Puedes cogerla ahora si quieres, ya respira mejor.

—No... sigue tú. Está bien contigo.

La temperatura bajaba lentamente y cuando Lucía creyó que era suficiente para que las convulsiones no se volvieran a repetir cerró la ducha y tendió la mano para que la ayudaran a levantarse, sin soltar a la niña. Tanto Antonio como Álvaro se acercaron hacia ellas y agarrándola cada uno por un brazo las alzaron a las dos a la vez y las envolvieron en una toalla.

—Carolina, ponle ropa seca y tráela a la enfermería. Quiero tomarle la temperatura y la tensión.

—Cámbiate tú también —le dijo Antonio—. Se te han puesto los labios morados.

—El agua está helada.

Envuelta en la toalla recorrió el sendero hasta su cabaña y tras secarse se puso un pantalón y una camiseta de manga corta y se dirigió a la enfermería. Al momento entraron Carolina y Álvaro que llevaba a la niña en brazos. Lucía le indicó la habitación interior con las dos camas.

—Acuéstala ahí, estará mejor que en la camilla.

Le puso el termómetro y le tomó la tensión. La temperatura era alta, pero no preocupante, y la tensión ligeramente baja.

—Abre la boca, Berta —le pidió.

Comprobó que toda la garganta, tanto las amígdalas como la faringe y la laringe estaban muy inflamadas por eso había tenido dificultades para respirar cuando la había abrazado con fuerza. Llevaba con fiebre toda la mañana y Antonio y Carolina la había llevado al médico que había diagnosticado una fuerte infección de garganta; pero nadie había imaginado una reacción como la que se había producido aquella noche.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó Álvaro con voz temblorosa aún.

—Como ya dijo el médico esta mañana tiene una tremenda infección de garganta y eso suele producir una fiebre muy alta. La fiebre ha debido subirle muy rápidamente y le ha producido convulsiones. ¿Le había pasado antes alguna vez?

—No, nunca —respondió Carolina, pero su hermano intervino.

—Yo creo que sí le pasó en otra ocasión, aunque me parece que lo superó sola. Cuando la encontré aquel día tenía el mismo temblor que en los brazos de Lucía en la ducha, hace un rato. —Se dirigió a esta—. ¿Crees que debemos llevarla al hospital?

—No... Esta vez ya ha pasado y yo me encargaré de que no le vuelva a suceder. El hospital está lejos y si le repite por el camino no tenemos una ducha helada donde meterla. Voy a dejarla aquí en la enfermería donde podré vigilarle la fiebre y la tensión continuamente. Y el antibiótico que le ha mandado el médico en jarabe se lo voy a administrar en inyección; es mucho más rápido. ¿Te parece? —le preguntó a Álvaro.

—No soy yo quien decide sobre Berta.

Lucía se enfadó.

—¡No seas gilipollas, Álvaro! La ley dirá lo que quiera, pero tú eres su padre. No lo haré si no me autorizas.

—¿Crees que es mejor?

—Sí. No voy a cambiarle ni el medicamento ni la dosis, solo la forma de administrarla. La inyección es mucho más rápida y notará la mejoría antes. Me preocupa mucho el poco espacio que tiene para respirar con las amígdalas tan inflamadas.

—¿Crees que puede asfixiarse?

—Espero que no sea para tanto. La mantendremos incorporada, eso la ayudará a mantener libre la faringe. Lo ideal sería que la tuviéramos en brazos.

—Yo la cogeré.

—Bien, pero antes voy a ponerle la inyección. Berta... —llamó.

Esa abrió los ojos brillantes de fiebre.

—Mira, nena, escucha lo que voy a decirte. Tengo que ponerte una inyección. Seguramente te va a doler un poquito, pero si te mueves te dolerá mucho más, así que vas a quedarte muy quieta mientras yo te pincho. Te prometo que te voy a poner una aguja muy pequeñita para hacerte el menor daño posible. Y tú vas a ser muy buena y no te moverás, ¿verdad?

—¿Si me quedo quieta se lo dirás a Susana?

—Claro que sí. Y además te llevaremos papá y yo de excursión otra vez a la catarata. ¿Verdad, Álvaro?

—Por supuesto.

—Ya verás lo bien que lo pasamos.

La niña obedeció. Lucía sabía que la inyección era bastante dolorosa y las lágrimas asomaron a los ojos de Berta, pero cumplió su palabra y no se movió.

—Ya está. Eres una campeona. Ahora como premio vas a dormir en brazos de papá. ¿Te gustaría?

—¿Sí, papá? ¿De verdad?

—Sí, cariño... ven —dijo él cogiéndola—. Ven conmigo.

Se sentó en la cama con la espalda apoyada en la pared y cogió a Berta en brazos, que se recostó contra su pecho y volvió a dormirse casi inmediatamente. La besó en el pelo y Lucía pudo ver en sus ojos un brillo demasiado intenso. Se volvió hacia Carolina.

—Puedes acostarte, si quieres. Ya está mejor; Álvaro y yo nos ocuparemos de ella.

—De acuerdo. Si hay algún problema, avisadnos.

—No te preocupes. Aunque hay algo que me gustaría que hicieras. Dile a tu padre o a alguno de tus hermanos que se acerque hasta el eucaliptal que hay cerca del rocódromo y me traiga unas hojas para hervirlas. Los vapores le ayudarán a respirar y le aliviarán la garganta.

—Enseguida te las traerán.

Lucía empezó a preparar un cacharro donde poder hervirlas y lo llenó de agua. En un cuarto de hora, Antonio llevó una bolsa con hojas y después se marchó de nuevo.

Lucía echó un puñado de hojas dentro del recipiente, que ya comenzaba a hervir y casi inmediatamente un olor intenso inundó la habitación.

—Me temo que nos va a tocar sudar —dijo—, pero le aliviará mucho. Además, el sudor ayudará a mantener la fiebre controlada.

Se volvió hacia la cama.

—Y ahora voy a ocuparme de ti.

—¿De mí?

—Me temo que te he debido hacer bastante daño al arrancarte un mechón de pelo de forma brutal. Lo siento, pero fue lo primero que se me ocurrió para que soltaras a la niña. Ya se le estaban poniendo los labios azulados.

—Estaba bastante alterado; cuando la vi, supe que era lo mismo que le había ocurrido en aquella ocasión. Cuando vi que no reaccionaba... creí que se me iba.

Gracias por intervenir.

Lucía se acercó a él con un algodón empapado.

—A ver, gira un poco la cabeza para que pueda curarte. En efecto, te he hecho una pequeña calva. Te va a escocer —dijo aplicándolo sobre la cabeza.

—Seré valiente. Si mi hija no ha gritado con la inyección yo no voy a ser menos.

—Ya está.

Le revolvió un poco el pelo tapándole la calva.

—Ahora ni siquiera se te ve.

Berta se removió un poco y Lucía le puso una mano sobre el cuello tomándole el pulso.

—¿Cómo está?

—Sigue con fiebre, pero no es demasiado alta.

Tanto padre como hija habían empezado a sudar profusamente. Álvaro rodeaba a la niña con ambos brazos manteniéndola ligeramente erguida y la respiración se le había hecho menos fatigosa. Álvaro parpadeó tratando de que el sudor que le goteaba por la frente no le entrase en los ojos. Lucía se acercó hasta él y le limpió la cara con un pañuelo.

—Gracias.

—De nada. Mi trabajo es atender a los enfermos.

—Pero no a los padres de los enfermos.

—También a los padres. Y ahora voy a darte algo para que te tranquilices.

—Estoy bien. No quiero nada que me dé sueño.

—Una tila no te dará sueño... y a mí también me sentará bien.

Salió de la habitación y volvió poco después con dos tazas.

—Las he enfriado un poco. Lo que menos necesitamos es algo que nos dé más calor —dijo alargándole la bebida. Álvaro hizo intención de soltar a Berta con un brazo, pero la niña se tambaleó ligeramente.

—No la sueltes... ha cogido una buena postura para respirar. Yo te la daré.

Alargó la taza hasta la boca y Álvaro bebió. Luego la soltó sobre una repisa y se tomó la suya. Él la contemplaba en silencio, la ropa empapada y pegada al cuerpo, el rostro brillante de sudor, el flequillo pegado a la frente.

—Si quieres puedes salir a la otra habitación; allí hará menos calor.

—No, es importante que vigile la respiración de Berta. Al menor cambio hay que actuar. No quiero que se vuelvan a repetir las convulsiones.

—¿Vas a quedarte despierta toda la noche?

—Por supuesto.

—Mañana tienes que trabajar.

—No es la primera vez que paso varias noches sin dormir. Estoy acostumbrada. He hecho guardias de hasta setenta y dos horas.

Se sentó en un sillón y se puso a leer, aunque no pudo concentrarse. No dejaba de adivinar sobre ella la mirada de Álvaro, fija y enigmática, y en un par de ocasiones en que lo miró le pareció adivinar que el rictus de su boca era menos tenso y un brillo extraño en sus ojos, que no sabía si era debido al sudor.

Dos horas más tarde se levantó y apagó el fuego que mantenía hirviendo las hojas de eucalipto.

—Se acabó la sauna por hoy.

—¿Crees que será suficiente?

—Sí; tampoco es cosa de que se deshidrate. Cuando se despierte la bañaremos para que se sienta más cómoda, pero mientras esté dormida, la dejaremos descansar. Las convulsiones resultan agotadoras. Si no te importa, voy a darme una ducha y cambiarme de ropa. Después puedo cogerla yo para que tú hagas lo mismo.

—Déjame estar con ella. No tengo muchas ocasiones de tenerla así... para mí solo.

—¿No hay forma de que revisen tu caso? Susana podría testificar en tu favor, y yo también.

—¿Lo harías?

—Claro.

—Si testificas a mi favor y luego no me comporto como debiera, tú saldrías perjudicada.

—¿Qué quieres decir con no comportarte como debieras?

—Podría volver a beber.

—No lo harías, si supieras que me perjudicarías con eso.

—Tienes razón, no lo haría. Anda, ve a darte esa ducha; tienes un aspecto espantoso.

Lucía sonrió.

—Ya sé que no puedo esperar cumplidos de ti, pero ¿tanto como espantoso?

Él se puso más serio de repente.

—Pero también te digo que nunca una mujer me ha parecido más hermosa que tú en este momento.

Lucía captó un matiz extraño en su voz y se sintió azorada ante sus palabras, pero reaccionó tomándolo a broma.

—No seas pelota; voy a seguir cuidando de Berta de todas formas. —Y salió de la habitación entrando en el cuarto de baño contiguo. Desde la cama, Álvaro escuchó el ruido de la ducha y no pudo evitar recordar la imagen de Lucía un rato antes cuando había mantenido a Berta bajo el agua con el fino camisón pegado al cuerpo, con los pechos transparentándosele bajo la fina tela, y se la imaginó ahora, desnuda bajo los chorros, quizás enjabonándose con la mano para quitarse el sudor. Y sintió un acuciante deseo sexual que hacía dos años no sentía. Desde la terrible mañana que cambió su vida y la de Berta, no había deseado a una mujer, ni siquiera había padecido las habituales erecciones matinales producidas durante el sueño. Pero ahora estas habían vuelto y afortunadamente Berta estaba sentada sobre él de forma que Lucía no pudiera advertir nada al salir de la ducha.

Trató de calmarse, de pensar en otra cosa, temeroso de hacer o decir algo de lo que más tarde se arrepintiera.

Apenas diez minutos después, Lucía salió vestida con una bata blanca, limpia y seca, con el pelo rubio aún húmedo goteando sobre los hombros, y se acercó a él.

—¿De verdad no quieres ducharte tú también? Puedo cogerla con cuidado para que no se despierte.

—No, ahora no.

—De acuerdo. Espera un momento.

Volvió al cuarto de baño y salió con una toalla húmeda que le pasó por la cara y el cuello.

—Al menos esto te quitará el pegajoso del sudor hasta que puedas ducharte.

Álvaro no contestó. Ni siquiera fue capaz de darle las gracias. Solo pensó: «Estate quieta, por favor... estate quieta».

Cuando acabó su tarea se echó en la cama contigua y trató de descansar un poco la espalda y las piernas mientras Álvaro había cerrado los ojos incapaz de dormir, pero también haciendo esfuerzos por no volver la cara y mirarla. Y así trascurrió lo que

quedaba de noche, que no era mucho.

Por la mañana, Álvaro y Carolina llevaron a la niña al hospital situado en un pueblo cercano a unos cincuenta kilómetros, para que le hicieran un reconocimiento. Estuvieron fuera casi todo el día, y Lucía hizo su turno en la enfermería ligeramente angustiada sin tener noticias. A mediodía le preguntó a Antonio, que se había hecho cargo de la recepción si sabía algo, pero este solo pudo decirle que había recibido una llamada de su hijo comunicándole que le estaban haciendo unas pruebas.

Regresó a su trabajo, y cuando estaba a punto de cerrar, Álvaro entró en la enfermería.

—Ya estamos aquí —dijo—. Me ha dicho mi padre que has preguntado un par de veces.

—Sí, estaba preocupada. Aunque ya sé lo que pasa en los hospitales, se sabe a la hora en que se entra, pero nunca a la que se va a salir. ¿Qué os han dicho?

—Efectivamente se trata de convulsiones, y sospechan al igual que yo que lo que le ocurrió la otra vez era lo mismo.

—¿Van a ponerle tratamiento?

Sí, tenemos que llevarla cuando se recupere. Y le han cambiado el antibiótico oral por uno inyectable. Me han dicho que probablemente el hecho de que tú se lo administraras así anoche evitó que volviera a repetirse la crisis y hace que se esté recuperando más rápidamente.

Lucía asintió. Álvaro dio un paso y se acercó hasta ella.

—También me han dicho que te arriesgaste mucho profesionalmente al hacer una cosa así, al tomar una simple enfermera una decisión de ese tipo sin prescripción médica.

Lucía no contestó. Ella sabía perfectamente el riesgo que había corrido. Sabía que podía costarle la inhabilitación por haberse excedido en sus facultades. Pero también sabía que si Berta hubiera vuelto a sufrir otro ataque de convulsiones aquella noche sin poderla llevar al hospital podría haber sufrido daños cerebrales irreversibles. Álvaro la miraba profundamente a los ojos, parado a pocos pasos de ella.

—No te estoy diciendo nada que no sepas, ¿verdad?

—No, claro que no. Una de las primeras cosas que nos enseñan a las enfermeras es hasta dónde podemos llegar y lo que nos puede ocurrir si nos pasamos de listas.

—¿Tan grave era para que te arriesgaras de esa forma?

—Podría haberlo sido. Si las convulsiones se repiten muy seguidas puede ser muy peligroso.

—No voy a darte las gracias de nuevo porque resultaría muy pesado, pero si alguna vez necesitas algo de mí... lo que sea, incluso mi vida, puedes contar con ella. Y aun así seguiré estando en deuda contigo por lo que has hecho por mi hija esta noche.

—No es para tanto.

—Claro que lo es. Dime, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

La mente de Lucía formuló un deseo que la paralizó de asombro «bésame». Después, reaccionando, le pidió otra de las cosas que deseaba de él.

—Sonríeme... a mí. No a Berta ni a tus hermanos, sonríe para mí. Así me demostrarás que me he ganado tu confianza y tu aprecio. Solo eso.

Él avanzó otro paso más, su expresión se dulcificó y por un momento Lucía pensó que su otro deseo iba a cumplirse también. Pero él se quedó a pocos centímetros de ella, sonriéndole no solo con la boca, sino también con los ojos.

—Ojalá te hubiera conocido hace diez años... —dijo.

—Hace diez años yo era una chiquilla larguirucha y canija, y además no era enfermera. He ganado con los años.

—Yo en cambio era un muchacho alegre y divertido; he empeorado, ahora mi vida está llena de sombras, Lucía.

—Estoy segura de que todavía lo eres, solo necesitas tiempo. Y las luces disipan las sombras.

—Tiempo e ilusiones... y de eso no tengo muchas.

—Volverás a tenerlas, estoy segura. Gracias por la sonrisa —añadió.

—De nada. Ha sido un placer sonreír para ti. Y ahora me temo que tengo que dejarte. Berta quiere que le cuente un cuento antes de dormir; ella y mi hermana me están esperando en la habitación. Hasta luego.

—Adiós, Álvaro.

—No olvides lo que te he dicho. Continúo en deuda contigo.

—Claro que no, estamos en paz.

Él dio media vuelta y se marchó y Lucía se sintió de pronto sola y vacía. Se dejó caer en la silla y ocultó la cara entre las manos y aceptó por fin lo que desde hacía

semanas se negaba a admitir. No podía luchar, no podía evitarlo; estaba enamorada de Álvaro como no lo había estado nunca de Roberto. Realmente había querido que la besara más de lo que había deseado nada en mucho tiempo. Hubiera dado cualquier cosa porque él la hubiera abrazado y la hubiera besado. Aunque solo hubiera sido eso, aunque no hubiera pronunciado ninguna palabra de amor. Sabía que las palabras de amor no llegarían, al menos no para ella. Álvaro estaba empezando a recuperarse de eso, estaba segura. No era el mismo que había conocido dos meses antes; pero de ahí a que estuviera preparado para iniciar una relación... ni siquiera una aventura. Sabía que solo era cuestión de tiempo, pero precisamente eso era lo que ella no tenía. Solo tenía dos semanas.

Por primera vez fue consciente de que agosto estaba finalizando y que a mediados de septiembre ella y Sonia terminarían el contrato y regresarían a Madrid. Y una opresión sorda se apoderó de ella y le estrujó el corazón.

La puerta de la enfermería se abrió de golpe y Sonia entró en ella.

—¿Todavía estás aquí? Hace rato que deberías haber cerrado. He ido a la cabaña y me ha extrañado no verte allí.

Lucía levantó bruscamente la cabeza. La expresión de Sonia se volvió ceñuda.

—Chica, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?

—Nada... me estaba quedando dormida. Me siento muy cansada.

—Sí, ya me han contado la movida de anoche. Lo siento mucho, pero ni Sergio ni yo nos enteramos de nada. Como dormimos en otro edificio...

—Ya. No te preocupes, lo controlamos.

—Anda, será mejor que nos vayamos o nos cerrarán el comedor.

—Sí, ya voy —dijo cansadamente, aunque no era físico el cansancio que sentía. Más bien era como si una losa muy grande y muy pesada hubiera caído sobre su ánimo. A pesar de que él le había dedicado la sonrisa más encantadora que le había visto desde que llegó. Ni siquiera a Berta le sonreía así.

Cuando entraron en el comedor Carolina comía en una de las mesas con su padre. Lucía se acercó a ellos.

—¿Cómo está Berta?

—Mucho mejor. Ahora tiene poca fiebre.

—¿Quién está con ella?

—Álvaro y Sergio.

—¿Está dormida?

—¡Qué va! Y no creo que se duerma pronto. En el hospital le han dado una cama mientras esperábamos los resultados de las pruebas y ha dormido todo el día. Y también venía dormida por el camino. Ahora me temo que se ha desvelado y nos va a costar Dios y ayuda hacerla conciliar el sueño.

—Me gustaría pasar a verla cuando termine de comer.

—Por supuesto. Y a ver si convences a mi hermano para que baje a tomar algo él también. No quiere separarse de su lado, aunque no ha comido nada en todo el día salvo un par de cafés esta mañana. A ti te hace caso.

—No creas.

Comió rápidamente y recorrió el camino hasta la habitación que Berta compartía con Carolina. Sentado en la cama de su hermana un Álvaro con aspecto agotado trataba de mantener los ojos abiertos, mientras Sergio, sentado en la cama de su sobrina contemplaba un dibujo que esta le estaba mostrando.

—Hola. ¿Es muy tarde para visitas?

—¡Lucía! —exclamó la niña al verla.

—Hola, tesoro —respondió esta acercándose a la cama y besándola—. Perdona que no haya venido antes a verte, pero estaba un poco ocupada.

—Yo no he estado aquí, he ido al hospital.

—Sí, ya lo sé.

—Mira, he hecho un dibujo para enseñárselo a todo el mundo. Seguro que tú sí sabes lo que son todas las cosas, no como el tío Sergio que no conoce nada.

—Por supuesto que lo sé, yo he trabajado en un hospital antes.

Sergio se levantó de la cama y le cedió su sitio. Álvaro no se movió.

—¿Por qué no vais a comer algo? Yo me quedaré con ella.

—No tengo hambre. Pero Sergio sí puede ir si tú te quedas aquí con nosotros el tiempo suficiente. Aunque estarás deseando coger la cama.

—Ya te dije anoche que estoy acostumbrada. El que parece a punto de desmayarse eres tú. Anda, ve a comer o te dará una lipotimia y entonces no serás de mucha ayuda si la niña te necesita. Además —dijo mirando a Berta—. Esta señorita y yo tenemos que hablar de lo simpáticos y lo guapos que son los médicos de los hospitales. Una

conversación de mujeres, y no queremos chicos por aquí, ¿verdad, Berta?

—Sí, sí... solo mujeres —palmoteó la pequeña.

—¿Veis? Aquí sobráis los dos. Id a comer.

Álvaro se levantó de la cama dispuesto a obedecerla.

—De acuerdo, pero no habléis mal de nosotros, ¿eh? No estaremos aquí para defendernos —advirtió a su hija.

—No, papá. Solo vamos a hablar del hospital y de los médicos guapos.

—Bien. Enseguida volvemos.

Al pasar junto a Lucía su expresión de cansancio se evaporó y le dedicó una sonrisa que la conmovió, porque en esta ocasión ella no se la había pedido. Se volvió hacia la niña.

—Bien, veamos ese dibujo.

Capítulo 19

Una vez más Lucía se acostó y el sueño se negó a acudir a sus ojos. No había vuelto a ver a Álvaro desde la noche en que Berta volvió del hospital más que de lejos. Ninguna mañana habían coincidido a la hora de desayunar y en el comedor, él siempre estaba sentado con toda su familia a una mesa completa, y ella no se había acercado. Tampoco a Sonia la veía mucho últimamente porque ahora que la actividad había disminuido un poco al iniciarse septiembre, ella y Sergio iban al pueblo con cierta frecuencia y cenaban allí, y no se les veía el pelo hasta la mañana siguiente. Cenaba sola y se retiraba a su cabaña a leer un rato. Y cada noche se decía que ya faltaba un día menos para que tuviera que marcharse y cada día estaba más segura de que su corazón se quedaría en Gredos cuando acabara el verano.

Unos golpes en la puerta la hicieron sentarse bruscamente en la cama. Se levantó y se acercó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Sonia.

Abrió.

—¿Esperabas a otra persona? —preguntó su amiga al notar su cara levemente decepcionada.

—¡Claro que no! ¿A quién iba a esperar? Es solo que no sueles aparecer mucho por aquí últimamente.

—¿Y ese chico pelirrojo que viene todos los días a que le pongas una inyección?

—El que deba pincharle todos los días no quiere decir que me haya liado con él.

—¿Y qué tal anda de culo?

—Pues con dos cachas como todos.

—Hija, ¿ni siquiera ahora que has terminado con Roberto y estás libre de nuevo ves un buen culo más que de forma profesional?

—Ni siquiera.

Sonia se dejó caer en la cama que hacía casi dos semanas que no usaba.

—Lo tuyo es grave —dijo—. No me puedo creer que te hayas pasado todo el verano aquí dedicada solo a esa niña y sin enrollarte con nadie.

—Tú has aprovechado el tiempo por las dos.

—¿Es un reproche?

—Claro que no. ¿Y se puede saber a qué se debe hoy el honor de tu visita? ¿Tu Romeo te ha suplicado que le des una noche de descanso? Porque te lo vas a cargar..., ¿o has vuelto a decidir darle la oportunidad de que pase la noche con otra?

—No, qué va... Si él es peor que yo. Pero Jorge ha vuelto y Carolina va a salir con él y probablemente pasará la noche en el pueblo. No quiere que Antonio se entere y necesita que alguien se quede con Berta esta noche. Y como a mí me ha bajado la regla hemos decidido que se quede él.

—Ya decía yo... ¿Y cómo vas a soportar toda una noche sin tu rubio?

—Ya nos desquitaremos mañana.

—¿No tienes la regla?

—Bueno, hay otras cosas...

—Ya...

—Además, no me queda mucho tiempo que estar aquí; tenemos que aprovecharlo. Lucía la miró divertida.

—¿Qué miras?

—¡Que yo sí que no me puedo creer que te hayas pasado todo el verano con el mismo tío!

—Es que Sergio no es un tío como los demás. Es inteligente, a pesar de ser rubio y cachas, aquí el tópico no funciona, divertido, sexy... incansable en la cama. Y dentro de unos días me marcharé y no lo veré más. Tengo toda la vida para enrollarme con el resto del mundo.

—¿Y tú crees que encontrarás otro que se le iguale?

Sonia se puso seria de pronto.

—Lo dudo...

—¿Sonia...? —preguntó Lucía mirándola fijamente, sorprendida por el tono de su voz.

—No quiero hablar de eso. Todavía quedan nueve días. Y siempre puedo venir el año próximo como cliente y echar un polvo de recuerdo.

Lucía se incorporó en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta?

—¡Pues claro que me gusta, no te jode! —saltó brusca—. Si no me gustara no habría habido siquiera una segunda vez.

—No me refiero a eso, sino a algo más profundo.

—Nada que me vaya a quitar el sueño —dijo con cierto apresuramiento—. Simplemente le echaré de menos en la cama. No abundan los tíos que encajen sexualmente conmigo tan bien como Sergio.

—¿Y nada más?

—Por supuesto; nada más. Cuando acabe el verano no se quedará mi corazoncito en Gredos, no te preocupes.

—Menos mal... es un alivio saberlo —respondió su amiga pensando que él suyo sí se quedaría. Por partida doble.

—Buenas noches, Lucía. Voy a intentar descansar; no he dormido muchas horas en los últimos días.

—No, yo tampoco.

Ambas guardaron silencio pero ninguna de las dos pudo conciliar el sueño. Las dos permanecieron quietas haciendo creer a la otra que dormía para evitar preguntas que no querían contestar.

Capítulo 20

Cuando Sonia llegó con el grupo de Álvaro de realizar una excursión en bicicleta y ambos entraron en recepción para informar a Carolina de que habían vuelto, esta le dijo:

—Sonia, mi padre me ha dicho que quería verte cuando volvieras.

—¿Es para que le ayude?

—No creo; ha dicho que pasaras al despacho.

—¡Ah, bien! Entonces no importará si me entretengo en darme una ducha rápida, ¿verdad? No te puedes imaginar cómo venimos de polvo y sudor con este aire tan molesto que se ha levantado.

—No creo que haya problema; no me pareció algo urgente.

Fue a su cabaña y después de ducharse y ponerse ropa limpia, se dirigió al despacho de Antonio. Probablemente querría hablar de su certificado de prácticas, ya que solo quedaba una semana para terminar el periodo de dos meses y medio requerido.

Cuando llegó, llamó con los nudillos a la puerta entreabierta.

—Antonio, ¿puedo pasar?

—Sí, Sonia, te estaba esperando.

—Espero no haberme retrasado, pero necesitaba aseo un poco antes de venir.

—No te preocupes; siéntate. Como ya te imaginarás he querido verte porque el periodo de prácticas está a punto de terminar.

—Sí, he pensado que se trataría de eso.

—Bueno, tengo que confesarte que cuando acepté tu contrato no tenía ni idea de cómo iba a resultar; nunca he tenido trabajando aquí a nadie que no fuera de la familia, ni siquiera en prácticas. Y quiero felicitarte por la estupenda labor que has realizado. No solo has hecho cuanto te hemos indicado, sino que has supuesto un auténtico descanso para todos nosotros. Otros años lo hemos pasado bastante apurados para atender a todas las actividades, sobre todo porque somos humanos y nos cansamos, y nos ponemos enfermos y como todo el mundo suele estar muy ocupado nos cuesta sustituir a quien por alguna circunstancia no puede realizar su trabajo.

—No tiene importancia. La verdad es que no me ha costado ningún esfuerzo hacerlo, sobre todo porque me he sentido muy integrada en el equipo desde el primer momento y he recibido mucha ayuda por parte de todo el mundo, hasta de Álvaro.

—Esa ayuda y esa confianza te la has ganado tú, no te hemos dado nada que no merezcas.

—Gracias.

—Quería decirte que tengo preparado el certificado con unas referencias muy buenas, las mejores que he podido dar y también quiero darte este cheque en agradecimiento de tus servicios.

—Pero no tienes que pagarme nada; las prácticas no incluyen sueldo.

—Yo no voy a tener a nadie trabajando gratis. No te preocupes, te has ganado de sobra esta pequeña compensación.

—Vaya, gracias otra vez. La verdad es que el dinero nunca viene mal.

—También quería decirte que aunque tu contrato termine el próximo día trece de septiembre, hay un puesto de trabajo para ti en el centro si lo deseas.

—¿Un trabajo? ¿Aquí?

—Sí. Te haría un contrato y creo que podríamos llegar a un acuerdo con el sueldo. Aunque tal vez no entre en tus planes encerrarte en un sitio como este perdido en mitad de la sierra.

—No, no es eso... Es que no me lo esperaba. Me encanta este sitio pero aún no tengo claro lo que quiero hacer cuando termine. No había pensado en la posibilidad de quedarme.

—Bien, pues ya sabes que puedes hacerlo si lo deseas. Tal vez quieras consultarlo con la almohada... o con alguien.

—Sí, me lo pensaré —dijo sonriendo, consciente de que Antonio había adivinado sus dudas—. Ya te contestaré dentro de un par de días.

—De acuerdo. Y que sepas que me ha encantado tenerte con nosotros y personalmente me gustaría mucho que te quedaras. Ya sé que no es mi opinión la que más cuenta, pero si te sirve de algo...

—Gracias, Antonio. Claro que me sirve.

—Hasta luego.

Tal como salió del despacho se dirigió a la enfermería contando con encontrar a Lucía desocupada. En efecto, esta estaba como ya era habitual leyéndole un cuento a Berta.

—¡Vaya! Una visita inesperada. ¿Aún te acuerdas de que tienes amigas?

—¿Es un reproche?

—Solo una broma. ¿Y a qué se debe el honor? ¿Estás enferma?

—No, solo me gustaría hablar contigo si no estás ocupada.

—No, estoy libre. Berta, cariño, ¿te importaría ir a recepción un ratito? Luego me reuniré contigo cuando cierre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La pequeña salió y Sonia se sentó en la banqueta que acababa de dejar libre.

—Esa niña se pasa la vida aquí.

—A mí me encanta que venga. No puedes imaginarte cuánto aburrimento me ha quitado este verano.

—¿Otro reproche?

—¡Que no, tonta! Estás muy suspicaz hoy. Ya sabes que me encantan los niños; y también me encanta que por una vez estés muy ocupada con un solo tío.

La expresión de Sonia al escuchar esas palabras hizo comprender a Lucía el motivo de la visita.

—Comprendo. Él es el motivo de que estés aquí, ¿no?

—No. Bueno, sí. A medias.

—Chica, si no te explicas mejor...

—Antonio me ha ofrecido trabajo en el centro de ocio.

—Vaya, aún no has terminado y ya tienes una oferta de trabajo. ¿Y vas a aceptarla?

—No lo sé; me ha cogido muy de sorpresa, no estaba preparada para algo así. Pensaba que cuando el verano terminara me marcharía y se acabaría todo esto.

—O sea, que lo que quieres es irte.

—No, lo que quiero es quedarme.

—¿Te aclaras?

—Se trata de Sergio, él es el problema.

—Ya imagino que se trata de él.

—Nuestro rollo empezó con el convencimiento de que terminaría al final del

verano, y por eso los dos nos hemos dejado llevar y hemos pasado tanto tiempo juntos. No solo por las noches, sino a todas horas. Porque teníamos el convencimiento de que el otoño le pondría fin. Pero si me quedo... no sé si a él le agrada tenerme aquí. Tal vez esté deseando que acabe el verano para librarse de mí. Quizás no quiera que acepte el trabajo.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Supongo que tendré que hacerlo, pero no sé cómo.

—Pues con la sinceridad que te ha caracterizado siempre. «Tu padre me ha ofrecido trabajo. ¿Quieres que me quede o no?» Es fácil.

—No, no lo es... porque me asusta lo que me vaya a decir. Sería mucho más fácil si fuera el tiempo el que pusiera fin a esto.

—Pues entonces renuncia y vete.

—Es que quiero quedarme, joder.

—¿Por el trabajo o por Sergio?

—Por las dos cosas. Más por Sergio.

—¡No me digas que te has enamorado! —preguntó Lucía burlona.

—No sé si estoy enamorada o solo en camino de estarlo. Solo sé que él es para mí mucho más de lo que nadie haya sido nunca. Y no quiero perderlo. Pero cuando empezamos esto los dos dejamos claro que sería solo un rollete de verano. Y no sé si lo sigue siendo para él.

—Sonia, me temo que tendréis que hablarlo.

—Sí, ya lo sé. Buscaré una ocasión propicia, no tengo más que una semana y prometí a Antonio que le contestaría en un par de días.

Durante dos días y dos noches, Sonia se debatió buscando un momento adecuado para plantearle a Sergio el problema, y al final después de la cena decidió buscar ella la ocasión que no encontraba.

Cuando Sergio le cogió la mano y tiró de ella en dirección a las escaleras de su habitación, le dijo:

—No, no subamos todavía... Me gustaría dar un paseo, tengo que hablar contigo.

—Vaya, por fin.

—¿Cómo por fin?

—Por fin te decides a hablar. Llevas un par de días de lo más rara. Abstraída, absorta... Me estabas preocupando.

—¿Si sabías que me pasaba algo por qué no me has preguntado?

—Hay decisiones que deben tomarse a solas, Sonia, y me daba la impresión de que esta era una de ellas. Anda, vamos a la tirolina; allí podremos hablar con tranquilidad. ¿Te parece?

—Sí.

Él le agarró la mano de nuevo y juntos emprendieron el camino más largo para llegar hasta allí, pero también el menos transitado. Había veces que los huéspedes se bañaban en la piscina de noche.

Hicieron el camino en silencio, ninguno de los dos pronunció ninguna palabra, pero Sonia sentía la mano de Sergio apretando la suya, y eso le daba ánimos. Era consciente de que en cuestión de pocos minutos se iba a decidir algo muy importante en su vida, tanto que no se atrevía a aventurar una posibilidad sobre la otra.

Al llegar al claro Sergio se apoyó contra un árbol y la agarró de la cintura haciéndola colocarse frente a él.

—Bueno, tú dirás. Soy todo oídos.

Sonia rehuyó los ojos azules y miró al suelo mientras decía:

—Tu padre me ha ofrecido trabajo en el centro de ocio.

—Ya lo sé.

Ella levantó la vista asombrada.

—¿Lo sabes?

—Pues claro, me preguntó mi opinión antes de hablar contigo. Para nadie es un secreto que pasas casi todas las noches en mi habitación. Y mi padre es muy discreto, nunca ha hecho ningún comentario al respecto, pero antes de ofrecerte trabajo me ha preguntado si yo quería que te quedaras.

—¿Y qué le has contestado?

Él se echó a reír.

—Cuando te lo ha ofrecido es porque cuenta con mi aprobación, ¿no crees? Y tú, ¿qué has decidido?

—Aún no he decidido nada, quería preguntarte algo antes de hacerlo.

Él apretó un poco más las manos en torno a su cintura.

—Pregunta —susurró.

—Si decido quedarme... ¿Qué pasará con nosotros?

—A mí concretamente me gustaría terminar este rollete de verano que tenemos ahora. Ya me estoy cansando de esperarte en mi habitación cada noche y ver cómo te marchas al amanecer.

—O sea que quieres cortar.

Él apretó un poco más el abrazo.

—Yo no he dicho eso. Estoy hablando de terminar el rollete y empezar algo más serio. Me gustaría pensar que si decides quedarte no es por el trabajo sino por mí.

Los ojos de Sonia brillaron cuando le echó los brazos al cuello.

—¿Me estás ofreciendo un noviazgo, quizás?

—Nada de quizás. Puedo cambiar mi habitación en el albergue por una cabaña para los dos. Eso nos daría más intimidad y más espacio. Claro que si quieres una cabaña para ti sola...

Sonia se apretó contra él y le besó, después se separó un poco.

—¿Sabes que me estás otorgando el derecho a sacarte los ojos si te veo tontear con alguna de las niñas del centro?

—¿Me has visto tontear con alguna últimamente?

—No.

—Entonces... Pero te concedo el derecho a hacerlo si ves que me fijo en otra. Y te advierto que yo haré lo mismo contigo.

—De acuerdo. Y ahora sí quiero que nos vayamos a tu habitación.

—¿Ahora? ¿Con lo bien que se está aquí al aire libre?

—Sí, pero aquí no podemos hacer nada.

—¿Quién ha dicho eso? Ya verás... —dijo él dejándose caer en el suelo con la espalda recostada contra el tronco del árbol—. Ven aquí.

Metió las manos por debajo del vestido y tiró de las bragas. Luego la hizo sentar sobre él.

—Aquí nunca viene nadie de noche; mis hermanos y yo tenemos un sitio secreto cada uno dentro del centro de ocio y este es el mío. Nadie va a venir aquí.

—Eso espero —dijo besándole.

Capítulo 21

Después de ver cómo Sonia se iba con Sergio una noche más, felices y contentos para celebrar su relación, Lucía rehusó la compañía de los demás en el salón y se marchó a su cabaña dispuesta a leer un rato.

Se sentía bastante deprimida esa noche, acababa de terminar la regla, pero el síndrome depresivo que solía acompañarla no la había abandonado como otras veces. No tenía ganas de estar con nadie, ni de hablar, ni de nada.

Se tendió en la cama pero fue incapaz de coger el libro. Su mente voló a los primeros años de su amistad con Sonia, cuando salió del centro de acogida faltándole aún un año para terminar la carrera, y ambas compartían el piso con otra compañera. La amistad había surgido entre ellas dejando un poco excluida a la otra chica, pero Lucía había encontrado algo que nunca antes tuviera, y de esto hacía ya cuatro años. Su sino era perder a la gente que quería, ir las dejando en el camino y seguir sola esperando encontrar a alguien que pudiera sustituir el afecto perdido. Solo que ahora la persona que esperaba sustituyera lo que había perdido era incapaz de hacerlo.

Sintió quemar en sus ojos el escozor de las lágrimas, y consciente de que hasta que no llorase un buen rato no iba a sentirse mejor, aprovechó la soledad y las dejó salir libres y consoladoras, esperando que se llevasen con ellas ese sentimiento de soledad y amargura que le había dejado Sonia cuando le confirmó aquella tarde que iba a quedarse con Sergio.

Lucía había querido a pocas personas en su vida, pero todas ellas iban quedando atrás y eso le producía aquella noche más amargura que nunca.

Sabía que la regla tenía mucho que ver, con frecuencia le producía esos estados de ánimo, aunque pocas veces estos persistían hasta después de terminar. De todas formas, en esas ocasiones tenía a Sonia a su lado para animarla. Y ahora no estaba. Aunque tenía que ser sincera y confesarse que no era su amiga quien quería que la consolara en esta ocasión. Esta noche necesitaba algo más que las palabras y las bromas de Sonia; esta noche necesitaba unos brazos en los que refugiarse, una boca que buscara la suya y el amor de un hombre que no podía amarla.

Se abrazó con fuerza a la almohada y las lágrimas suaves se volvieron violentos sollozos mientras pronunciaba el nombre que era para ella todo en aquel momento.

—Álvaro... Álvaro...

Y así, abrazada a la almohada y susurrando y saboreando su nombre en la oscuridad, se quedó dormida.

Despertó bruscamente sintiendo el contacto de otro cuerpo baboso y obsceno sobre el suyo, unas manos sudorosas que se deslizaban por su cuerpo, una boca con sabor a alcohol que cubría la suya y le impedía gritar.

Tardó unos segundos en comprender que todo había sido un sueño, que no era sino la almohada lo que cubría su boca y su cuerpo y el sudor pegajoso procedía de sí misma.

Se sentó temblando en la cama y todavía miró a su alrededor para cerciorarse de que estaba sola, de que en la cabaña no había nadie más.

El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y un ataque de ansiedad le impedía respirar con normalidad. Trató de calmarse, fue al baño y se echó agua en la cara y los brazos. Y sintió un miedo repentino de volver a la habitación.

El corazón aún parecía salirse del pecho y tuvo la certeza de que estaba sufriendo una taquicardia.

Decidió ir a la enfermería y tomarse una de las pastillas que tenía allí para esos casos.

Se puso un vestido encima del camión y salió a la noche sin ningún temor.

La explanada donde se encontraba la enfermería y el resto de las dependencias estaba desierta, apenas iluminada por un par de faroles con luz tenue. Entró y encendió la luz, y con dedos temblorosos buscó en el mueble de las medicinas. Cogió las pastillas y se sirvió un vaso de agua para tomarlas, y después, incapaz de volver a su habitación y enfrentarse de nuevo a su pesadilla, no por vieja menos dolorosa, se dejó caer en la camilla llorando de nuevo.

No llevaba allí más que unos minutos cuando la puerta de la enfermería se abrió sin que mediara ninguna llamada y Álvaro entró en la habitación.

—Lucía, ¿eres tú?

—Álvaro. ¿Qué haces aquí? Es de madrugada.

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti, ¿no crees?

—He venido a tomar una medicina; he sufrido un ataque de ansiedad —dijo entrecortadamente—, producido por una pesadilla.

Álvaro avanzó hacia ella dándose cuenta por fin del estado en que se encontraba.

De su llanto, del temblor de sus manos y de su dificultad para respirar.

—Por Dios, criatura... Cálmate. Lamento haberte sobresaltado. Vuelve a echarte.

La hizo tenderse de nuevo de espaldas sobre la camilla y apoyando las manos sobre sus sienes las masajeó suavemente.

—Relájate. No pienses en nada. Vamos, respira... respira.

Lucía sintió que poco a poco el aire volvía a entrar con regularidad en sus pulmones, que los dedos de Álvaro y sus palabras habían conseguido relajarla, pero no pudo evitar que las lágrimas continuaran fluyendo silenciosas de sus ojos cerrados.

Cuando al fin se decidió a abrirlos le vio inclinado sobre ella, la boca ligeramente fruncida, los ojos brillantes y preocupados, y no pudo evitar volver a llorar.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Ya te lo he dicho —dijo incorporándose y sentándose en la camilla. Álvaro permaneció de pie delante de ella—. Una pesadilla.

—Muy terrible ha debido ser.

—Sí.

—Bueno, lo mejor de los malos sueños es que al día siguiente no te acuerdas.

—Dudo que yo olvide este.

—Ya verás como sí.

—No... no, porque sucedió una vez.

Él se sentó a su lado y le cogió la mano. Lucía se estremeció. Nunca antes había tenido un gesto así con ella, nunca espontáneamente la había tocado. Levantó los ojos y le miró. Estaba serio, aunque la expresión de su cara no era dura, sino amable.

—Cuéntamelo —pidió.

—No, no quiero contarle, ni recordarlo.

—¿Te acuerdas de la noche que habías terminado con tu novio y yo te conté lo sucedido el día encontré a mi mujer con otro?

Ella asintió.

—Pues te aseguro que desde entonces todo aquello me hace menos daño por dentro.

—Nunca he hablado de mi pesadilla con nadie. Ni siquiera Sonia lo sabe.

—Tampoco lo mío lo sabía nadie salvo mi familia... bueno y Susana, claro. Tuve que contárselo para que pudiera ayudar a Berta. Dime, ¿qué pasó que te atormenta de esta forma? ¿Tiene que ver con el intento de violación que me dijiste aquella noche en la tienda de campaña?

Ella asintió.

—Sí, aunque en realidad eso solo fue el último de muchos episodios espantosos... quizás el peor, pero no el único. Mi padre fue un borracho durante toda su vida. No tengo ningún recuerdo de él en que no estuviera bebido. Siempre llegaba a casa gritando, insultando... Golpeaba a mi madre con cualquier excusa, por cualquier motivo.

—¿También te pegaba a ti?

—No, a mí no, pero no por eso yo le tenía menos miedo. Vivía aterrada cada día, rogaba para que ocurriese algo y no llegara a casa, y cuando lo hacía procuraba esconderme, quitarme de su camino, si hubiera podido hubiera dejado de respirar para hacerme más invisible. Cuando crecí y me hice mayor intenté ayudar a mi madre cuando la atacaba, pero pocas veces conseguía reaccionar; me quedaba paralizada escuchando en cualquier rincón, era como si una cuerda me atara y me impidiera moverme... y te juro que yo quería hacerlo, acercarme y ayudarla, pero no podía moverme. Después, cuando se marchaba me acercaba a mi madre y la curaba o la llevaba al hospital, y me sentía terriblemente culpable por no haber hecho nada.

Lucía enterró la cara entre las manos.

—Por Dios, ¿por qué no podía ayudarla? Viví durante mucho tiempo con remordimientos y te juro que no era por temor a los golpes... no era eso, era miedo, autentico terror.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Diez, doce años.

—Solo eras una criatura.

—Después empecé a tener la regla, crecí y según todos me puse muy guapa. Una noche se levantó y se metió en mi habitación. Yo tenía trece años. Me pilló dormida, cuando desperté estaba encima de mí, me besaba... sentía sus manos por debajo del camisón, sudorosas y repugnantes. Yo tenía ganas de vomitar... recuerdo especialmente esas nauseas... Me arrancó las bragas...

La respiración de Lucía volvió a hacerse agitada.

—Tranquila, no sigas si no quieres —dijo Álvaro apretando más su mano, pero no le hizo caso, ahora necesitaba seguir hablando, contárselo todo.

—Me separó las piernas con brusquedad, me hacía daño al penetrarme... y entonces se abrió la puerta y entró mi madre, una mujer que yo desconocía... enfadada, fuerte, decidida. Le agarró por el pelo y tiró de su cabeza hacia atrás, y le pegó, le arañó como no lo había hecho nunca para defenderse a sí misma. Hizo por mí lo que yo nunca había hecho por ella.

Lucía estalló en violentos sollozos y de pronto se sintió abrazada, mecida y acunada.

—Ese es el auténtico problema, ¿no es así? Que piensas que nunca hiciste nada por ayudarla.

Lucía no contestó, pero lloró durante mucho rato sobre el hombro de Álvaro, hasta que sintió que las lágrimas aliviaban la tensión contenida durante años. Después se separó y continuó hablando.

—Aquello le dio a mi madre las fuerzas necesarias para separarse. Fuimos a un centro de acogida y allí nos buscaron una casa y un trabajo para ella. Pero cuando cumplí los dieciséis, enfermó; tenía el hígado muy dañado de una paliza antigua y le empezó a dar problemas. Murió un año después. Yo era menor y volví al centro de acogida y estuve allí mientras seguía estudiando. A los dieciocho tuve que abandonarlo. Aún me faltaban dos años para terminar la carrera, encontré un trabajo que me permitía seguir estudiando y respondí a un anuncio de Sonia solicitando compartir piso con ella y con otra chica. El resto ya lo sabes.

—¿Y tu padre?

—Después de aquella paliza y cuando mi madre pidió el divorcio, desapareció. No he vuelto a saber de él.

—¿Sigue vivo?

—Supongo. Nadie me ha comunicado su muerte al menos. Durante un tiempo viví asustada pensando que volvería, que nos encontraría, pero no fue así y con el tiempo lo fui superando, me relajé y empecé a vivir. Lo tenía controlado, no sé por qué esta noche ha vuelto la pesadilla. Estaba dormida, y cuando me desperté he creído tenerle sobre mí otra vez, me he asustado tanto que me ha sobrevenido un ataque de ansiedad. Pero ya estoy mejor, hablar contigo me ha hecho mucho bien. Gracias, Álvaro.

—De nada. La verdad es que cuando me he despertado al escuchar un ruido y he

visto luz en la enfermería pensaba que tendría que enfrentarme a cualquier cosa menos a una tarea psicológica.

—¿Qué creías?

—No es la primera vez que alguien fuerza la puerta de la enfermería buscando drogas. La gente se mete cualquier cosa que pueda pillar.

Lucía miró el reloj.

—¡Dios mío, es tardísimo! ¿Cuánto tiempo te he tenido aquí?

—Un buen rato. Quizás una hora o algo más.

—Lo siento. Tienes mañana una ruta larga, ¿verdad?

—Sí, pero no importa; daré la talla.

—Me voy a mi cabaña y te dejo dormir el rato que te queda.

—¿Estás bien de verdad?

—Sí.

—Te acompaño entonces.

—No hace falta, conozco el camino.

—Pero no has debido venir sola, tu cabaña está retirada y esto está lleno de gente que no sabemos qué intenciones tiene.

—Sé defenderme. Aprendí artes marciales y además por mi profesión conozco algunos puntos capaces de paralizar a un armario empotrado.

—Pero la noche de la tienda de campaña si no llego a entrar hubieras pasado un mal rato.

—Aquella noche me pillaron dormida y metida en un saco de dormir con los brazos inmovilizados. Hoy es diferente.

—Aun así voy contigo, quiero asegurarme de que estás bien.

—Como quieras.

Bajaron de la camilla y tras cerrar la enfermería se encaminaron juntos hacia la cabaña. Al llegar a la misma, él volvió a preguntarle:

—¿Seguro que estás bien? No me gusta dejarte aquí sola. Quisiera quedarme contigo.

Lucía levantó los ojos y le miró, no sabiendo qué le estaba proponiendo exactamente. Él comprendió su mirada.

—No me malinterpretes, dormiré en la cama de Sonia. Es solo para asegurarme de

que estás bien, que no se repetirá el mal sueño. Me ha preocupado mucho tu estado.

Lucía dudó un momento. La verdad era que no quería que se fuera, deseaba seguir sintiendo su compañía, su protección... y por primera vez en su vida su abrazo de amante. Pero no era eso lo que él le estaba ofreciendo. Álvaro insistió.

—Ya sabes que puedes fiarte de mí. La noche de la excursión me comporté, ¿no? Te prometo que me daré la vuelta hacia la pared y ni siquiera notarás que estoy allí, salvo que me necesites.

Ella sonrió.

—De acuerdo, quédate.

Lucía entró en el baño y se lavó la cara. Después se miró al espejo y suspiró; y pensó que cómo iba Álvaro a querer nada con ella con lo espantosa que estaba. Los ojos enrojecidos, la cara hinchada, el pelo desordenado.

Cuando salió él se estaba quitando la camiseta.

—¿Te importa que me la quite? No puedo dormir con ropa en el cuerpo.

Ella sonrió.

—Puedes quedarte en bolas si quieres, estoy acostumbrada. Soy enfermera, he visto de todo.

—Conmigo no te llevarías ninguna sorpresa, soy de lo más normalito. Si quieres ver algo espectacular, dile a tu amiga que te deje echarle un vistazo a Sergio. Es el fenómeno de la familia.

Lucía se echó a reír.

—Hubo una época en que estaba dispuesta a compartirlo conmigo, pero ahora dudo que quiera.

—¿Queráis compartir a Sergio?

—Yo no, pero ella, muy generosa, me lo ofreció. Le echó el ojo desde el momento en que lo vio; lo que no se pensaba era que iba a quedarse pillada con él. Recuerdo que decía que un hombre así no podía desperdiciarse con una sola mujer. Seguro que ahora no piensa lo mismo.

—Seguro que no.

Álvaro, con los vaqueros puestos, se tendió en la cama.

—Puedes quitarte los pantalones si quieres; ya te he dicho que no me importa.

—No me estorban es solo por arriba donde no puedo tener nada.

—¿Ni siquiera en invierno?

—Ni siquiera en invierno, y aquí los meses de enero y febrero resultan muy duros.

Lucía pensó que resultaría muy agradable acercarse a él en los meses de invierno y sentir el calor de su cuerpo desnudo. Desechó esos pensamientos, temerosa de que Álvaro los adivinara y quitándose el vestido, se quedó con el camisón de algodón que llevaba debajo y se tendió en la cama también.

—¿De verdad no querías enrollarte con Sergio? Es muy guapo.

—Es muy guapo, y muy simpático, y un tío encantador, pero yo no vine aquí a buscar rollo, ya te lo dije el primer día en el comedor.

—Calla, por favor, no me hables de aquel día. No me lo recuerdes. Hay pocas cosas de las que me sienta más avergonzado que de mi comportamiento contigo aquella mañana. Todavía me parece estar viendo tu cara, creí que se te iba a caer la bandeja de las manos.

—La verdad es que de buenas ganas te la habría estrellado en la cabeza a ti, pero bueno, creo que supe reaccionar.

—Sí, me pusiste en mi sitio. Pero aun así yo creía que tu decisión te duraría poco. Hasta que vieras a algún tío enrollado. Ya veo que me equivoqué.

—¿Tan extraño te resulta que una mujer pueda estar sin liarse con un tío, por muy bueno que esté el que se le ponga por delante?

—Sí, me cuesta creerlo; aunque en realidad no debería. También los hombres tenemos esa fama y yo llevo más de dos años sin estar con una mujer.

Casi sin darse cuenta de sus palabras, Lucía se encontró preguntándole:

—¿Y no te apetece estar con alguna? No me refiero a la primera excursionista que se cruce en tu camino, sino con alguien... no sé, con alguien.

Álvaro miraba al techo cuando contestó.

—Al principio sufrí un bloqueo, dejé de tener erecciones. Ni siquiera me masturbaba.

La miró de reojo.

—No te importa que te hable de esto, ¿no? Eres enfermera.

—Claro que no. Esta es la noche de las confidencias íntimas. ¿Y todavía sigues con ese problema? Debes ir al médico, puede ser algo físico.

—No, esa etapa pasó; no hay problemas fisiológicos. Vuelvo a tener erecciones y deseos sexuales. Lo único que no tengo es ganas de estar con mujeres. Digamos que

he vuelto a mi etapa adolescente.

—O sea, que solo pajas.

—Solo.

—Perdona que vuelva a preguntarte lo mismo. ¿No te apetece estar con una mujer?

—Es más fácil meterte en el baño. Te quedas igual de relajado y te evitas problemas.

—Pero no es lo mismo, ¿no? Bueno, supongo; yo nunca he estado con nadie. ¿No echas de menos los besos y las caricias, el contacto de otra piel?

—No me permito ese lujo. Prefiero no tener besos ni caricias porque no confío en que los que me den sean sinceros.

Lucía se incorporó sobre un codo para mirarle.

—Álvaro, todas las mujeres no son como Bárbara. De hecho, la mayoría no lo son.

—Ya lo sé, pero yo la quería y pensaba sinceramente que ella a mí también. En la cama se volcaba y yo confundí pasión con amor. Si lo confundí una vez puede volver a sucederme. No, no quiero volver a estar con una mujer y preguntarme cómo de sinceros son sus besos. No voy a volver a comprometer mi corazón, y el sexo por el sexo ya no me interesa. Prefiero el baño.

—Me apena oírte hablar así. Eres joven, tienes toda la vida por delante.

—¿Te ha estado comiendo el coco mi hermana para que me sueltes todo esto? Porque es lo que me dice ella a cada momento; que soy joven, que tengo que rehacer mi vida.

—Y tiene razón.

—¿Y me lo dices tú, que eres virgen a los veintitantos? ¿Tú me hablas de besos y de caricias, del contacto de otro cuerpo? ¿Por qué no te aplicas el cuento?

Álvaro se había girado hacia ella quedando los dos tumbados en la cama mirándose uno al otro.

—Yo no he dicho que no quiera estar jamás con un hombre. Si soy virgen es porque no he encontrado a ninguno que sea especial.

—Tenías novio.

—Sí, pero no era especial. Y no creas que no sé de qué hablo, porque sí he sentido el deseo de estar con alguien, de sentir su piel y sus besos, de perder la virginidad en sus brazos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque a pesar de que yo pensaba que era el hombre de mi vida, yo no era la mujer de la suya.

—Pero cuando se tiene esa certeza hay que luchar.

—Yo no soy una luchadora.

—Por supuesto que lo eres; mientras más te conozco más me convengo de ello. ¿No hiciste nada?

—En mis circunstancias solo se podía hacer una cosa: alejarse. Tú deberías saber mejor que nadie que no se pueden forzar las circunstancias ni los sentimientos de la gente. Al final no trae nada bueno. Si estás enamorada de alguien que no te ama, y sabes que nunca te amará, lo mejor es poner tierra por medio. Y tratar de olvidar.

—Sí, eso es cierto. Bueno, no desesperes si no te correspondía probablemente no era tu hombre. El tuyo está ahí esperando en algún recodo de tu vida para hacerte muy feliz, ya lo verás.

—Seguro.

—Y ahora creo que deberíamos dormirnos, es muy tarde.

—Sí, lo siento, no dejo de desvelarte. Buenas noches, Álvaro.

—Buenas noches.

Él se volvió en la cama y le dio la espalda. Lucía permaneció mirándole a la leve luz que entraba por la ventana, apenas una sombra en la habitación, los músculos de la espalda firmes y delineados. Y quiso alargar la mano y tocarle. Quiso decirle que era él y no otro ese hombre especial con que ella soñaba. Ese hombre del que tenía que alejarse, el único al que ella había soñado entregarse. El único que podría curar sus heridas igual que ella deseaba curar las suyas.

«Date la vuelta —susurró mentalmente—. Cruza estos metros que nos separan y déjame amarte. Jamás nadie te dará unos besos más sinceros que los míos.»

Se preguntó qué pasaría si gritaba y fingía tener la pesadilla de nuevo. Si él se acercaba a su cama para abrazarla y consolarla como había hecho un rato antes en la enfermería. Llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer... quizás se dejara llevar. Quizás ella pudiera demostrarle cuánto le amaba. Pero después pensó que no tenía derecho a turbar su paz, esa paz que había conseguido a costa de mucho esfuerzo. Que no tenía derecho a aprovecharse de su falta de sexo para llevarle a su cama... y qué demonios, él no sentía nada por ella, si estaba allí era por amistad o quizás por agradecimiento... para devolverle un favor. El abrazo que le había dado en la

enfermería había sido el más fraternal que había recibido en su vida.

«Deja las cosas como están, estúpida. No estropees esta frágil amistad que ahora tenéis. Ya falta poco para que termine el verano y lárgate en cuanto acabe.»

Y haciendo un esfuerzo se dio también la vuelta para no mirarle e intentó dormir.

No lo consiguió, pero permaneció quieta y sin hacer ningún ruido para no despertarle. Cuando la oscuridad empezó a hacerse menos densa le sintió levantarse de la cama. El corazón se le paralizó pensando que iba a acercarse a ella, pero sus pasos se alejaron hacia la puerta. Se volvió.

—¿Álvaro? ¿Eres tú? —preguntó aunque sabía perfectamente que sí.

—Sí. Me marcho antes de que se haga de día... No quiero que nadie me vea salir de tu cabaña. No quiero que piensen lo que no es.

—A mí no me importa lo que piensen.

—Pero a mí sí.

—De acuerdo. Gracias por todo.

—De nada. Sigue durmiendo un rato más, aún es temprano.

Y cerrando la puerta tras él, desapareció en la noche.

Capítulo 22

La puerta de la enfermería se abrió de golpe y Sergio entró en la misma. Lucía, que se encontraba guardando algunos efectos personales en una gran caja de cartón para llevárselos al día siguiente, le miró sonriente.

—¡Vaya! ¿Es una visita amistosa o profesional?

Él alargó las manos mostrando una desolladura en las palmas.

—¿Puedes darme algo para esto? La cuerda del rocódromo se ha deshilachado un poco y me ha dejado las manos hechas polvo.

—Déjame ver.

Cogió las manos por las muñecas y las examinó.

—Sí, te has hecho unas buenas rozaduras. Me temo que esto te dejará sin escalar unos días.

—Solo tengo una sesión de tirolina esta tarde. Quique se encargará.

Un trueno retumbó de pronto en el cielo y una lluvia torrencial se precipitó de pronto sobre el centro de ocio.

—Uf, menuda tormenta. Esto nos va a hacer suspender todo lo previsto para esta tarde. Espero que a Álvaro se le ocurra volverse, no deben estar lejos.

—Menudo final para la campaña. Bueno, eso te libra de tener que pedirle a Quique que te sustituya.

—Y me da más tiempo para despedirme de Sonia.

Lucía sonrió.

—No con las manos, te las voy a vendar.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, ya nos las apañaremos. Somos una pareja con recursos.

—Vaya par estáis hechos... solo se va una semana, luego volverá.

—Eso espero. Que no se le cruce ningún tío cachas y me deje aquí tirado.

—No lo creo. Te echó el ojo a ti el primer día que llegamos.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Cuando te vimos limpiando los aparejos delante del comedor y se acercó a preguntarte ya iba dispuesta a que no te escaparas. A mí solo faltó que me

dijera: «Ese es para mí. Tú búscate a cualquier otro, pero ese es mío».

Lucía aplicó un algodón con desinfectante a las palmas heridas y le advirtió.

—Te va a escocer, ¿eh?

—Ya, ya lo veo.

Después le vendó las manos.

—Espero que no me guardes rencor por quedarme con Sonia.

—Claro que no; aunque la voy a echar mucho de menos. Pero yo también me quedaría si alguien especial me lo pidiese —dijo seria—. Y me alegra ver que ha sentado la cabeza por fin. Está muy enamorada.

—Yo también de ella. Pero está preocupada por ti, dice que te vas a ver muy sola en Madrid sin ella y sin Roberto.

—No echaré de menos a Roberto. A ella sí, pero no se lo digas. Estaré bien, cogeré otro trabajo para ayudarme a pagar el alquiler. No quiero volver a compartir el piso, eso sí sería muy duro. No me apetece acostumbrarme a alguien nuevo. Me mantendré ocupada y no será tan malo —dijo sabiendo que no era verdad, que cuando volviera a Madrid no tendría nada ni a nadie a quien agarrarse. Ni siquiera una amiga.

—Estaré bien —repitió, más para sí misma que para Sergio. Él comprendió su angustia y le preguntó.

—Lucía, ¿por qué no te quedas? Sabes que también hay trabajo aquí para ti.

—En invierno no lo hay. Además, a mí nadie me ha invitado a quedarme —trató de bromear.

—Claro que sí, yo te estoy invitando. Mi sobrina me ha pedido hace un rato que lo hiciera, igual que con Sonia. Dice que la quiero a ella más que a ti.

—Eso es verdad.

—No, solo la quiero de diferente forma.

—Pobre Berta, todo lo ve tan fácil...

—Dime una cosa, Lucía, ¿te quedarías si fuera otro el que te lo pidiera?

—Tu padre también me ofreció trabajo.

—No me refiero a mi padre.

Ella se puso seria de pronto.

—Nadie más va a pedírmelo y tú lo sabes.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Desde que pasó lo de Bárbara yo nunca he visto

a mi hermano interesarse por ninguna mujer. Ni siquiera permitir que se le acerque a menos de dos metros.

—Que charle conmigo no quiere decir que se interese por mí. Me acepta porque me he hecho muy amiga de Berta y la quiero mucho. Y se siente agradecido por algunas cosas, nada más. Solo me permite ser su amiga.

—Yo no estoy tan seguro, Lucía; Álvaro está muy cambiado, todos nos hemos dado cuenta. Casi vuelve a ser el que era.

—Tú lo has dicho, casi. Pero ese casi no le permite olvidar lo que pasó y volver a confiar en una mujer de nuevo.

—Quizás si tuvieras más tiempo...

—No lo tengo. Debo irme mañana —respondió sintiendo que una lágrima amenazaba con deslizarse de sus ojos. La limpió de un manotazo.

—¿Quieres que hable con él?

—No, no por favor. Ni siquiera menciones el tema, ni pronuncies mi nombre. Quiero despedirme de él igual que de los demás. Si le dices algo se perderá por alguna montaña hasta que me haya ido, lo sé. Olvida esta conversación y no le digas nada a nadie. Ni a él ni a Sonia. Nunca.

—Como quieras. Pero de verdad que lo siento. Sinceramente creo que entre vosotros hay algo especial.

—Gracias, pero será mejor que te vayas a buscar a Sonia y dejes de hablarme así. Lo único que vas a conseguir es que me ponga a llorar, y ya he tenido bastante con Berta hace un rato.

—Adiós entonces. Nos veremos en el comedor.

Álvaro, sentado en el claro delante de recepción hacía tiempo en espera de la hora de la cena. La tormenta había hecho regresar al grupo de excursionistas que iba a realizar el último trayecto en bicicleta de la temporada, y había paralizado toda actividad programada para la tarde.

Carolina estaba bañando a Berta y él, agobiado y desasosegado, llevaba rato dando vueltas como un perro sin amo, sin saber qué hacer ni dónde posarse.

Escuchó los menudos pasos de su hija a su espalda y se volvió. La niña, oliendo a jabón y colonia se acercaba hacia él, mientras su hermana permaneció dentro de la recepción observándole atentamente. Sabía que Carolina leía en su interior, que veía

sus sentimientos encontrados, y volvió la cabeza para evitar sus ojos. Berta se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Papá...

—¿Qué, cariño?

—Estoy muy preocupada por Lucía.

—¿Por Lucía? ¿Qué le pasa?

—Que se tiene que ir mañana.

—Sí, Berta, ya lo sé. Ha terminado su trabajo aquí.

—No, se va porque el tío Sergio no quiere que se quede. A él no le importa Lucía, solo quiere a Sonia.

—¿El tío Sergio? Él no tiene nada que ver, pequeña.

—Sí, yo le he dicho a Lucía esta tarde que se quede también y me ha dicho que a Sonia la ha invitado el tío Sergio y a ella no. Yo he ido a pedirle que la invite también y me ha contestado que no puede hacerlo, pero seguro que no es verdad. Es que no quiere que se quede. Él no quiere a Lucía como nosotros. ¿Tú no puedes convencerlo?

—¿A quién?

—Al tío Sergio.

Álvaro suspiró.

—Él te ha dicho la verdad, Berta. No puede hacer nada para que se quede. Sonia lo hace porque no tiene trabajo en Madrid y va a trabajar aquí, pero Lucía tiene un trabajo y debe volver a él.

—Pero ella quiere quedarse, yo lo sé. Esta tarde cuando le he pedido que no se fuera me ha abrazado muy fuerte y se ha puesto a llorar. Papá, seguro que le da mucho miedo irse a vivir sola a Madrid. A mí me daría mucho miedo estar sola en una casa.

—Lucía es mayor, cariño. A las personas mayores no les asusta estar solas.

—Eso no es verdad. Las personas mayores necesitan también que les cuiden, ella me lo ha dicho esta tarde, que tengo que cuidar de ti porque no tenemos mamá. Lucía tampoco tiene mamá, ¿verdad? ¿Quién va a cuidar de ella?

—La cuidan en el colegio donde trabaja.

—¿Igual que a los niños que están allí?

—Sí, igual.

—¿Por eso se va? ¿Porque quiere mucho a esos niños? ¿Tú crees que los quiere

más que a mí?

Álvaro revolvió el pelo de su hija y tragó saliva antes de contestar.

—No, no creo que los quiera más que a ti.

—¿Entonces por qué se va con ellos? ¿Tú crees que si yo le pido otra vez que se quede...?

—Berta, escucha, hija... Ya sé que quieres mucho a Lucía y que no quieres que se vaya. Pero no siempre basta con desear una cosa para que sea posible. Estas son cosas de mayores, deja que sean los mayores los que decidan, ¿vale? No le digas nada a Lucía porque seguro que le da mucha pena tener que irse y dejarte, y solo conseguirás hacerla sufrir más. Te aseguro que si no se queda es porque no puede. Lo que tienes que hacer es conseguir que se divierta el tiempo que le queda que estar aquí. ¿Y sabes qué sería una buena idea? Que le dieras un regalo. Un dibujo o algo así. Ya sabes cuánto le gustan a Lucía tus dibujos. Para que sepa lo mucho que la quieres.

—Sí, es muy buena idea. Para que le haga compañía cuanto esté sola en su casa y no tenga miedo.

—Eso es.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

—Ahora vamos a cenar. Hazlo mañana cuando te levantes y se lo das antes de que se vaya.

—Sí, pero no le digas nada, ¿eh? Será un secreto.

—Un gran secreto.

Carolina salió en aquel momento.

—Berta, ¿por qué no vas a buscar a Sonia y a Lucía? Rosa tiene preparada una cena especial para esta noche. Diles que cenaremos todos juntos.

—Vale.

Se volvió hacia su padre y se puso un dedo sobre la boca en señal de silencio. Álvaro la imitó cómplice y la vio perderse en el sendero que llevaba hasta la cabaña.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Carolina.

—Va a hacerle a Lucía un dibujo para regalárselo mañana y quiere que sea una sorpresa. La va a echar mucho de menos.

—Sí, Lucía se ha hecho querer por todo el mundo.

—Todos la extrañaremos —admitió él—. ¿Sabes? Berta ha ido esta tarde a hablar

con Sergio para que la invite a quedarse como ha hecho con Sonia. Piensa que eso hará que se quede.

—Bueno, quizás no esté tan descaminada... Quizás solo se haya equivocado de hermano.

Álvaro levantó la vista y le lanzó una mirada enigmática.

—Esa fue la primera frase que le dije a Lucía el día que nos conocimos, que se había equivocado de hermano... y que no iba a acostarme con ella.

—Muy propio de ti. Y al fin de cuentas lo has cumplido a rajatabla, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

Carolina le revolvió el pelo como había hecho él un rato antes con su hija, como si fuera un crío.

—Nada, hermano. Nada.

Álvaro desvió la vista y clavó la mirada en el camino por donde debería aparecer su hija acompañada de Lucía y de Sonia. Sería la última vez que la viera; al día siguiente tenía que hacer la excursión que se había suspendido aquella tarde a causa de la tormenta, y cuando regresara ya las dos chicas se habrían marchado. Sergio le había dicho que pensaban irse a media mañana. Tendría que despedirse de Lucía durante la cena.

Aguardó impaciente sintiéndose nervioso y agitado, la tormenta que había descargado hacía un rato sobre la sierra había llenado el ambiente de electricidad y todos parecían acusarlo. Álvaro lo notaba, no era solo él quien estaba nervioso e inquieto, todos en la casa lo estaban, como si estuvieran a la expectativa.

De pronto las vio aparecer entre los charcos del sendero, a media luz, bajo las nubes rojizas iluminadas por el sol poniente... y supo que nunca olvidaría esa imagen. La imagen de Lucía vestida de blanco con Berta de la mano, y volvió a pensar que ojalá la hubiera conocido años antes. Probablemente él sería un hombre distinto.

Se levantó cuando se acercaron.

—Nadie me había dicho que esta noche hay una cena sorpresa. He tenido que sacar el vestido de la maleta porque ya lo había guardado.

—¿A que está muy guapa, papá?

—Cierto, está guapísima. Anda, vamos dentro, ya Rosa lo tiene todo listo.

Entraron en el comedor. Estaba vacío, salvo por una larga mesa preparada para ocho personas.

—Lucía, siéntate a mi lado —pidió Berta dispuesta a aprovechar hasta el último minuto del tiempo de su amiga. Esta la complació y poco después todos estaban acomodados. Álvaro se había colocado al otro extremo de la mesa, Lucía ni siquiera podía verle la cara si no giraba la cabeza, y se dijo que lo prefería. No hubiera soportado sentir su mirada clavada en ella aquella noche, que intuía iba ser una dura prueba para su entereza. Era muy sentimental y las despedidas no eran lo suyo, y mucho menos aquella. Entre las paredes de ese comedor se iban a quedar la mayor parte de sus afectos. Incluso Sonia, que al día siguiente se marcharía con ella, regresaría en pocos días.

Trató de concentrarse en la comida, de no pensar. No quería que se volviera a repetir la escena de aquella tarde cuando Berta dijo que la iba a echar de menos, en que la abrazó y no pudo evitar echarse a llorar. La niña se había visto afectada y a ella le había costado mucho serenarse. No, tenía que aguantar; había pasado por muchas cosas en su vida, tenía que poder con esto.

Sin ningún apetito, se limitó a probar todos y cada uno de los platos especiales que Rosa había preparado aquella noche, y al final si se tomó la tarta y bebió el cava que Antonio descorchó dispuesto a brindar por el estupendo verano que habían pasado juntos y porque se repitiera el año siguiente. Pero Lucía estaba casi segura de que ella no estaría allí el año próximo. Aunque viniera a ver a Berta de vez en cuando.

Álvaro también brindó y bebió su copa aunque había rehusado el vino de la cena y había comido con agua, como solía hacer. En el momento del brindis sí le miró, levantando su copa como todos los demás y con la vista clavada en ella.

—Por el maravilloso momento en que se me ocurrió pedir una chica en prácticas, que nos ha traído un miembro más para la familia y una estupenda amiga. Por Sonia y Lucía —brindó Antonio.

Todos entrechocaron sus vasos, Berta incluida con su refresco, y bebieron. Después, Carolina dijo:

—Vamos, Berta, ya es hora de irse a la cama. Es tarde para ti.

—¿No puedo quedarme un poco más? Hasta que se acueste Lucía.

—No, cariño. Ya hace rato que deberías estar acostada.

—¿Quieres que vaya yo y te cuente el cuento esta noche? —se ofreció esta.

—Síiii.

Miró a Álvaro y a Carolina alternativamente.

—¿No os importa?

—Claro que no.

Cogió a la niña de la mano y salió agradecida por la posibilidad que le brindaba de alejarse de allí. No quería seguir con las despedidas, ni escuchar de nuevo lo maravilloso que había sido el verano para todos; para ella más que para nadie, salvo quizás para Sonia.

Ayudó a Berta a ponerse el pijama y se sentó en el borde de la cama a contarle un cuento que alargó todo lo que pudo tratando de no esperar que Álvaro se reuniera con ellas aunque solo fuera un momento... para decirle adiós sin testigos, para sonreírle por última vez.

Pero él había estado muy serio toda la noche, demasiado serio quizás.

Cuando el cuento al fin terminó sin que hubiera aparecido, se resignó a no volver a verle a solas y apagó la luz. Dudó si reunirse en el comedor con los demás, pero cuando se inclinó sobre Berta ya dormida y la besó en el pelo sintió que las lágrimas empezaban a quemarle en los ojos y saliendo por la puerta de atrás, se marchó a la cabaña diciéndose a sí misma que tenía que terminar de hacer el equipaje. Llorando como iba esperaba no encontrarse a nadie por el camino, ni siquiera a Álvaro.

Llegó a la cabaña con una fuerte sensación de frío y se quitó el fino vestido de verano, y se puso una sudadera y un pantalón de chándal con el que pensaba dormir. El resto de la ropa la guardó definitivamente en la maleta, dejando solo unos vaqueros y una camiseta que se pondría para el viaje al día siguiente.

Dedicarse durante un rato a terminar de recoger la ayudó a tranquilizarse, y cuando lo tuvo todo preparado se arrepintió de haberse dejado llevar por la depresión y no haber vuelto al comedor a despedirse de Álvaro. Miró el reloj; ya era tarde, todos debían de estar en la cama, pero más serena, se resistía a irse sin despedirse de él. Y salió de la cabaña dispuesta a buscarle. Necesitaba hablar con él por última vez y decirle, no lo que sentía porque eso era algo que debería seguir guardando para ella sola, pero sí lo que ese verano había significado para ella y como él la había ayudado a superar algunos malos momentos.

Se dirigió hacia su cabaña esperando ver luz todavía, pero cuando llegó la encontró completamente a oscuras. Llamó aún a riesgo de despertarle si estaba dormido, ya había llegado hasta allí y no iba a volverse atrás. Tenía que verle, que hablarle por última vez. En realidad sabía que no era más que eso, que daba igual lo

que fuera a decirle... No podía irse sin contemplar una vez más sus ojos ni su media sonrisa amarga.

Desde la noche en que había dormido en su cabaña no se habían visto mucho, y había intuido que Álvaro la rehuía. Pero ahora nada de eso importaba. Golpeó la puerta una y otra vez, y cuando se convenció de que no estaba en la cabaña, y que si estaba no iba a abrir, se dio media vuelta. Y se encontró con Carolina que la miraba desde la ventana de su habitación en el edificio contiguo. Se sintió un poco cortada de que la hubiera sorprendido a esas horas llamando a la puerta de Álvaro y se dijo que seguramente a él no le gustaría. Intentó disculparse.

—Perdona si te he despertado, solo quería despedirme. No he visto a Álvaro últimamente y mañana me marcharé antes de que vuelva. Pero se ve que le he pillado dormido.

—No le has pillado dormido, es que no está.

—Ah... pues si le ves mañana dile que vine a despedirme.

—Díselo tú, está en el puente tibetano, cerca de tu cabaña.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todos tenemos un sitio desde pequeños en el que nos refugiamos cuando lo necesitamos y el de Álvaro es ese. Digamos que es su sitio privado, seguro que le encuentras allí.

—En ese caso yo no pinto nada en ese sitio.

—Claro que sí, debes despedirte. Estuvo esperando que regresaras después de dormir a Berta. Se molestará mucho si sabe que has venido y no le has encontrado.

—¿Tú crees? ¿No se molestará más si voy allí?

Carolina sonrió.

—No se molestará. Ve.

—Bien, gracias por la información.

Lucía avanzó rápido por el camino y cuando se iba acercando aguzó la vista buscando la silueta familiar en la negrura de la noche. Al fin le divisó sentado en el suelo, bajo un gran árbol que mantenía seco el terreno que había debajo.

Estaba inmóvil, con la vista fija en las cuerdas del puente que tenía delante, pero Lucía estaba segura de que no las veía.

Se dijo que no había sido una buena idea haber ido hasta allí y decidió dar media vuelta y regresar. Pero aunque había creído girarse con el mismo sigilo con que había

llegado, él detectó su presencia. Miró a su alrededor a la vez que preguntaba:

—¿Quién está ahí?

Descubierta, avanzó hacia él.

—Soy yo, Álvaro, Lucía. He venido a despedirme; Carolina me dijo que te encontraría aquí.

Él no contestó. Lucía siguió hablando.

—Pero nada más llegar me he dado cuenta de que no es un buen momento, me marchaba de nuevo. Es evidente que no tienes ganas de compañía.

Él se movió un poco acercándose al tronco del árbol para dejarle sitio en el suelo seco bajo las tupidas ramas.

—Siéntate... —dijo con voz extraña.

—No, en serio, solo he venido a despedirme. Berta me dijo antes de dormirse que tenías una excursión mañana temprano y yo ya no estaré aquí cuando vuelvas. Apenas nos hemos visto estos últimos días...y no quería irme sin decirte adiós.

Álvaro levantó la cara hacia Lucía que permanecía oculta entre sombras; tampoco ella podía ver sus facciones con claridad, la noche era oscura. Él alargó la mano y agarrando la de ella tiró suavemente hacia abajo susurrando con una súplica contenida en la voz.

—Siéntate...

Obedeció y se acomodó a su lado. El suelo estaba frío y la noche era húmeda, y la ligera brisa que se había levantado, fresca. Tiritó bajo la sudadera pensando que Álvaro debía estar helado con la simple camiseta que llevaba puesta, pero a él no parecía afectarle la temperatura. Respiró hondo apreciando el olor de la tierra mojada; por primera vez en todo el verano, más cálido de lo habitual, el aire olía a sierra, con esa fragancia tan especial de las primeras lluvias, el olor a tierra mojada mezclado con el de las plantas. Lucía supo que durante el resto de su vida, cada vez que oliera la tierra mojada, recordaría aquel momento. El silencio entre ambos era tan profundo, que Lucía sintió miedo, como si algo muy importante estuviera a punto de ocurrir, y empezó a hablar para romperlo con lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Te ha molestado que Carolina me haya dicho dónde encontrarte? Según he creído entender este es un lugar secreto.

—No es secreto, pero sí privado. Desde pequeños mi padre nos acostumbró a tener un sitio favorito donde relajarnos y pensar, estar solos y hallarnos a nosotros

mismos en los malos momentos. Todos los hermanos respetamos estos lugares de los demás y solo los usamos durante las actividades programadas.

—Lo siento, no he debido venir sin ser invitada. Carolina me dijo que no te importaría, pero no debí hacerle caso... Te he interrumpido en un mal momento.

—No es malo... solo difícil.

—No te entretendré mucho... Solo quiero decirte adiós, y que a pesar de no tener mucho entusiasmo por venir a pasar el verano aquí, puesto que me dejé convencer por Sonia y por tu padre para no estar sola en Madrid estos meses, me alegro muchísimo de haber venido. Por primera vez en mi vida he sentido el calor de una familia y he comprobado que existe algo que yo pensaba solo se daba en los libros y en el cine. Una familia como la tuya, que sois una piña, que todos os lleváis bien y os ayudáis, y os queréis, y a pesar de eso respetáis vuestra individualidad. No sabes cómo os envidio, yo nunca he tenido nada de eso. Me alegra mucho haber podido participar un poco en vuestra vida familiar este verano. Sentirme útil y compartir vuestros problemas... y ayudar. Te estoy especialmente agradecida a ti por dejarme ayudar a Berta, le he cogido tanto cariño... ¡Dios, cómo la voy a echar de menos! No sé cómo voy a tener valor mañana para darle el último abrazo y marcharme. No te importa si la llamo de vez en cuando para preguntarle cómo le va en el colegio, ¿verdad?

—Me dolería mucho que no lo hicieras, que te olvidaras de ella al irte. También espero que vengas a verla, Madrid no está tan lejos y seguro que puedes escaparte algún fin de semana. Siempre habrá una cabaña para ti, y si así no fuera, yo te cedería la mía con mucho gusto. Pero no te olvides de Berta, eres alguien muy especial para ella.

—Ella también lo es para mí... y tú... —dijo sin haber querido pronunciar las palabras. Álvaro no la miró ni dijo nada. Y ella continuó hablando, tratando de salvar el desliz que había cometido.

—Quiero decir que de todos los miembros de tu familia, eres con el que mejor he congeniado a pesar de que nuestro primer encuentro no fue muy afortunado. Desde el primer momento te he sentido más cerca de mí que a ningún otro, te he contado cosas que nunca le había dicho a nadie y no sé por qué siempre he podido ver en ti más de lo que tú mismo quieres que vea.

—¿También ahora? —susurró él muy bajo—. ¿Puedes ver en mí más allá de lo que yo quiero que veas?

—No estoy segura de querer verlo. Yo solo he venido a despedirme. Y ya lo he hecho... Adiós, Álvaro —dijo haciendo intento de levantarse, pero él agarró su brazo con suavidad y fuerza a la vez impidiéndole moverse.

—No te vayas... Quiero que sepas por qué estoy aquí sentado en vez de durmiendo en mi cabaña... por qué este es un momento difícil. No quiero que pienses que estoy escondido ni que trato de evitarte, solo he venido a pensar.

—En ningún momento he pensado que estuvieras escondido de mí, solo que querías estar solo.

—He estado esperando que volvieras al comedor después de dormir a Berta. Yo también quería despedirme de ti. Cuando he comprendido que no lo harías, he ido a tu cabaña. He visto luz... y no he tenido los cojones suficientes para llamar. Tenía demasiado miedo.

—¿Tenías miedo de mí? ¿Por qué?

—De ti no, de mí. Porque cuando he levantado la mano para llamar a tu puerta he comprendido que en realidad yo no había ido allí para despedirme, que a pesar de lo que te dije la primera vez que nos vimos, lo que más deseaba en el mundo en aquel momento era pasar la noche contigo, y no en la cama de Sonia. Sentir el tacto de tu piel en mis dedos... volver a estrechar tu cuerpo entre mis brazos sin pesadillas por medio. Hacer que superes conmigo el trauma de tu adolescencia. Y sentí pánico, un pánico atroz, como si me estuviera lanzando al vacío y di media vuelta y me vine aquí.

La voz de Álvaro era tranquila y serena, sin inflexiones, como si estuviera hablando del tiempo, pero Lucía sabía que no era así. Sentía su respiración agitada y casi podía escuchar su corazón latiendo con violencia. La mano de él, todavía sobre su brazo empezó a transmitir un calor que traspasó la tela de la sudadera y penetró la carne extendiéndose por todo su cuerpo. La voz le tembló al hablar.

—No sé qué decir...

—Nada. No digas nada. Si solo has venido hasta aquí para despedirte de mí, levántate y márchate. Pero si en algún momento has deseado lo mismo que yo... entonces quédate.

Lucía giró la cara hacia él y encontró la suya muy cerca, apenas una sombra. Incluyó la cabeza unos centímetros hasta encontrar su boca, los labios dulces y suaves que acariciaron los suyos durante minutos enteros antes de comenzar el beso, sin que

sus cuerpos se tocaran; después la lengua de Álvaro se apoderó de su boca y sus brazos la rodearon con un abrazo exigente y desesperado, y la besó como nunca la habían besado antes. Y supo que iría al fin del mundo si él se lo pedía. Se abrazó a su cuello y se apretó contra su cuerpo sintiendo el calor que desprendía en medio de la fría noche, y le besó como si fuera el último minuto de sus vidas.

Después de lo que le pareció muchísimo tiempo, él se separó y la soltó de su abrazo.

—Vámonos de aquí. Está lloviendo de nuevo.

Lucía no se había dado cuenta de que una fina llovizna había empezado a calar las hojas del árbol y su ropa y su pelo estaban mojados, así como los de Álvaro.

—Mi cabaña está cerca —dijo. Y abrazados por la cintura echaron a andar rápidamente bajo la lluvia. Llegaron a la cabaña completamente empapados, el pelo pegado a la cara, la ropa llena de barro y Lucía agradeció el calor que reinaba dentro de la habitación.

Nada más cerrar la puerta a sus espaldas, Álvaro le agarró la cara con ambas manos y volvió a besarla, mientras ella, metiendo las manos por dentro de la camiseta trató de liberarlo de la prenda mojada y pegada al cuerpo. Él dejó de besarla y la ayudó a sacársela por encima de la cabeza, y empezó a desnudarla a ella. Las ropas empapadas resultaban difíciles de quitar, y más aún con la impaciencia que les poseía. Lucía tenía miedo de que él se arrepintiera, de que quisiera dar marcha atrás, igual que había hecho unas horas antes, pero los ojos de Álvaro le dijeron que eso no iba a suceder, que había tomado una decisión y la mantendría hasta el final.

—¿Tienes preservativos? —preguntó él mientras luchaba con el cierre húmedo del sujetador.

—No... yo vine aquí solo a trabajar. No entraba en mis cálculos necesitarlos. ¿No tienes tú?

—Aunque los tuviera estarían caducados, pero sé dónde guarda Sergio su reserva.

—Espera, seguro que Sonia tiene, a menos que los haya gastado todos, porque lleva un verano muy movidito. Lucía se dio la vuelta y rebuscó en un cajón del armario

—¿Ves? —dijo sacando una caja. Él se acercó hacia ella y apartándole el pelo de la cara le preguntó:

—¿Estás segura de que quieres perder tu virginidad conmigo?

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida.

—Dijiste que querías a alguien especial.

—No hay nadie que sea más especial que tú. Ningún otro me conoce tan bien, ni me comprende... Nadie más podría hacer hermoso lo que en otro momento me traumatizó.

Álvaro alargó las manos y bajó el pantalón de chándal de Lucía, mientras esta se dedicaba a forcejear inútilmente con la cremallera de sus vaqueros.

—Lo siento, no puedo... estoy un poco nerviosa.

Él la ayudó sintiéndose no menos nervioso y en pocos segundos estaban desnudos. Durante un largo momento se contemplaron el uno al otro y Lucía no sintió la necesidad de ocultar la quemadura de la cadera. Se mostró ante él tal como era, sin pudor. De la misma forma que había podido desnudarle su alma a lo largo de aquel verano, ahora le estaba desnudando su cuerpo.

Álvaro le cogió la mano y la llevó hasta la estrecha cama, la tendió en ella, y se echó a su lado; y llenó de besos y caricias aquella última noche que Lucía iba a pasar en el centro de ocio.

La acarició despacio, besó una y mil veces su boca, su ojos, su cuerpo. Se detuvo mucho rato en la cicatriz de la pierna, como si quisiera compensarla con sus labios del dolor que había pasado. También Lucía acarició los músculos de su espalda, el tatuaje de su brazo, enredó los dedos en su pelo como había deseado hacer tantas veces y le besó una y otra vez como si dispusieran de todo el tiempo del mundo. Como si la noche no fuera a acabar nunca.

Álvaro contuvo su propia impaciencia hasta estar seguro de que estaba preparada y solo entonces, cuando ella se lo pidió, le hizo el amor despacio, suavemente, hundiéndose en ella como un náufrago se agarra a su tabla de salvación. Lucía clavó las manos en su espalda y arqueó las caderas acoplándose a sus movimientos y abandonándose al placer como nunca pensó que lograría hacer.

Cuando todo acabó y Álvaro se dejó caer contra su cuerpo enterrando la cara en su cuello, Lucía le acarició la espalda y le besó en el pelo sintiendo que el amor que sentía por él había ido aumentando con cada beso y cada caricia de aquella noche inolvidable, y la invadió una sensación de poder, de euforia, de haber exorcizado los fantasmas de su pasado, y también los de él. De haber triunfado sobre aquella mujer que tanto daño les había hecho a él y a Berta. De haber iluminado sus sombras.

Deseó haberle conocido antes, que fuera suyo y que aquella niña fuera la hija de ambos. Porque no se hacía ilusiones; sabía que aquello no era más que una despedida, pero aunque fuera así, aunque todo acabara allí, aquella noche, y ella se marchase al día siguiente, se sentía feliz, fuerte y poderosa porque ahora sabía lo que era amar y sentirse amada. Y eso nada podría cambiarlo. Quedaría para siempre en su recuerdo. No importaba lo que le deparase el futuro, no importaba lo mal que pudiera pasarlo... siempre podría acudir al recuerdo de aquella noche. Porque ella sabía que aquella noche Álvaro la había amado con toda su alma y con todo su cuerpo, aunque le dijera adiós al día siguiente.

—Gracias —le susurró en el oído. Él levantó la cabeza de su cuello y la miró intensamente con los ojos brillantes y la respiración aún agitada.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por convertir en maravilloso e inolvidable algo que me asustaba.

Se incorporó y tendiéndose a su lado le rodeó los hombros con un brazo y la acercó a su costado. Y susurró:

—Soy yo el que debe darte las gracias a ti.

—Dios mío, ¿te das cuenta de que nos hemos pasado la mayor parte del verano dándonos las gracias el uno al otro?

—Sí —respondió pensativo—. Es cierto. Pero yo más.

Lucía le miró de reojo.

—¿Vamos a discutir ahora sobre quién debe estar más agradecido?

Él sonrió a medias, con esa mueca mezcla de sonrisa y de burla que tanto le gustaba.

—No, tienes razón. Descansa. Si el día ha sido para ti tan intenso como para mí, debes estar agotada.

Lucía quería seguir hablando, decirle todo lo que sentía, todo lo que él había despertado en ella aquel verano, pero al levantar la vista hasta su rostro le vio absorto y pensativo, con los ojos clavados en el techo, mirando sin ver, como un rato antes había estado en la cañada del puente y decidió callar y continuar guardando para sí todo lo que sus palabras querían decir, todo lo que su corazón enamorado amenazaba con hacer estallar. Álvaro no había hablado de amor, solo de deseo y ella no quería perturbarlo con sus sentimientos. Sabía que bastante perturbado debía estar ya con lo sucedido, con algo que siempre había jurado que no pasaría, para que ella le

hiciera sentir mal ahora hablándole de amor. No, sus sentimientos tendrían que seguir ocultos en su interior, quizás para siempre.

Se acurrucó más en el hueco de su hombro y permaneció muy quieta, en silencio, sintiendo los latidos del corazón de Álvaro que no se calmaban, esperando que dijera algo que le permitiera al menos saber que había significado esa noche para él, pero este continuó callado e inmóvil hasta que Lucía sintió que el cansancio y las emociones vividas pesaban en sus párpados y se adormeció al calor de aquel cuerpo tan amado.

Capítulo 23

Unos fuertes golpes en la puerta de la cabaña la sobresaltaron y luchó por sacudirse el pesado sueño en que estaba sumida. Escuchó la voz de Sonia al otro lado de la puerta:

—¡Lucía, Lucía! ¿Estás bien? Abre.

Medio dormida aún se sentó en la cama. Álvaro no estaba.

—Espera, ya voy.

Buscó a su alrededor algo que ponerse, pero solo vio tirada en el suelo la ropa sucia y mojada de la noche anterior y envolviéndose en la sábana con que Álvaro había debido tajarla y que la cubría a medias, se acercó a abrir. Una Sonia alterada entró en tromba en la cabaña.

—Chica, ¿qué demonios te ocurre? Llevo llamando más de un cuarto de hora, ya iba a pedirle a alguien que forzara la puerta.

Una ojeada a su alrededor hizo que se parase en seco.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado aquí? —dijo mirando la ropa mojada amontonada en el suelo que Álvaro le había quitado precipitadamente la noche anterior, la colcha tirada a los pies de la cama y esta revuelta con la sábana que aún quedaba, arrugada y fuera de su sitio, dejando ver el colchón en una de las esquinas. Después su vista se clavó en Lucía y abrió mucho los ojos percatándose de la situación. Sonrió.

—¿Debo deducir que no llevas nada debajo de esa sábana? Y la cama, ¿ha pasado un huracán por ella?

—Por Dios, Sonia, deja de bombardearme a preguntas. ¿No ves que todavía estoy dormida?

—Pues son más de las once de la mañana. Ya estaba preocupada de que no hubieras aparecido por el comedor.

—Acabo de despertarme.

—Bueno, nena... ¿Esto es lo que parece o ha entrado un huracán en la habitación y la ha dejado así?

Lucía sonrió.

—Es lo que parece.

—¡Aleluya! ¡La reina virgen ha despertado al mundo real!

—¡Calla, por favor, que se va a enterar todo el mundo!

—¿Y puedo saber quién ha sido el afortunado mortal?

—¿No te lo imaginas?

—Prefiero no imaginármelo, porque me resulta tan incomprensible que quieras enrollarte con alguien como él...

—No le conoces.

—No, ya imagino que tú le conoces mucho mejor, sobre todo ahora. Allá tú, ya eres mayorcita. Supongo que sabes lo que haces. Además, ya veo que te ha dejado impactada, tienes una cara de «bienfollá» que no puedes con ella.

—Estoy enamorada, Sonia. Muy enamorada.

—¡Joder, esto es peor de lo que pensaba! No he debido dejarte sola tanto tiempo, es culpa mía.

—No es culpa tuya.

—Claro que sí. Debí estar más contigo cuando lo de Roberto. Has debido sentirte muy sola para enamorarte de un puerco espín.

—Álvaro no es un puerco espín.

—Claro que sí. ¿No te acuerdas de las cosas que te decía al principio? ¿Lo borde que era contigo? ¿Y que tú jurabas y requetejurabas que sería el último tío con el que te liarías? Y ahora resulta que no solo te has liado con él, cosa que si fuera solo eso me parece perfecto, sino que te has enamorado como una idiota.

Lucía la dejó desahogarse y mirándola divertida, le contestó con otra pregunta.

—¿Quieres que te recuerde yo lo que decías tú al principio del verano? Que podríamos compartir a Sergio, que era un crimen que se desperdiciara con una sola mujer, que solo un rollo de verano...

Sonia levantó las manos y se echó a reír.

—¡Touché! ¿Y ahora qué vas a hacer?

—Marcharme como tenía previsto... supongo. Solo hemos pasado la noche juntos, no hemos hablado de amor ni de relación ni de nada de eso. Solo sexo, así que quédate tranquila.

—¿Decepcionada?

—No. Bueno, un poco. Creo que espera que vuelva el verano próximo.

—Con un poco de suerte para entonces ya le habrás olvidado.

Lucía no contestó y dirigiéndose a la maleta cogió la ropa que iba a ponerse para el viaje.

—Voy a darme una ducha, ya deberíamos estar de camino. Después de todo este tiempo fuera tenemos muchas cosas que hacer antes de entrar a trabajar mañana.

—Dice Rosa que te pases por la cocina y te preparará el desayuno, el comedor ya está cerrado.

—No tengo hambre.

—No irás a venirme abajo ahora, ¿eh? No hay como un desayuno succulento después de una noche de sexo. Y los problemas de amor no mejoran con el estómago vacío. Venga, dúchate mientras yo termino de recoger esto. ¿Qué demonios le ha pasado a tu ropa? Parece que te hayas revolcado por una ciénaga.

—Es fango.

—¡Ufff! —dijo cogiendo con dos dedos la camiseta húmeda y el pantalón lleno de barro.

Lucía no contestó y se dirigió a la ducha. Cuando estaba cerrando la puerta, la voz de su amiga la detuvo.

—¡Eh, Lucía!

Esta se volvió y la vio agitando un papel en la mano.

—Creo que tu Romeo ha dejado esto para ti.

Se precipitó hacia su amiga y le arrancó la hoja de la mano. Con letra bien visible estaba escrito: «Tengo que hacer la última ruta. Volveré a mediodía. Por favor, no te vayas antes de que llegue. Álvaro».

—Intuyo que no nos iremos inmediatamente y almorzaremos aquí —dijo Sonia burlona.

—Intuyes bien.

—Se lo diré a Rosa.

Lucía entró en la ducha y un cuarto de hora después fresca, despejada y eufórica salió de la cabaña. Al llegar al claro central Berta salió del edificio de recepción y corrió a su encuentro.

—Lucía...

—Hola, cariño.

—No has venido a desayunar.

—No, lo siento. Anoche me dormí tarde y no he escuchado el despertador.

—Yo quería desayunar contigo.

—No te preocupes, me quedaré a almorzar y comeremos juntas. ¿Te parece?

—Sí. Ven, tengo en recepción un regalo para ti.

—¿Para mí?

—Sí. Ven.

La cogió de la mano y tiró de ella hasta el interior del edificio. Carolina, detrás del mostrador, le sonrió y la mirada que le dirigió le hizo comprender que sabía lo ocurrido.

—Buenos días.

—Hola, Lucía.

Berta se coló detrás del mostrador y salió con una cartulina en la mano.

—Toma, es para ti.

Lucía le echó un vistazo. Se encontró con una representación del claro del centro de ocio visto por una mente infantil, y en el centro del dibujo, tres figuras que no tuvo ninguna dificultad en identificar. Una niña con coletas daba la mano a una mujer rubia vestida de enfermera y a un hombre castaño con el pelo ligeramente largo.

—¿Sabes quiénes son? —le preguntó Berta.

—Sí, claro que lo sé. Eres muy buena dibujando.

—Nos había dibujado a nosotras dos solas, pero esta mañana papá me dijo que él también quería salir en el dibujo. ¿No te importa que lo haya puesto, verdad?

—No, cariño, me encanta que tu papá esté en el dibujo. Es tan bonito que le voy a poner un marco y lo colgaré en mi casa para verlo todos los días. Me encantan los dibujos.

—Te haré otro para cuando vengas a vernos.

—Estupendo. Y ahora, ¿quieres dar una vuelta hasta la hora del almuerzo? —preguntó consciente de que debía matar el rato que faltaba hasta que regresara Álvaro manteniéndose ocupada. No quería hacerse demasiadas ilusiones hasta haber hablado con él. La niña miró a su tía.

—¿Puedo ir con Lucía?

—Claro que puedes... divertíos.

Cogidas de la mano salieron del edificio y se alejaron hacia el campo de lanzamiento en tirolina. Sergio estaba allí vigilando como Sonia, encaramada a lo alto de la loma, desmontaba las cuerdas. Al verlas llegar se acercó a ellas.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? ¿Vienes a ayudar? —preguntó a su sobrina.

—Quiero tirarme. Súbeme la tirolina.

—No puedo, pequeña —dijo él mostrando las manos vendadas. ¿Ves? Es Sonia la que está desmontando las cuerdas porque yo no puedo utilizar las manos.

—¿Y por qué la vais a desmontar?

—Porque el verano se ha terminado y tenemos que revisarla, poner cuerdas nuevas y arreglar lo que se haya estropeado.

—Entonces, ¿no puedo darme un paseo antes de que la quites?

Sonia intervino.

—Tu tío no puede agarrarte, pero si quieres subirte conmigo, yo te daré un último paseo antes de quitarlas.

—Sí. ¡Bien! —palmoteó.

Sonia bajó de la loma y agarrando a Berta de la mano la ayudó a subir. Lucía se sentó al lado de Sergio mientras ambos miraban como la chica preparaba a la niña con los arneses.

—Bienvenida a la familia —dijo él, sonriendo con picardía.

—Por Dios... ¿Todo el mundo lo sabe? Sonia ha debido callarse.

—Sonia no me ha dicho nada, solo que os marchabais después del almuerzo, pero he visto a mi hermano esta mañana. Él salía del comedor cuando yo entraba.

—¿Álvaro te lo ha dicho?

—No, pero no hacía falta. No le había visto tan feliz desde hace mucho tiempo. Iba alegre, silbando... volvía a ser el de antes. Lo único que me ha dicho es que me encargara de que no os fuerais antes de su vuelta. No hace falta ser muy listo para atar cabos, ¿no crees?

—Quizás te estás precipitando al atar cabos, quizás solo quiera hablar conmigo para dejar claro que lo de anoche solo fue una forma de despedirse de mí. En ningún momento hemos hablado de que se vaya a convertir en algo serio, y mucho menos que yo vaya a pertenecer a la familia.

—¿No quieres pertenecer a la familia?

—No se trata de que yo no quiera, nada me gustaría más. Pero no hablamos de

nada de eso... simplemente nos enrollamos, después nos dormimos y esta mañana cuando me levanté solo encontré una nota pidiéndome que le esperase. Y no tengo la menor idea de para qué.

—Bueno, si quieres saber mi opinión como hombre, yo no te pediría que me esperases solo para decirte que lo que ha pasado no es más que un rollo. Si fuera así te habría dejado marchar sin más.

—Yo no quiero hacerme demasiadas ilusiones. Ya sabes lo que opina tu hermano de olvidar el pasado y empezar de nuevo. Quizás anoche solo tuvo un calentón, de los que nadie está libre. Quizás solo me ha pedido que me quede para tener la oportunidad de disculparse.

—Cabe dentro de lo posible, por supuesto. Pero no encaja con su expresión radiante y feliz de esta mañana.

—Bueno, ya es casi la una... no falta mucho para que vuelva. Saldré de dudas dentro de poco. Pero por si acaso, no voy a echar campanas al vuelo antes de tiempo.

Berta, después de tirarse un par de veces con Sonia, se acercaba a ellos y Lucía dio la conversación por terminada. Ambas continuaron con su paseo y regresaron a la hora de comer. Lo primero que Lucía hizo al llegar al claro, fue entrar en recepción y preguntar a Carolina.

—¿Ha vuelto Álvaro?

—Todavía no.

—¿Le esperamos para comer? —preguntó Lucía a la niña.

—Yo tengo mucha hambre.

—Ha desayunado muy temprano, estaba despierta al alba para hacerte el dibujo. Pero puede comer con mi padre, y tú esperas a mi hermano.

—Lucía, me prometiste que íbamos a comer juntas.

—Sí, nena, comeremos juntas. Ya veremos a papá luego. Vámonos al comedor.

—Yo también iré enseguida, en cuanto venga Sonia. Ha prometido quedarse aquí mientras yo almuerzo. Cuando lleguen los excursionistas tendré que preparar todas las cuentas y será un follón. Mejor que me pille ya comida.

Lucía se dirigió con la niña de la mano al comedor y tras coger dos bandejas con comida, se sentaron a una de las mesas más apartadas.

—¿Te marcharás después de comer?

—Sí, cuando llegue tu padre y me despida de él.

—Pero volverás pronto, ¿verdad? Él me ha dicho que volverás.

—Eso espero.

La puerta del comedor se abrió y Antonio, Quique y Carolina entraron y se acomodaron a una mesa. Lucía continuó intentando comer, aunque los nervios le impedían hacerlo con el apetito habitual. Berta charlaba por los codos, y por primera vez en todo el verano, Lucía apenas le echaba cuenta, pendiente de la puerta situada frente a ella, al otro lado del comedor. Cuando habían terminado el primer plato, un nutrido grupo de personas entró en el mismo y Lucía supo que el grupo de excursionistas había regresado, que ya solo era cuestión de minutos que Álvaro entrase también. Y clavó los ojos en la puerta esperando y temiendo a la vez ver la expresión de su rostro. Al fin, él entró y se detuvo mirando a su alrededor hasta que las divisó. Cogió una bandeja y se acercó hasta su mesa.

—¿Hay sitio para un pobre excursionista hambriento, o esta mesa es solo para damas? —preguntó a su hija.

—Hay sitio, papá. Te lo estábamos guardando, ¿verdad, Lucía?

—Sí, en efecto.

Por encima de la mesa sus ojos se encontraron y Lucía sintió una sensación cálida y reconfortante recorrerla por dentro al ver el amor y la complicidad con que él la miraba. Tragó saliva y respiró hondo, sintiendo que su angustia se mitigaba y su apetito terminaba de desaparecer.

—¿Has pedaleado mucho, papá?

—Sí, Berta, mucho. Y muy rápido para volver pronto.

—A Lucía le ha gustado el dibujo... y está muy contenta de que tú también salgas en él. Lo va a poner en la pared de su casa.

La pierna de Álvaro avanzó un poco y rozó la de Lucía por debajo de la mesa y sus ojos volvieron a encontrarse. Le sonreía y ella sintió que definitivamente no podía seguir comiendo, y soltó el tenedor, incapaz de tragar un bocado más. Él, en cambio, terminó su plato en pocos minutos y se inclinó sobre su hija, que comía terriblemente despacio.

—Cariño, ¿por qué no te llevas el plato a la mesa de la tita y terminas de comer allí? Tengo que hablar con Lucía un momento.

La niña levantó la vista asombrada.

—¿Le vas a reñir?

—Por supuesto que no, solo quiero convencerla de que vuelva muy pronto a vernos. A lo mejor no hace falta que la invite el tío Sergio, y basta con que lo haga yo —dijo mirándola por encima de la mesa.

—¿Muy pronto? ¿Cuándo? —siguió preguntando Berta, deseando obtener una respuesta concreta.

—¿Qué te parece el fin de semana? ¿La invitamos para entonces?

Lucía asombrada, preguntó a su vez, consciente de que era lunes.

—¿El próximo fin de semana?

Álvaro alargó la mano por encima de la mesa y la colocó sobre la suya.

—¿Te parece demasiado pronto...?

—No... no.

—Anda, Berta, vete a la mesa de los tíos. Lucía y yo vamos a salir un momento. Creo que tendré que convencerla —dijo guiñándole un ojo a la niña. En cuanto esta se hubo trasladado de mesa, Álvaro tiró de su mano y la llevó hacia el exterior, cruzó rápidamente el claro y la hizo entrar en su propia cabaña. Y tras cerrar la puerta la abrazó y empezó a besarla como si hiciera mucho tiempo que no lo hacía, como si en las escasas horas que llevaban sin verse la hubiera echado mucho de menos. Cuando se separaron, Lucía le preguntó:

—¿De verdad quieres que vuelva el fin de semana?

—No quisiera esperar otros dos años para volver a estar contigo. Una semana ya me parece demasiado larga.

—Entonces... ¿Lo de anoche no fue una despedida?

Él la soltó.

—¿Era eso lo que querías? ¿Despedirte de mí de una forma especial?

—No.

Álvaro se sentó en la cama y la hizo sentarse a su lado.

—Ven, quizás anoche no supe expresarte lo que sentía. Reconozco que no soy de muchas palabras, y me quedé tan impactado que no supe reaccionar. Quizás tú querías hablar y no supe verlo, pero te aseguro que después de hacer el amor contigo no fui capaz más que de abrazarte y tratar de ordenar todos los sentimientos que se agitaban en mí. Tratar de decidir si era justo para ti introducirte en mi vida y en mis circunstancias.

—Eso soy yo quien tiene que decidirlo, ¿no te parece?

Él se volvió hacia ella y mirándola a los ojos le preguntó:

—¿Y quieres hacerlo? Sé que no tengo derecho a pedírtelo porque no puedo ofrecerte gran cosa a cambio, pero me gustaría que lo de anoche no fuese el final, sino el principio de algo. Lamento si no supe hacértelo entender. Aunque lo comprenderé si no quieres enredarte en una relación conmigo.

—¿Por qué piensas que no quiero? Me acosté contigo anoche. Sabes que no lo hago con el primero que se me cruza por delante.

—Ya lo sé. Pero una cosa es hacer el amor con alguien por quien te sientes atraída y otra iniciar una relación con un tío como yo, con un pasado lleno de sombras, con una hija... Con antecedentes de violencia y alcohol... que ha estado en la cárcel. Ni siquiera puedo ofrecerte una relación de pareja normal, estoy casado y si Bárbara se niega a divorciarse sin reclamar a Berta, yo seguiré casado con ella el resto de mi vida. Por todo eso lo más sensato sería coger ahora mismo el coche y marcharte lo más lejos posible. Pero yo no puedo evitar desear con toda mi alma que vuelvas el sábado... que vuelvas para estar conmigo. Que me ayudes a rehacer mi vida. Después de anoche me siento con derecho a amar de nuevo... y a que me amen. Te quiero, Lucía, fuiste alguien especial para mí desde el primer momento en que te vi, por eso me puse en guardia contigo.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, y agarrando sus manos le susurró:

—Yo no necesito papeles para amarte, Álvaro; ni me importa que en algún lugar del mundo haya una mujer que legalmente es tu esposa. Yo me sentí tu mujer anoche, y quiero seguir sintiéndolo. Quiero formar una familia para ti y para Berta. Lo demás son solo palabras. Yo soy la primera que no quiere que te divorcies si Berta sufre las consecuencias. Volveré el sábado y todos los sábados de mi vida si tú quieres.

Él sonrió y preguntó suavemente:

—¿Y me seguirías si me fuera a Londres?

Lucía sonrió también captando sus celos.

—Con los ojos cerrados. Te seguiría al infierno, si fuera necesario.

Él volvió a besarla con suavidad y después continuó diciendo, deseando dejar todos los puntos aclarados:

—Sabes dónde te metes, ¿verdad? Sabes que te señalarán con el dedo, que un simple golpe que te des con un mueble pensarán que te lo he hecho yo.

—Yo sabré que no es cierto. Y nunca me ha importado lo que piensen o digan los

demás, a estas alturas ya deberías haberte dado cuenta.

—Sí, y nunca he entendido esa confianza ciega tuya en mí, sin siquiera conocerme.

—Quizás yo también intuía que ibas a ser alguien especial en mi vida. Nunca he creído lo que decían de ti, ni siquiera cuando eras un borde y te empeñabas en convencerme de ello. Como ahora, que llevas todo el tiempo tratando de ponérmelo negro para que me vaya, aunque tus ojos me suplican que no lo haga... que me quede contigo.

—Solo quiero que sepas que no va a ser fácil.

Lucía le agarró la cara entre las manos, dispuesta a dejárselo claro de una vez por todas.

—Te quiero, Álvaro, y quiero formar parte de tu vida y de la de Berta. Lo único que podría convencerme para que me fuera definitivamente es que me dijeras que no me quieres, pero ya es tarde para eso, porque me has dicho lo contrario. —Y le besó. Él la abrazó por la cintura y la hizo caer sobre la cama.

—Tengo que irme... —susurró ella cuando la mano de Álvaro empezó a desabrochar los botones de su blusa—. Hay muchas cosas que debo hacer en Madrid antes de entrar a trabajar mañana.

—Dame aunque solo sea media hora... —suplicó él mientras empezaba a acariciarle los pechos—. Necesito estar contigo otra vez antes de que te vayas... Convencerme de que es real.

Lucía no contestó, pero tiró de la camiseta de él hacia arriba para ayudarle a quitársela.

La media hora se convirtió en dos antes de que se dieran cuenta, y era ya mediada la tarde cuando salieron de la cabaña cogidos de la mano, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

Se dirigieron hacia el edificio de recepción donde estaban Carolina y Berta detrás del mostrador, y una resignada Sonia sentada junto a Sergio en los sillones dispuestos para los huéspedes, esperando pacientemente.

Berta salió corriendo y se acercó a su padre.

—¿La has convencido para que venga el viernes?

—Seguro que sí, Berta —contestó Sonia—. Tiempo ha tenido...

Lucía se agachó hacia la niña, dirigiéndole una mirada atravesada a su amiga.

—No puedo venir el viernes porque trabajo hasta tarde, pero el sábado saldré muy temprano y cuando te levantes yo ya estaré aquí.

—¿En serio? —preguntó abrazándose a sus piernas. Lucía se agachó más y la abrazó a su vez.

—Te lo prometo.

—No me engañas, ¿verdad? No te irás y no regresarás...

—No, cariño —le prometió su padre—. Lucía volverá.

—Pero ahora tengo que marcharme, nena. Ya se me ha hecho muy tarde.

—¡Y que lo digas! —comentó Sonia levantándose de su asiento y dispuesta a marcharse por fin—. Ni siquiera nos dará tiempo a comprar comida cuando lleguemos. Tendremos que pedir una pizza para cenar o algo así.

—Por una vez no te vas a morir —dijo su amiga.

Se dirigieron al coche que ya Sonia había cargado con el equipaje y antes de entrar Berta volvió a abrazarla.

—Te llamaré dentro de un par de días para ver cómo te va en el cole. ¿Te parece?

—Vale.

—Cuida de papá hasta que yo vuelva.

—Lo haré.

Después se volvió hacia Álvaro.

—Hasta el sábado.

Él la abrazó con suavidad y le recorrió la mejilla con los labios.

—Te esperaré impaciente. Conduce con cuidado.

—No tengo más remedio, todavía me tiemblan las piernas.

Sonia intervino.

—Anda, dame las llaves... ¿No pensarás que te voy a dejar conducir con esa expresión de flipada que tienes? No quiero acabar en un barranco.

Lucía se desprendió de su abrazo y le tendió a Sonia las llaves del coche ocupando el asiento del copiloto, y se perdieron por el sendero que llevaba a la carretera, dejando delante del aparcamiento a tres figuras inmóviles contemplando el camino.

Capítulo 24

Un año después

Lucía se removió en la cama, desperezándose lentamente como un gato. Su pierna rozó la pantorrilla de Álvaro y la encogió para no despertarle. Aún faltaba un rato para que sonase el despertador, la ruta de bicicletas que tenía aquel día no era larga. Y se habían dormido muy tarde la noche anterior.

Giró la cabeza para mirarle. Aquel hombre que reposaba apacible y sosegado junto a ella en nada se parecía al Álvaro resentido y atormentado de apenas un año antes, cuando empezó a trabajar en el centro de ocio. Las sombras de su pasado se iban llenando de luces, y ella quería pensar que había contribuido a ello con su amor.

Durante todo el invierno Lucía se había desplazado para pasar la mayoría de los fines de semana con él y con Berta. En dos ocasiones había sido Álvaro quien la había visitado en Madrid para estar solos, y Berta había quedado al cuidado de su abuelo y sus tíos. Esos fines de semana habían paseado, ido al cine y al teatro, pero sobre todo habían disfrutado de la vida en pareja que no tenían en Gredos. Álvaro la había sorprendido con sus guisos y también con sus mimos y sus atenciones.

Al principio del verano Lucía había regresado como enfermera al centro de ocio, y en esta ocasión se había instalado en la cabaña de él.

Habían pasado un verano formidable, Lucía nunca se había sentido tan feliz en toda su vida. Y todo se lo debía al hombre que dormía a su lado, ese hombre que las primeras palabras que le dijo fueron que no se iba a acostar con ella. El mismo que le había hecho el amor hasta la madrugada la noche anterior, que la besaba y la acariciaba con adoración y que se desvivía por ella.

Sin poder evitarlo levantó ligeramente la cabeza y le besó suavemente los labios. Esos labios que todavía conservaban el sabor a ella.

Perezosamente, y medio dormido, él la rodeó con los brazos para no dejarla separarse.

—Siento haberte despertado.

—Yo no —dijo profundizando el beso.

—Aún podrías dormir una hora más.

—Prefiero emplearla en otros asuntos.

Todavía estaban desnudos, no se habían molestado en vestirse la noche anterior. Las manos de Álvaro se deslizaron por su espalda, delineando la columna vertebral hasta llegar a las nalgas y apretándola contra él. El contacto de la piel caliente de Álvaro contra la suya la excitó nuevamente. Él lo sabía, conocía ya todos los trucos para seducirla, para excitarla y no dudaba en emplearlos.

Se enredaron en un juego lento de caricias, de besos largos y húmedos, hasta alcanzar ese deseo que empieza lento y va subiendo poco a poco en una espiral incontenible. Hicieron el amor despacio, con movimientos lentos y pausados hasta explotar en un orgasmo devastador que los dejó sin aliento.

Después, él le apartó el pelo sudoroso de la cara y la besó en la frente. Se tendió nuevamente a su lado, la rodeó con los brazos y se decidió a formular al fin la pregunta que llevaba rondándole ya varios días.

—Lucía... ¿qué vas a hacer cuando acabe el verano? Apenas faltan un par de semanas.

Lucía sabía que le iba a hacer esa pregunta ahora que agosto llegaba a su fin. Y tenía muy claro lo que le iba a responder.

—¿A qué te refieres? —preguntó tratando de ponérselo un poco difícil.

—A si te has planteado la posibilidad de quedarte aquí.

Claro que se lo había planteado, la sola idea de regresar a Madrid y verles a él y a Berta solo los fines de semana le resultaba insoportable.

Como si le estuviera pidiendo una barbaridad, añadió:

—Sé que tienes tu trabajo y que te gusta mucho... que aquí en invierno no hay suficientes clientes para contratar a una enfermera a jornada completa, pero...

—¿Pero? —preguntó Lucía ahondando en sus ojos. Quería oírsele decir. Le encantaba cuando le expresaba sus sentimientos hacia ella.

—No sé si podría soportar volver a verte solo los fines de semana.

—¿Estás haciéndome algún tipo de proposición?

—Una totalmente indecente. Que te quedes a vivir conmigo y con Berta, aquí en el centro de ocio. —Guardó silencio durante unos segundos y añadió—: Te ofrecería mudarnos a vivir al pueblo, pero Berta tendría que quedarse aquí.

—Aunque ella pudiera mudarse con nosotros no querría que volvieras a vivir la rutina de tu pasado. No, Álvaro, nos quedaremos aquí.

—¿Eso significa que aceptas?

Lucía sonrió.

—Acepto, sí. Pero me gustaría pedirte algo a cambio.

—Si está en mi mano, lo que quieras.

—Que intentes volver a conseguir la custodia de Berta. Que podamos mudarnos a vivir a una cabaña los tres, como una familia. Que puedas ir tú a recogerla al colegio, o llevarla al médico si hace falta. Quiero que intentes rehabilitar tu imagen.

—Pesa, ¿verdad?

—A mí no, pero a ti sí, y a Berta también. La niña está creciendo y empieza a hacer preguntas. Además la gente habla, y algún día se enterará de todo; tendrás que sentarte con ella y contarle lo que pasó. Y te aseguro que te será mucho más fácil hacerlo si sabe que luchaste por ella, por tenerla contigo. Con nosotros.

Álvaro guardó silencio durante unos minutos. Lucía veía los engranajes de su mente dando vueltas.

—Sé que tienes miedo de remover el pasado ahora que al fin has podido enterrarlo, pero no estará enterrado del todo hasta que no soluciones lo de Berta.

—Lo sé.

—Ahora no estás solo. Tu familia, yo y hasta Susana estaremos ahí contigo.

—No me asusta desenterrar el pasado, tengo miedo de remover las cosas y de perder lo que ahora tenemos. Que le den la custodia a Bárbara... No podría soportarlo, Lucía. Entonces sí que sería capaz de hacer una atrocidad.

—Ella no quiere a Berta, no ha hecho nada en todo este tiempo para verla ni para recuperarla.

—Pero creo que lo haría para hacerme daño. No puedes imaginarte cuánto me odiaba al final. La mirada que me lanzó la última vez que hablamos. Piensa que le destrocé la vida por insistir en que no abortase, por casarnos tan jóvenes. Sé que fue un error, que deberíamos haber esperado, pero yo estaba enamorado y me hacía una ilusión tremenda formar una familia. Y no creas que no me la hace formar contigo. Poder vivir tú, Berta y yo en una casa como todo el mundo. Y tener más hijos.

—Han pasado, ¿cuánto? ¿Tres, cuatro años?

—Cuatro.

—Bárbara habrá rehecho su vida. Si nunca quiso a la niña, no va a quererla ahora, estoy segura de ello.

—No sé. Te prometo que lo pensaré.

—De acuerdo. Consúltalo con Susana, y con un abogado.

—Sí. Y ahora, me temo que ya tengo que levantarme —dijo saltando de la cama.

Se metió en la ducha mientras Lucía se quedaba fantaseando sobre lo que él había dicho de vivir como una familia... de tener más hijos. Colocó una mano en su vientre y lo imaginó hinchado por un embarazo, y supo que tenían que intentarlo.

Capítulo 25

Lucía conducía despacio por la autovía que llevaba Zaragoza. Tenía un nudo en el estómago por lo que estaba a punto de hacer, y sobre todo porque iba a hacerlo a espaldas de Álvaro. Pero tenía que intentarlo, había hablado con Susana y esta estaba de acuerdo con su estrategia, pero sabía que él se negaría en redondo.

Desde que habían decidido intentar recuperar la custodia de Berta, dormía mal por las noches. Lucía lo sentía revolverse inquieto en la cama, sin poder conciliar el sueño por muy cansado que estuviera, y despertarse a veces en medio de violentas pesadillas, lo que la llenaba de pesar. En esas ocasiones se sentía culpable porque había sido suya la idea de remover el pasado y hacerlo enfrentarse a sus fantasmas, a sus sombras, como decía él; pero también sabía que esas sombras no se disiparían del todo hasta que el tema de la custodia de Berta estuviese resuelto.

Y ella iba a hacer una apuesta arriesgada, pero después de informarse detenidamente sobre Bárbara pensaba que era la única forma de salir airosos. Era un error que él fuese a ver a su mujer para pedirle, suplicarle si era necesario, que firmase los documentos que acreditaran que él no era un maltratador y que era capaz de cuidar de su hija a cambio de dinero.

Tenía un informe psicológico emitido por Susana, varios certificados de buen comportamiento, uno de ellos emitido por ella misma acreditando bajo juramento que nunca la había maltratado en su relación de pareja, pero no era suficiente para convencer a un juez. En cambio, si Bárbara firmaba una declaración reconociendo que había caído sobre el respaldo de la cama por accidente, todo sería mucho más fácil. Y que renunciara a la niña definitivamente y por escrito.

Llegó a Zaragoza, zigzagueó por las calles como le iba indicando el GPS y al final se detuvo ante un bloque de pisos de aspecto lujoso. Si Bárbara vivía allí no sabía cómo había aguantado un par de años en el pueblo cercano a la Cañada.

Aferró el bolso con fuerza para calmar los nervios y se dirigió al ascensor. Llamó al timbre y rogó encarecidamente no estar equivocándose.

Abrió la puerta una mujer alta y esbelta, con una espesa melena negra cayéndole sobre la espalda.

—¿Bárbara Santos?

—Sí, soy yo.

—¿Puedo hablar con usted un momento? Me llamo Lucía y soy la... novia de Álvaro.

La mujer le lanzó una mirada despectiva analizándola de arriba abajo, mirada que Lucía trató de ignorar para poder mantenerse fría.

—De modo que ahora está contigo.

—¿Puedo pasar?

—No tengo mucho tiempo, mi pareja llegará en un rato y no quiero que te encuentre aquí.

—No tardaré, pero no creo que quiera que hablemos en la puerta. Lo que quiero decirle es muy personal.

Le franqueó la entrada y ni siquiera la invitó a sentarse.

—¿Qué quieres? ¿Te manda él?

—No, ni siquiera sabe que he venido y le agradecería mucho que no se lo dijera.

—Hace cuatro años que no sé nada de Álvaro y no tengo la intención de que eso cambie.

—Él va a venir a verla dentro de unos días.

—Supongo que quiere el divorcio para casarse contigo. No me negaré, pero le costará dinero.

—Quiere algo más y es lo que he venido a pedirle. Álvaro pretende que firme un documento exculpándolo para presentarlo ante el juez con el fin de conseguir la custodia de Berta.

—Y tú has venido a convencerme de que lo firme, como avanzadilla.

Lucía respiró hondo, tratando de sacar toda la maldad que pudiera de dentro de sí, y afirmó rotunda:

—No, he venido a pedirle que no lo haga.

—Vaya, eso ha sido una sorpresa.

—Carolina va a casarse y ya no puede seguir ocupándose de Berta y Álvaro quiere la custodia, pero yo no quiero cargar con la mocosa. Es hija suya, usted debe cuidarla, no yo. Quiero mis propios hijos, y no pienso cargar con el pasado y los errores de él.

—Y él no sabe nada de esto...

—No, yo... si lo supiera eso acabaría con nuestra relación.

—¿Y si me niego? Nunca quise una hija, nunca tuve sentimientos maternales respecto a esa niña que él se empeñó en tener... y no pienso hacerme cargo de ella. He rehecho mi vida, tengo un hombre que está loco por mí, que me cuida y me da todo lo que deseo, y ni siquiera sabe que tengo una hija. Te aseguro que una niña no entra en mis planes. Si Carolina no se puede ocupar de ella, me temo que te va a tocar a ti.

—¿Cuánto quieres?

—¿Dinero? Álvaro me lo ofrecerá de todos modos a cambio de que firme el maldito documento. Y te aseguro que lo haré muy contenta sabiendo que él tiene a su lado a una arpía como tú, capaz de venir aquí a sus espaldas a ofrecerme dinero para que la libre de la niña. Eso va a convertir su vida doméstica en un pequeño infierno, como él hizo con la mía cuando se empeñó en tener a Berta.

—¿No hay nada que pueda ofrecerte para que cambies de opinión?

—No, no lo hay. Pronto seré una mujer divorciada, libre y... con una bonita suma en mi cuenta corriente. Y Álvaro y la niña, para ti. ¡Que te aproveche!

—¿Al menos puedo contar con tu discreción?

—Por supuesto, me hare la sorprendida.

Lucía giró sobre sus talones tratando de contener la euforia, y se perdió en el ascensor respirando hondo. Ahora solo había que esperar que no cambiase de opinión.

Capítulo 26

Álvaro no había podido dormir en toda la noche. Iba a enfrentarse a Bárbara después de cuatro años y aunque estaba seguro de que ya no sentía nada por ella, que era Lucía quien ocupaba hasta el último resquicio de su mente y de su corazón, sentía un nudo en el estómago imposible de ignorar.

La última vez que se habían visto había sido en el juzgado cuando los guardias se lo llevaban a la prisión dónde iba a pasar los siguientes ocho meses de su vida. Iba dolido, traicionado por la mujer a la que amaba, pero tranquilo porque su hija iba a estar a salvo. La venganza de su mujer por el terrible delito de haber querido que su hija naciera se cebaba en él y no en la pequeña, como al parecer había estado sucediendo sin que se diera cuenta. Ocho meses de prisión no eran nada comparado con la idea de que Berta siguiera al cuidado de su madre.

Tampoco sabía cómo Bárbara iba a reaccionar al verle, si seguía sintiendo tanto odio y rencor contra él como para negarle la custodia de la niña, aunque de lo que estaba seguro era de que ella no deseaba tenerla consigo, ni siquiera había preguntado por ella una sola vez en aquellos años. Pero Lucía tenía razón, debía intentarlo. Se lo debía a ella, a Berta y también a él mismo, no podía ni quería seguir con esa espada de Damocles sobre su cabeza.

La había llamado por teléfono la noche anterior, y contra lo que esperaba no parecía muy sorprendida de tener noticias de él. Habían quedado en reunirse en un café para hablar. Café en el que él llevaba ya un cuarto de hora esperándola, y temiendo que no acudiese.

Pero lo hizo, con casi media hora de retraso, hermosa y sofisticada como siempre, y Álvaro no pudo evitar preguntarse qué había visto en ella para enamorarse como lo había hecho, sin ver más allá de la apariencia física. Por más que la miraba no lograba encontrar más que a una extraña que por azares del destino había compartido su cama y su vida durante un tiempo. Y se alegró enormemente de comprobar que no quedaba nada de sus antiguos sentimientos por ella, ni siquiera la traición dolía ya.

Bárbara se sentó frente a él y rápidamente el camarero se acercó, y después de encargar un café solo, miró al que ante la ley todavía era su marido.

—Tú dirás.

—No pareces muy sorprendida de tener noticias mías.

—Sabía que algún día tendría que llegar. Que querrías iniciar los trámites de divorcio.

—¿Y tú también lo quieres?

—¿Por qué no? Si llegamos a un acuerdo...

—Económico.

—Claro. No vivo del aire.

Álvaro miró la ropa cara que vestía y asintió.

—Estoy dispuesto a seguir pagándote la pensión compensatoria como hasta ahora. De por vida.

—No esperaba menos.

—Pero sí más.

—Como bien sabes, tengo gustos caros.

—No voy a pagarte más por divorciarme, eso me da igual —dijo sintiendo que no era cierto, que deseaba romper definitivamente el lazo que los unía aunque fuera solo legal—, pero quiero la custodia de Berta. No para mi hermana, sino para mí.

—Negociemos.

—Para ello tendrías que firmar una confesión explicando que lo de aquel día fue un accidente, no fruto de una paliza y una violación como afirmaste.

Álvaro sacó de una carpeta un documento que ya traía preparado.

—Mi abogado lo ha redactado de forma que no te deje en mal lugar. En él firmas que habíamos discutido y habías bebido por lo que perdiste el equilibrio. Que estabas enfadada conmigo porque YO te era infiel y por eso me acusaste injustamente.

Bárbara esbozó una sonrisa ladina.

—Eso no me deja en muy buen lugar.

—Eso te convierte en una santa en comparación con lo que de verdad hiciste conmigo, pero no te guardo rencor. Solo quiero solucionar esto, y te aseguro que si pudiera hacerlo y seguir siendo el malo de la película, lo haría, pero no es posible. Debo limpiar mi imagen o ningún juez me dará la custodia de Berta.

—Y supongo que también querrás que renuncie a ella definitivamente.

—Sí, también.

—Te costará caro.

—Di una cifra.

—Diez mil euros y un quince por ciento más en la pensión compensatoria.

—De acuerdo, si firmas ahora mismo.

—Habrá que redactar un documento que recoja este acuerdo.

—Lo traigo redactado, solo hace falta poner la cantidad.

—Estabas muy seguro de que iba a aceptar.

—Te equivocas, Bárbara, no estaba para nada seguro, pero en el caso de que lo hicieras quería dejarlo solucionado. No me apetece especialmente venir a Zaragoza cada vez que haya que firmar algo.

—Ni verme.

—No, tampoco es plato de gusto para mí verte.

—En ese caso dame los documentos y los firmaré. Y espero que nunca más vuelvas a molestarme.

—Ten por seguro que no lo haré. Si me das un correo electrónico te mandaré la fecha para ratificar el divorcio, pero no es necesario que vayamos juntos.

Bárbara leyó cuidadosamente los documentos que Álvaro le tendió: el convenio regulador del divorcio incluyendo el acuerdo económico, donde apuntó la cifra acordada, la renuncia a la custodia de Berta y el documento exculpatorio que limpiaría la imagen de Álvaro para que pudiera conseguirla. Los firmó, y se los tendió y él sintió que el aire volvía a entrar en sus pulmones; ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba reteniendo. Los dos cafés seguían intactos sobre la mesa, pero se levantó para marcharse sin probar el suyo.

—Gracias, Bárbara.

—No me las des, no te estoy haciendo ningún favor. Es un regalo envenenado, lo de Berta.

—No entiendo.

—Pregúntale a tu novia. Lucía se llama, ¿no? Tienes a una buena zorrita al lado.

—¿Qué sabes tú de Lucía?

—Más que tú, seguro.

Álvaro sintió ganas de decirle muchas cosas, pero se contuvo. No iba a entrar al trapo de lo que quisiera que pretendiera, de modo que se calló y se limitó a despedirse.

—Adiós, Bárbara. Ya me pondré en contacto contigo.

—Por email, por favor. Tengo pareja y no sabe nada ni de ti ni de Berta.

—Por supuesto.

Se alejó sintiéndose asqueado. Sabía que acababa de hacerle un favor a la mujer, que ella también deseaba el divorcio y había esperado a que él moviera ficha para sacar un provecho económico, pero le daba igual. Berta era lo único que importaba y la posibilidad de crear una familia con ella y con Lucía. No sabía de qué la conocía Bárbara, probablemente estuviera informada de los pormenores de su vida, pero no le importaba. Ya nada que tuviera que ver con su ex mujer le importaba. Iba a sacarla de su vida para siempre.

Subió al coche y antes de arrancar llamó a Lucía que se encontraba impaciente y nerviosa.

—¿Cómo ha ido?

—Ha firmado.

—¿Todo?

—Sí, todo. Me va a costar un riñón, pero no importa; podremos hacer nuestra vida, con Berta.

El suspiro de alivio que lanzó lo escuchó Álvaro a través del pequeño aparato.

—Gracias a Dios. Ahora ven a casa que lo tenemos que celebrar.

—Eso suena bien. Estoy ahí en un rato.

Ya era noche cerrada cuando Álvaro llegó al centro de ocio. Lucía le esperaba en la cabaña con algo de cena fría que Rosa le había dado después de cerrar la cocina. ¡Cómo deseaba tener su propia casa, su cocina para poder usarla a cualquier hora! Álvaro y ella habían estado fantaseando con la idea de pedirle a Antonio que les alquilara la casa donde habían crecido los hermanos, situada al fondo del centro de ocio y ahora vacía, arreglar algunas de las habitaciones y mudarse allí con Berta y con los hijos que pudieran llegar en el futuro. Pero eso solo sucedería si Álvaro conseguía la custodia de su hija.

Él llegó cansado y feliz. Lucía le recibió con un fuerte y emocionado abrazo y deseando escuchar las noticias, pero sabía que antes debía contarle lo que había hecho. La idea de ocultarle cosas la estaba matando, pero había sido necesario.

—Álvaro, tengo que contarte una cosa y no sé cómo te lo vas a tomar.

—No me asustes.

—No sé si Bárbara te habrá dicho algo, pero... fui a verla.

—¿A Bárbara?

—Sí. El día que te dije que había ido a Madrid a resolver el tema del alquiler de mi casa. No fui a Madrid, sino a Zaragoza.

Él se sentó en el borde de la cama y la miró suspicaz.

—Habla.

—Estuve hablando con Susana y las dos teníamos miedo de que Bárbara se negase a darte la custodia de Berta solo para hacerte daño. Está muy resentida contigo. Ideamos una estrategia para hacerle creer que no te hacía ningún favor dándote la custodia, así que me presenté en su casa, le dije que era tu novia y que quería que te la negara. Que no quería a la niña en mi casa ni en nuestra vida, que se la quedara ella que era su madre, puesto que Carolina ya no podía seguir ocupándose de ella. Creo que la acojoné bastante.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Hubieras aceptado?

—No, de ninguna manera. Era muy arriesgado.

—Ya lo sé, pero con gente como tu mujer...

—Ex mujer, en muy poco tiempo.

—Bueno, lo que sea. Una persona que te odia tanto como para hacer lo que te hizo, era capaz de aceptar la custodia solo por hacerte daño, aunque luego la hubiese metido en un internado o algo así. No podía permitir que le hicieran eso a Berta, por eso actué a tus espaldas.

—Y ha funcionado.

—Sí, mi amor, ha funcionado.

—Pero solo de pensar...

—No pienses. Tienes los papeles firmados... se acabó la pesadilla —dijo acercándose y abrazándole de nuevo.

—Aún falta la resolución del juez, Lucía. No cantemos victoria.

—El juez resolverá a tu favor, estoy segura.

Él sonrió con picardía.

—Y si no, allá irás tú a tirarle de las orejas o a convencerle, ¿no?

—Por supuesto, si es necesario. Berta y tú sois mi familia, familia que estoy deseando ampliar en cuanto todo esto se solucione.

Álvaro la besó.

—Por supuesto que tendrás tu familia. No hay nada que yo no sea capaz de hacer si tú estás a mi lado.

—Ahora vamos a cenar.

—Y a practicar para cuando ampliemos la familia.

—Hum... habrá que practicar mucho, sí.

Epílogo

Lucía recogió a Berta del colegio como cada día. Todas las mañanas ambas hacían el recorrido desde el centro de ocio hasta el pueblo y después de dejarla en el colegio se iba a trabajar en el centro de salud como enfermera de apoyo para realizar visitas a domicilio a enfermos que no se podían desplazar.

No era gran cosa, pero durante el invierno La Cañada no tenía clientes suficientes para mantener a una enfermera a tiempo completo, por lo que realizaba esa labor durante los meses de temporada baja, y aprovechando que llevaba a la niña al colegio. Además, Álvaro y ella necesitaban todo el dinero que pudieran conseguir para pagarle a Bárbara la cantidad acordada en el convenio.

La niña salió entre todos sus compañeros, subió al coche, y ambas emprendieron el regreso al centro de ocio. En cuanto llegaron, Álvaro les salió al encuentro. Solo ver la expresión de su cara le hizo comprender que tenía noticias y que estas eran buenas. Él se precipitó a la portezuela donde se sentaba Berta y sacándola de la silla especial para niños la abrazó con fuerza y una emoción que a duras penas podía contener. Por encima de la niña, su mirada se encontró con la de Lucía. Y asintió a la muda pregunta de ella.

—Cariño, ¿quieres venir con papá al cine esta tarde?

—¿Y Lucía?

—No, Berta, yo no os puedo acompañar hoy —dijo consciente de la necesidad de Álvaro de estar a solas con su hija—. Ve con papá.

—Vale. ¿Y comeremos tortitas para merendar?

—Comeremos lo que tú quieras, cariño. Hoy es nuestra tarde y la vamos a disfrutar.

—Qué bien, papi... pero me da pena que no venga Lucía.

—Ella vendrá en otra ocasión, hoy no puede.

Tras cambiarse de ropa los tres se sentaron a una mesa a almorzar. El resto de la familia lo había hecho antes, como cada día, pero Álvaro solía esperarlas para comer con ellas.

Mientras degustaban el almuerzo Álvaro le comentó a su hija algo que Lucía y él ya habían hablado:

—Berta, hay una cosa que Lucía y yo queremos preguntarte.

La niña le miró muy seria ante el tono grave de su voz.

—¿Te gustaría vivir en una casa con Lucía y conmigo?

—¿En el pueblo?

—No, aquí en el centro de ocio. En la casa que hay detrás de la tirolina.

—¿La casa de la abuela?

—Sí. Podríamos arreglarla y ponerte una habitación para ti sola.

—¿De verdad? ¿Una habitación pintada de azul y con una estantería para mis juguetes?

—Podrás tener en tu habitación lo que quieras.

—Síiiii, síiiii. Pero y la tía, ¿no se enfadará?

—No cariño, no se enfadará.

—Yo podré verla a ella y al abuelo todos los días, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Entonces Lucía va a ser mi mamá?

—Sí.

—¡Bieeenmn! ¿Y tendrá guardado un hermano en la barriga como la mamá de Mati, mi amiga del cole?

La mirada ávida y esperanzada de Álvaro buscó la de Lucía, que le sonreía traviesa.

—Sí, Berta —intervino esta—, probablemente muy pronto tendré un hermano guardado en mi barriga. Ahora come, cielo, para que papá pueda llevarte al cine.

Poco después, vestida con su mejor ropa, Berta subía al coche de su padre y ambos se perdían en la carretera que llevaba al pueblo. Lucía los contemplaba desde el claro con la emoción apretándole la garganta y no pudo evitar soltar una lágrima de felicidad al sentir que la última sombra del pasado de Álvaro había desaparecido y ahora solo había luz en aquel hombre oscuro y atormentado que conociera dos años atrás.

Decidida entró en la cabaña que compartía con él en espera de que su casa estuviera arreglada y abriendo el cajón de la mesilla, cogió la caja de anticonceptivos y la tiró a la basura.

Nota de autora

No soy médico ni enfermera, y aunque he intentado documentarme sobre las dolencias y tratamientos que se describen en la novela, es posible que haya cometido errores. Os ruego que no seáis muy rigurosos conmigo.

También el lugar donde se desarrolla es fruto de mi imaginación; La Cañada del Puente Tibetano es una mezcla de sitios que he conocido, reunidos en uno.